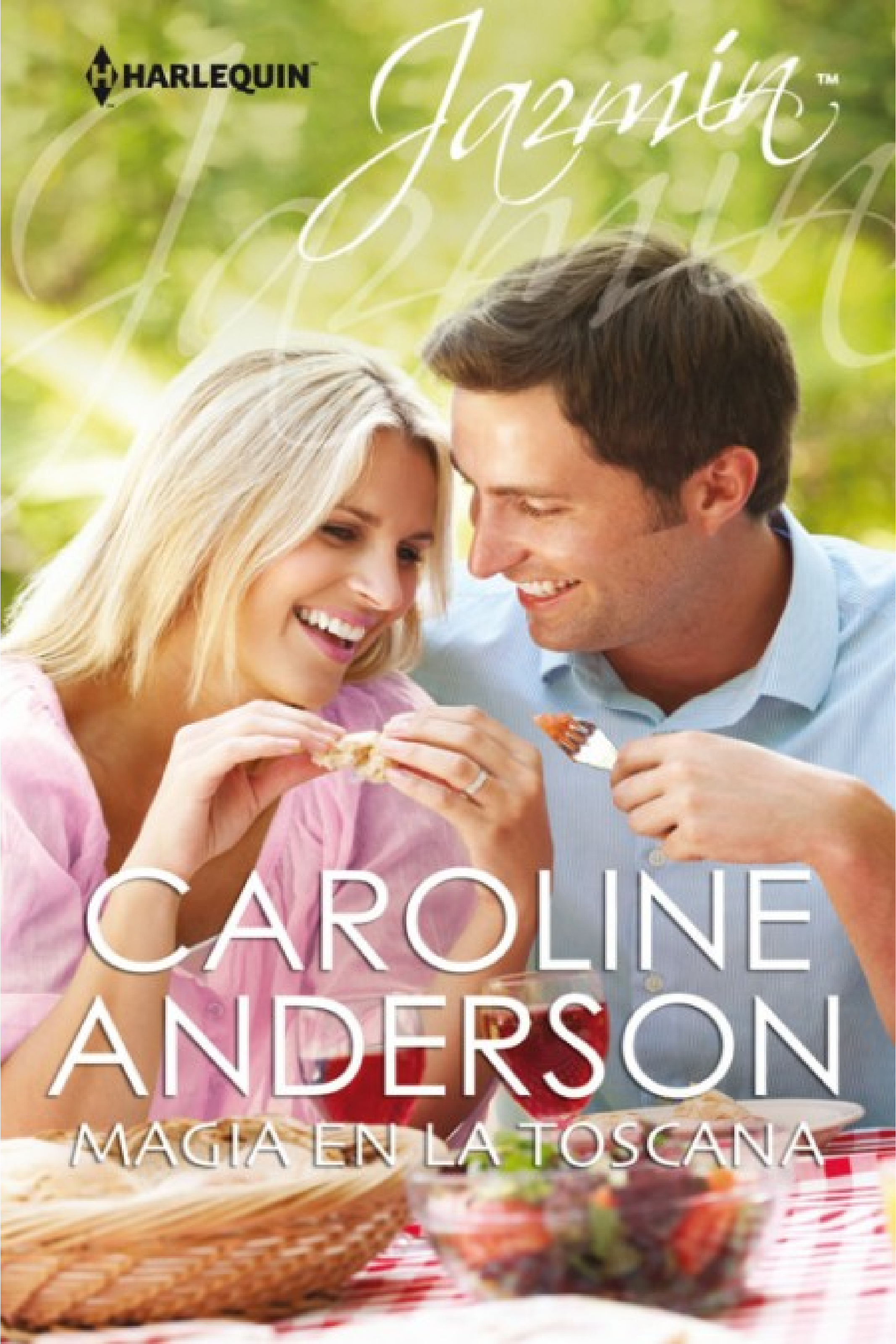

HARLEQUIN
Jazmín™
CAROLINE
ANDERSON
MAGIA EN LA TOSCANA



Caroline Anderson

Magia en la Toscana



Contenido

Argumento

Fuera del círculo de la amistad.

Leo Zacharelli era un guapísimo chef televisivo, pero para Amy Driver solo era su mejor amigo. Sin embargo, cuando Leo la salvó de una desastrosa boda, decidió escapar a la Toscana con él y su adorable hija de diez meses, Elie.

Al pasar tiempo con aquella pequeña familia, que tanto había sufrido tras la muerte de la mujer de Leo, Amy descubrió la alegría de ser madre… ¡y esposa! De repente, empezó a ver a Leo con otros ojos, pero ¿podría su amistad llevar a una relación de amor?

Capítulo Uno

–¿Estás preparada?

Leo apartó un mechón de pelo de su frente, el roce tan ligero como las alas de una mariposa, mientras sus ojos se encontraban. Su voz, tan familiar para ella como la suya propia, era firme y segura, pero sus palabras no le daban seguridad. Al contrario.

Eran unas palabras sencillas, pero cargadas de un millón de preguntas sin respuesta. Preguntas que, seguramente, Leo ni siquiera sabía que estuviese haciendo. Preguntas que debería haberse hecho a sí misma meses antes, pero no había sido así.

¿Estaba preparada?

Para la boda, sí. Los planes se habían hecho de forma meticulosa, sin olvidar nada. Su madre se había encargado de eso discreta y eficazmente. ¿Pero el matrimonio, una vida entera con Nick?

En ese momento empezaron a sonar los primeros acordes del órgano.

La obertura para su boda.

No, su matrimonio. Una sutil diferencia, pero enormemente importante.

Amy, desde la puerta de la iglesia, veía las sonrisas de la gente del último banco, todos girando la cabeza para mirarla. Había gente del pueblo en la puerta admirando al famoso Leo, pero la gente que estaba en el interior de la iglesia, sus amigos, sus parientes, estaban allí para verla casarse con Nick.

Aquel mismo día.

En aquel mismo instante.

El corazón de Amy se aceleró bajo el corpiño del vestido que, de repente, le parecía tan estrecho que no podía respirar.

«No puedo hacer esto».

No tenía elección. Era demasiado tarde para echarse atrás. Debería haberlo hecho mucho antes de que las ruedas de aquel enorme tren que era su boda se hubieran puesto en marcha.

La iglesia estaba llena de gente, el banquete dispuesto, el champán en cubos de hielo. Y Nick esperando en el altar.

El querido y amable Nick, que había estado a su lado durante los últimos tres años, cuando su vida era un caos, su amigo y compañero, la persona que la animaba. Su amante. Y lo amaba. De verdad…

¿Lo suficiente como para casarse con él? ¿Hasta que la muerte los separase? ¿O esa era la salida más fácil?

«Puedes parar esto», le decía una vocecita. «Aún no es demasiado

tarde».

Pero lo era. Demasiado tarde. Iba a casarse con Nick.

Aquel mismo día.

De repente, experimentó una curiosa sensación de calma. Era como si alguien hubiera pulsado un interruptor. La vocecita dentro de su cabeza daba igual.

«¿Que Nick sea agradable, que sepas que será un buen marido y un buen padre es suficiente?».

Por supuesto que sí. Eran los nervios lo que hacía que tuviese dudas. Nada más. Los nervios de última hora. Nick… era lo mejor.

Seguro, previsible, serio, sensato, lo mejor. Pero nada de química, nada de emoción. ¿Qué había sido de los fuegos artificiales?

Amy intentó olvidar la vocecita que la torturaba. Había cosas más importantes que eso; la confianza, la fidelidad, el respeto... y la química estaba sobrevalorada.

«¿Cómo sabes eso? No tienes ni idea, nunca lo has sentido. Y si te casas con Nick no lo sentirás nunca».

Sujetando el ramo de novia con fuerza, irguió los hombros, levantó la barbilla y esbozó una sonrisa para Leo intentando desoír esa voz.

–Sí –dijo con firmeza–. Estoy preparada.

Leo se quedó sin aliento al ver esa sonrisa.

¿Cuándo se había hecho mayor? ¿Cuándo la chica regordeta que siempre iba detrás de él se había convertido en una mujer tan bella? Le había dado la espalda unos minutos y, de repente, se había transformado.

En realidad, habían sido cinco años, algunos de ellos teñidos de dolor.

Leo acarició su pálida mejilla y sintió que temblaba. Estaba nerviosa. Por supuesto que sí. ¿Quién no lo estaría el día de su boda? Era un compromiso formidable. En su caso, imposible.

–Estás preciosa –dijo con voz ronca, mirando los ojos grises de aquella preciosa chica a la que había conocido tan bien, pero ya apenas conocía–. Nick es un hombre afortunado.

–Gracias.

En sus ojos grises había un brillo de inseguridad, la sonrisa un poco vacilante.

¿Tendría dudas? Ya era hora. Aunque, por lo poco que sabía de él, no había nada malo en el hombre con el que iba a casarse. De hecho, le caía bien, pero no le parecía que estuviesen hechos el uno para el otro.

No había química entre ellos, pero tal vez Amy no quería eso. Tal vez solo quería sentirse segura, cómoda. Y quizá era lo mejor.

Aunque Amy nunca había sido de las que se conformaban…

Leo tomó su mano, acariciando el dorso con el pulgar en un inconsciente gesto de consuelo. Tenía los dedos helados y eso reforzó su preocupación.

–Amy, voy a hacerte una pregunta. Es lo que tu padre habría hecho, así que, por favor, no te enfades: ¿estás segura de que quieres hacerlo? Porque, si no es así, puedes darte la vuelta. Es tu vida, solo tuya y nadie más tiene derecho a tomar decisiones por ti.

Había bajado la voz y la miraba muy serio, como intentando hacerle ver la importancia de esa decisión antes de que fuera demasiado tarde. Si alguien hubiera hecho eso por él…

–No lo hagas a menos que estés convencida. A menos que de verdad estés enamorada de él. Hazme caso, casarse con la persona equivocada es una receta para el desastre. Debes estar absolutamente segura de que te casas porque de verdad quieres hacerlo y porque de verdad crees que vas a ser feliz.

Después de una pausa que pareció durar una eternidad, Amy asintió con la cabeza.

–Sí, estoy segura.

No parecía segura en absoluto y tampoco lo estaba Leo, pero no tenía nada que ver con él, ¿no? Él no podía tomar esa decisión. Y las sombras en sus ojos podrían ser de tristeza porque su querido padre ya no estaba allí para llevarla al altar. Nada que ver con su prometido…

«No es asunto tuyo con quién vaya a casarse. Tú no eres un experto precisamente y podría ser mucho peor».

Leo contuvo el aliento.

–Muy bien. Entonces, ¿estás preparada?

La vio tragar saliva y, por un momento, se preguntó si iba a cambiar de opinión, pero enseguida irguió los hombros y respiró profundamente. Luego tomó su brazo y sonrió por encima del hombro a sus damas de honor.

–¿Estáis listas, chicas?

Todas asintieron y Leo sintió que apretaba su brazo.

–Muy bien, vamos –dijo Amy, con una sonrisa de pura determinación que convencería a cualquiera.

A cualquiera salvo a él.

«No es asunto tuyo», se repitió a sí mismo.

Leo le hizo un gesto al organizador que, a su vez, hizo un gesto al organista y después de un momento de silencio, roto solo por los murmullos de los invitados, las evocadoras notas del *Canon* de Pachelbel llenaron la iglesia.

Pero, a pesar de la valiente sonrisa, los preciosos ojos grises

parecían llenos de dudas y Leo empezó a desesperarse.

La conocía desde siempre, la había rescatado de mil problemas, literal y figuradamente. Era su mejor amiga, o lo había sido antes de que su vida se convirtiera en una locura, y no quería que cometiese un grave error.

«No lo hagas, Amy. Por favor, no lo hagas».

–Aún no es demasiado tarde –le dijo en voz baja.

–Sí lo es –murmuró ella. Y luego esbozó una sonrisa y dio el primer paso adelante.

Maldita fuera.

Leo la acompañaba por el pasillo de la iglesia, pero con cada paso le pesaban más las piernas. Su corazón latía acelerado y la sensación de angustia apenas le permitía respirar.

«¿Qué estás haciendo?».

Nick estaba frente al altar, mirándola… ¿con recelo, con pena?

«Aún no es demasiado tarde».

Cuando Leo soltó su brazo al llegar al altar se sintió… abandonada.

Era el día de su boda. Debería sentirse feliz, completa, absolutamente encantada. Pero no era así.

En absoluto.

Y cuando miró a Nick se dio cuenta de que tampoco él parecía feliz. O eso o estaba paralizado por los nervios, pero no lo creía. Nick no era una persona nerviosa.

Él apretó su mano, pero no parecía un gesto de cariño. No parecía…

Amy apartó la mano con la excusa de darle el ramo a una de sus damas de honor y, cuando el vicario empezó a hablar, fingió estar escuchando mientras su mente daba vueltas. Su mente en aquella ocasión, no la vocecita en su cabeza que la torturaba en un momento de pánico, miedo escénico o nervios de última hora. En aquella ocasión era ella misma, por fin haciéndose las preguntas que el «¿Estás preparada?» de Leo había despertado.

«¿Qué estás haciendo y por qué? ¿Para quién?».

Cuando la música terminó, el vicario preguntó si había algún motivo para que aquel matrimonio no se celebrase. ¿Había motivo? ¿No amar a tu prometido era motivo suficiente?

Por supuesto, nadie dijo nada y el vicario dio comienzo a la ceremonia, pero sus palabras estaban ahogadas por los salvajes latidos de su corazón y el torbellino de pensamientos.

Hasta que preguntó: «¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio?», y Leo dio un paso adelante. Apretando su mano, se la entregó a Nick…

El querido, amable y encantador Nick, dispuesto a convertirla en su mujer, a darle los hijos que tanto anhelaba, a hacerse viejo con ella…

Pero Nick vaciló. Cuando el vicario le preguntó si quería a esa mujer como esposa, vaciló durante un segundo. Y luego, esbozando una triste sonrisa, respondió: Sí, quiero.

El vicario se volvió hacia ella, pero Amy no estaba escuchando. Estaba mirando los ojos de Nick, buscando la verdad en ellos. Y lo único que podía ver era sentido del deber.

¿Por qué habían llegado hasta allí sin que ninguno de los dos se diera cuenta de que su matrimonio podría ser lo que Leo había dicho, un desastre? Amy apretó su mano.

–¿De verdad, Nick? ¿Eso es lo que quieres? –le preguntó en voz baja–. Porque yo no sé si puedo hacerlo.

Oyó que Leo contenía el aliento tras ella y los murmullos de la congregación, preguntando qué pasaba.

Y entonces Nick sonrió, la primera sonrisa auténtica en semanas, mientras le pasaba un brazo por los hombros.

–Es un poco tarde para eso, cariño.

Amy sintió que la tensión desaparecía, como un globo desinflado, y si él no hubiera estado sujetándola habría caído al suelo.

–Lo siento, Nick, pero no puedo hacerlo –murmuró.

–Lo sé. Pensé que era lo mejor para los dos, pero… no lo es. Y es mejor ahora que más tarde.

Amy sintió que apartaba el brazo y levantaba la cabeza para mirar alrededor.

–Hora de irte, cariño –murmuró, intentando sonreír–. Leo está esperándote. Él se encargará de todo –Nick le dio un beso en la mejilla antes de apartarse–. Sé feliz, Amy.

En sus ojos había un brillo de pesar y alivio, y los suyos se llenaron de lágrimas.

–Tú también –susurró, dando un paso atrás y luego otro hasta que chocó con Leo, que estaba esperándola y la sujetó mientras todo parecía colocarse en su sitio–. Gracias –musitó, mirando esos ojos dorados que conocía tan bien.

Y luego levantó la falda de su vestido y salió corriendo.

Lo había hecho. Lo había hecho de verdad. Se había marchado de la iglesia… no, había salido corriendo de la iglesia, alejándose del desastre.

Leo la vio salir, con su madre y las damas de honor tras ella, y vio que Nick se dejaba caer en el primer banco, como si alguien hubiera cortado las cuerdas que lo mantenían en pie. Se dio cuenta entonces

de que él tendría que hablar con los invitados, y le parecía bien, ya que en cierto modo él era el culpable de la situación.

Respirando profundamente, se volvió hacia la congregación e intentó sonreír como solía hacerlo para las cámaras.

–Señoras y señores, parece que hoy no va a haber una boda después de todo. No sé cuál es el protocolo en este tipo de situación, pero el banquete está preparado bajo la carpa y todos los que quieran están invitados a comer –anunció–. Tengo entendido que el chef está bien recomendado –añadió, burlón, despertando algunas sonrisas.

Después de sacar el móvil del bolsillo para ponerlo todo en marcha, y haciéndole un gesto al vicario, Leo salió de la iglesia en busca de Amy.

El sol calentaba su cara y se dio cuenta de que había estado helado en la iglesia ante la idea de verla cometiendo un tremendo error. Suspirando, se dirigió al Bentley aparcado en la puerta.

Amy estaba allí, en medio de una nube de tul y encaje blanco, rodeada por su madre y sus damas de honor.

Leo metió la cabeza por la ventanilla.

–¿Amy? –murmuró.

Ella levantó la mirada. Parecía perdida, desconcertada. Había un brillo de desesperación en sus ojos.

–Llévela a casa, yo lo seguiré –le dijo al conductor.

–¿Qué ocurre, Leo? –preguntó alguien desde la puerta de la iglesia.

Él no respondió. Todos podían ver lo que pasaba, aunque no sabían por qué, y tenía cosas mejores que hacer que quedarse dando explicaciones.

Los invitados salían de la iglesia con cara de sorpresa, sin saber qué hacer, y Leo vio a sus padres dirigiéndose hacia él.

–¿Amy está bien? –le preguntó su madre, con gesto preocupado.

–Sí, creo que sí. O lo estará. Vámonos de aquí, tenemos cosas que hacer.

Lo había hecho.

Había detenido el tren y había escapado… de Nick, de la seguridad de un futuro bien planeado, de todo lo que era su vida. Y se sentía perdida. Experimentaba un millón de emociones contradictorias.

En realidad, no podía sentir mucho. Estaba como anestesiada, con una extraña sensación de vacío en el pecho, como si allí ya no hubiese nada.

Mejor que el frío de hacer lo que no debería, pero no mucho.

Amy se quitó el velo y se lo dio a una de las damas de honor. Si

pudiera, se quitaría el vestido de novia allí mismo. Estaba deseando hacerlo. Quería irse de allí, de la iglesia, quitarse el vestido, salir del coche, del país…

Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero la histeria amenazaba con convertirse en lágrimas, de modo que apretó los dientes. No, todavía no. Cuando estuviera sola.

–¿Estás bien, cariño? –el rostro de su madre parecía sereno y Amy dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos no estaba llorando. Claro que su hija nunca había dejado plantado a nadie ante el altar, de modo que era una situación nueva para todos.

–Sí, estoy bien. Lo siento, mamá.

–No lo sientas. Es lo más sensato que has hecho.

Amy la miró, sorprendida.

–Pensé que Nick te gustaba.

–Y me gusta, es una persona encantadora, pero no creo que sea el hombre para ti. No hay chispa entre vosotros.

No, era cierto. Y por eso deberían haber roto mucho tiempo atrás.

Qué desastre.

La puerta del coche se abrió entonces y Amy se dio cuenta de que habían llegado. Levantando la falda del vestido, salió del vehículo seguida de su madre y las damas de honor para entrar en la casa de la que había salido vestida de novia, a punto de contraer un matrimonio sensato y seguro. Y en aquel momento era… no estaba segura de lo que era.

¿Una novia a la fuga?

Menudo cliché. Riendo, Amy sacudió la cabeza.

–Tengo que quitarme este vestido –murmuró, quitándose los zapatos y dirigiéndose a la escalera, hacia el santuario de su dormitorio.

–Voy contigo –su madre y sus damas de honor la siguieron, amenazando con sofocarla con su compasión.

Amy se detuvo en el tercer escalón.

–No, mamá. Quiero estar sola un momento.

Todas se detuvieron, tres pares de ojos mirándola con preocupación, pensando que probablemente había perdido la cabeza. Pero no era así, al contrario, había recuperado la cordura en el último minuto.

«Oh, Nick, cuánto lo siento».

–¿Seguro que estás bien? –le preguntó su madre.

–Sí –respondió Amy, con voz firme–. Estoy segura –añadió. Segura de todo salvo de su futuro–. No te preocupes, no voy a hacer ninguna tontería.

O al menos una tontería como casarse con el hombre equivocado. No conocía al hombre perfecto y no sabía si lo encontraría alguna vez. De hecho, parecía tener un don para hacer las cosas mal.

Todas se quedaron en silencio, como si no supieran qué hacer ya que el plan de boda se había ido por la ventana, pero no serviría de nada preguntarle a ella porque no tenía ni idea. Amy se dio la vuelta, poniendo un pie delante de otro mientras levantaba la falda del vestido con las dos manos.

–¿Quieres una taza de té, hija?

Té, claro. La panacea universal en momentos de tribulación.

Y así su madre tendría algo que hacer.

–Eso estaría bien, mamá. Cuando puedas, no hay prisa.

–Voy a calentar el agua.

Su madre desapareció en la cocina con las damas de honor detrás, como si salieran de un trance, y Amy llegó al refugio de su habitación y cerró la puerta antes de que estallase la burbuja y empezaran a rodar las primeras lágrimas.

Curioso que estuviese llorando cuando apenas sentía nada. Era un alivio de la tensión, pero sin la tensión no había nada, solo un vacío que se abría ante ella hasta que pensó que iba a derrumbarse. Llevándose una mano a la boca para contener los sollozos, cayó al suelo en una nube de tul y dejó que se abrieran las compuertas.

Tenía que verla.

Podía imaginar cómo estaría y la angustia que había visto en sus ojos…

Leo detuvo el coche frente a la casa de sus padres y, después de comprobar que la niña estaba bien y el catering controlado, se dirigió a casa de Amy y llamó a la puerta de la cocina.

La madre de Amy abrió la puerta, con gesto preocupado.

–Leo, cuánto me alegro de que estés aquí –dijo, dándole un abrazo.

–¿Cómo está? –preguntó él.

–No lo sé. Se ha metido en su habitación y no nos deja entrar… dice que quiere estar sola –la madre de Amy suspiró–. Le he hecho una taza de té, estaba a punto de subírsela.

–Yo lo haré. Tengo que hablar con ella, todo esto es culpa mía.

–¿Culpa tuya?

Leo esbozó una sonrisa triste.

–Le pregunté si estaba segura de lo que hacía.

Jill le devolvió la sonrisa, dándole un beso en la mejilla.

–Y menos mal que lo hiciste. Yo no tenía valor. Toma, sube el té y

llévatela de aquí.

El dormitorio de Amy estaba sobre la cocina, con una vista perfecta de la carpa en la que debería haber tenido lugar el banquete.

Maldita fuera.

Leo llamó a la puerta del dormitorio…

Amy levantó la cabeza. Alguien estaba llamando; su madre seguramente. Apoyando la cabeza contra la puerta intentó respirar. No estaba preparada para verla. No quería ver a nadie salvo...

–¿Amy, puedo entrar?

Leo. Su madre debía de haberlo enviado. Podía sentir la puerta empujando contra su espalda, pero no podía moverse. No quería moverse. Quería quedarse allí para siempre, escondiéndose de todo hasta que hubiera decidido qué iba a hacer con el resto de su vida.

–Déjame entrar, tengo una taza de té para ti.

Fue el té lo que hizo que se moviera. Eso y la serenidad en su voz. Amy levantó la voluminosa falda del vestido y se apartó un poco para que Leo pudiese entrar.

Cuando sorbió por la nariz lo oyó chasquear la lengua en un gesto de reprobación mientras le ofrecía un pañuelo de papel. Debía de estar hecha un asco, pero él iba preparado, pensó. Y las lágrimas empezaron a rodar de nuevo por su rostro.

–Amy…

Leo dejó la taza de té en el suelo y se sentó a su lado, abrazándola.

–Ven aquí, boba. Todo va a salir bien. Todo saldrá bien al final.

–¿De verdad? ¿Cómo? ¿Qué voy a hacer? –Murmuró ella, sobre su hombro–. He dejado mi trabajo, he dejado mi apartamento… estábamos a punto de mudarnos al de Nick y pensábamos comprar una casa y tener hijos. Yo iba a intentar trabajar como fotógrafa *freelance* y ahora… ya no tengo una vida, Leo. Todo se ha terminado. Lo he dejado todo atrás y siento como si hubiera saltado de un precipicio. ¡Debo de estar loca!

El corazón de Leo se encogió.

Pobre Amy. Parecía tan perdida… durante años él había intentado protegerla de su impulsiva naturaleza y la abrazó con fuerza, meciéndola entre sus brazos.

–No creo que estés loca. Al contrario, creo que esto es lo más sensato que has hecho en mucho tiempo –le dijo, como le había dicho su madre.

Amy se movió para mirarlo a los ojos.

–¿Y cómo es posible que todo el mundo supiera eso menos yo? ¿Tan tonta soy?

–No eres tonta. Nick es un buen tipo, pero no es el hombre para ti.

Si lo fuera, no habrías vacilado ni un segundo y él tampoco. Y a mí me parece que no le has roto el corazón, más bien al contrario.

–No, es verdad –asintió ella. No había ningún corazón roto, pensó, recordando el brillo de alivio en los ojos de Nick. Tristeza sí, pero nada de corazones rotos–. Supongo que solo estaba haciendo lo que le parecía más decente.

Leo apartó la mirada.

–Sí, pero te aseguro que eso no funciona.

–¿Eso es lo que hiciste tú? –le preguntó Amy, distraída momentáneamente de su propia catástrofe–. ¿Lo más decente? ¿Por eso te casaste con la persona equivocada?

–Algo así. ¿Vas a tomarte el té o no?

Amy tomó la taza que le ofrecía.

–Gracias.

–¿Estás mejor?

Ella asintió con la cabeza. Era cierto, estaba un poco mejor. Mientras no tuviera que tomar más decisiones… porque, evidentemente, no estaba cualificada para hacerlo.

–Solo siento... no puedo explicarlo, como si no pudiera confiar en mí misma. No sé quién soy y pensé que lo sabía. ¿Eso tiene sentido?

–Desde luego que sí. Yo también he pasado por eso.

Amy buscó sus ojos y en ellos solo encontró amabilidad y preocupación. Ningún reproche, ninguna decepción. Era Leo, haciendo lo que hacía siempre: sacarla de algún apuro.

Otra vez.

–¿Puedes sacarme de aquí? –le preguntó–. No puedo quedarme en el pueblo después de esto… –Claro que sí. Para eso he venido.

–¿Para rescatarme? Pobrecito. Seguro que pensabas que eso había terminado.

–¿Yo? ¿Cambiar los hábitos de toda una vida? –bromeó Leo.

Y Amy tuvo que reír, aunque no tenía la menor gracia.

Leo se había quitado la chaqueta del chaqué y remangado la camisa blanca. Amy miró sus fuertes antebrazos y las manos, con diminutas cicatrices blancas. Manos de chef, las llamaba él, pero las cicatrices no le restaban atractivo, al contrario. Había tenido que quitarse chicas de encima desde la pubertad y las cicatrices nunca habían sido un problema.

–Puede que tengamos que cambiarnos de ropa antes de irnos.

Leo sonrió.

–¿Tú crees? Yo creo que estaba muy guapo con el chaqué.

También ella lo pensaba, pero Leo siempre estaba guapo.

–Si los periodistas nos ven vestidos así, pensarán que el chef

favorito de todo el país ha vuelto a contraer matrimonio –dijo Amy.

El rostro de Leo se ensombreció.

–Sí, bueno, eso no va a pasar –murmuró, sin mirarla.

Amy se habría dado de tortas por tocar un tema tan delicado. Cerrando los ojos, dejó escapar un suspiro.

–Lo siento. No sé por qué he dicho eso.

–No pasa nada. Además, tienes razón. No necesito ese tipo de publicidad, y tú tampoco. Bueno, ¿dónde quieres ir?

–No lo sé. ¿Se te ocurre algún sitio?

Leo se encogió de hombros.

–Mi casa sigue llena de albañiles y mañana tengo que irme a la Toscana.

–Ah –el corazón de Amy se encogió al pensar que iba a marcharse–. Imagino que no podrías meterme en la bodega del avión sin que nadie se enterase, ¿verdad? Prometo no molestar demasiado.

–¿Cuántas veces has prometido eso? –bromeó él. Y Amy se sintió culpable porque era verdad. Siempre estaba molestándolo, pidiéndole que la sacara de un apuro u otro. O lo había hecho cuando eran amigos, pero eso fue años atrás.

Amy hizo un esfuerzo para apartarse de él, para no apoyarse, metafórica y literalmente. Hora de ser una mujer adulta y solucionar sus propios problemas.

–Lo siento, solo era una broma. Sé que no puedes llevarme, pero no te preocupes por mí. Yo me he metido en este lío y saldré sola de él.

De alguna forma…

Capítulo Dos

No podía hacerlo.

No podía dejarla sola cuando su vida se había puesto patas arriba, pero podía haber encontrado la solución perfecta.

Le preocupaba tener que irse a Italia al día siguiente y abandonarla después de lo que había pasado, pero también cómo iba a cuidar de su hija mientras acudía a las reuniones de trabajo, y allí estaba la respuesta, en bandeja de plata.

A menos que...

Leo la estudió en silencio, buscando alguna pista en su expresión.

–¿De verdad lo decías de broma? Porque, si no es así, podría ser una gran idea. No lo de ir en la bodega del avión, evidentemente, pero que fueras conmigo a Italia podría resolver nuestros problemas.

Amy frunció el ceño.

–¿Tú tienes un problema?

Leo asintió con la cabeza.

–Algo así. Tengo muchas reuniones de negocios, mucho trabajo. En otras circunstancias dejaría a Elie con mis padres, pero serán varios días y no es justo porque ya son muy mayores.

Además, tienen que quitar la carpa y… no lo digas –la interrumpió poniendo un dedo sobre sus labios para evitar la disculpa.

Pero Amy apartó su mano.

–¿Por qué no si es verdad? Es culpa mía y los pobres se habían molestado tanto…

De nuevo, Leo puso un dedo sobre sus labios.

–Escúchame, por favor. Me gusta estar con Elie todos los días, aunque eso signifique llevarla conmigo a todas partes. Es la única forma de cuidar de ella y llevar mi negocio y, aunque no es fácil, por el momento parece estar funcionando. No quiero separarme de ella, pero cuando vuelva de Italia empezaré a grabar más programas de televisión y necesitaré que mis padres me ayuden. Si vienes a Italia con nosotros y cuidas de Elie mientras yo voy a las reuniones, sería una ayuda increíble para mí.

Ella lo miró, pensativa.

–¿Lo dices en serio? Solo era una broma, no quiero ser una carga para ti.

–Claro que lo digo en serio. Y no serías una carga, al contrario. Estoy intentando llegar a un acuerdo con una familia italiana que cultiva unos productos fabulosos. Probé algunos en una feria de alimentación y me quedé impresionado. Quiero verlos, negociar los

precios y ver si podemos llegar a un acuerdo. Y hacer todo eso con Elie en brazos no sería posible.

Amy sonrió.

–Ya me imagino. No sería justo para la niña.

–No, es cierto. Y Elie es mi prioridad. Si fuera necesario, acortaría el viaje, pero no quiero hacerlo porque es una oportunidad estupenda y podría ser tan importante para su futuro como para el mío.

–Lo entiendo.

–Entonces, ¿vendrás? Tendrás mucho tiempo libre para hacer fotografías y en esta época del año la Toscana está preciosa. Así podrás olvidarte de lo que ha pasado, pensar, aclarar tus ideas y decidir qué vas a hacer. Te vendría bien.

Sonaba tentador, muy tentador, y Amy entendió que verdaderamente necesitaba su ayuda. No estaba inventándolo y, aunque así fuera, no tenía otra opción. Quedarse allí cinco minutos más era impensable.

Podía oír pasos de la gente en el jardín, no su jardín, sino el de los padres de Leo, donde habían instalado la carpa para el banquete.

–Oh, Leo, toda esa comida…

Se sentía culpable, pero él negó con la cabeza, como si no tuviera importancia.

–No se echará a perder, no pasa nada.

Sí pasaba y, de repente, Amy se sintió abrumada de nuevo.

–Se supone que era tu regalo de boda y ni siquiera ha habido una boda.

–Amy… –Leo suspiró, intentando tranquilizarla mientras las lágrimas rodaban por su rostro de nuevo ante la enormidad de lo que había hecho, el caos que había provocado.

–Ni siquiera puedo devolverte el dinero –consiguió decir. Pero Leo apretó su cabeza sobre el familiar hombro, en un gesto tan consolador que podría haberse quedado allí para siempre.

–No tienes que pagarme nada. Olvídalo, eso es lo menos importante. No te preocupes por ello.

Amy levantó la cabeza, apartando las lágrimas con la mano.

–Pero es que me preocupa. Al menos deja que te lo pague cuando encuentre un trabajo.

Si encontraba un trabajo. El mundo editorial estaba de capa caída y ella había dejado una carrera en una buena editorial porque pensaba que tendría seguridad económica con Nick y podría permitirse el lujo de ser fotógrafa *freelance*. Pero ya no tenía nada. Ni trabajo, ni casa, ni marido, ni futuro... y todo por una vaga sensación de no estar haciendo lo que debía. Tenía que estar loca.

–Muy bien, vamos a ver –empezó a decir Leo–. Ven a la Toscana conmigo, cuida de Elie para que yo trabaje con la conciencia tranquila y estaremos en paz.

–¿En paz? Yo sé lo que cuestan tus caterings, Leo.

Él esbozó una sonrisa.

–El verdadero coste no tiene nada que ver con la tarifa que cargamos a los clientes. Y tú sabes que mi hija es lo más preciado para mí. Nada podría ser más importante que dejarla con alguien en quien pueda confiar –Leo apretó su mano, mirándola a los ojos–. Ven con nosotros. Cuida de Elie mientras yo trabajo, pásalo bien y haz fotos por mí. Fotos de mí cocinando, de los productos, de la región, los mercados. Tus fotos son estupendas y me vendrían bien para el blog. Son fotos profesionales por las que pagaría un buen dinero. Normalmente las hago yo mismo y te aseguro que no sé nada de fotografía.

Ella rio, un sonido entre una risa y un sollozo que contuvo cuando Leo la abrazó.

–Hazlo por mí, por favor. Me vendría bien y a ti también. Estás agotada y necesitas alejarte de todo durante unos días. Y te necesito, Amy. No solo por las fotos, sino por Elie. No puedo poner un precio a la felicidad de mi hija.

No estaba siendo amable, pensó Amy, lo decía de verdad. Nunca le había pedido ayuda, aunque él la había ayudado innumerables veces.

Por no hablar del catering.

De modo que no tenía opción y se dio cuenta de que no le hacía falta. Quería ir con Leo. Su sentido común era exactamente lo que necesitaba para superar aquello y, además, Leo estaba acostumbrado a lidiar con ella y con sus problemas.

–Muy bien, iré contigo. Cuidaré de Elie y haré fotos y lo que tenga que hacer mientras esté allí. Será un placer ayudarte y ya es hora, además. Pero con una condición.

–¿Cuál? –le preguntó él.

–Te ayudaré con Elie cuando empieces a grabar el programa, así le quitaré una carga a tus padres. Entonces estaremos en paz.

–Ese es un compromiso muy grande. La grabación dura meses.

–Lo sé, pero ese es el trato. O lo tomas o lo dejas.

Leo bajó los hombros, aliviado.

–De acuerdo. Y gracias, muchas gracias. Bueno, ¿ya tienes la maleta hecha?

–Sí, claro. He guardado ropa informal, biquinis, vaqueros… ¿eso servirá?

Leo asintió con la cabeza.

–Claro que sí. Voy a hacer la maleta… puede que podamos irnos hoy mismo.

–¿Hoy?

–¿Algún problema?

–No, en absoluto, cuanto antes mejor. Es que me ha sorprendido. Pensé que nos iríamos mañana.

–Sería mejor irnos hoy mismo. ¿Cuánto tardarás en estar lista?

Amy se encogió de hombros.

–Media hora. Veinte minutos incluso.

–Muy bien, te llamaré si hay algún problema. No olvides el pasaporte… y tu cámara.

–Está en la maleta. Pero haz algo por mí antes de irte, ayúdame a quitarme el vestido. Se me habían olvidado esos estúpidos botones.

Leo empezó a desabrochar los botoncitos de satén y, mientras lo hacía, de repente notó la piel suave de sus hombros, la fina línea de su cuello, la esbelta columna de su garganta. Podía ver el pulso latiendo en su cuello y, de repente, tuvo que tragar saliva. Aquello era una locura. Era Amy, su amiga de la infancia, prácticamente su hermana.

Por fin, bajó la cremallera y ella sujetó el vestido para que no cayera al suelo, pero, cuando se dio la vuelta y vio su escote bajo el encaje transparente, tuvo que apartar la mirada, sorprendido por una repentina oleada de calor.

«¿De verdad?».

«¿Amy?».

Leo dio un paso atrás.

–Bueno, ya está –murmuró, con un nudo en la garganta.

–Voy a cambiarme. Nos vemos abajo en unos minutos.

–Ponte algo cómodo para el viaje –preferiblemente algo que la cubriese de los pies a la cabeza. Leo se dio la vuelta para agarrar el picaporte, desesperado por salir de allí.

–¿Leo?

Él se volvió para mirarla por encima del hombro, enarcando una ceja.

–Estoy muerta de hambre. Llévate algo de comida.

¿Comida? Leo rio y la tensión desapareció.

–Nos vemos en unos minutos.

Cuando bajó a la cocina, tres pares de ojos se clavaron en él.

–¿Cómo está?

–Se le pasará –respondió Leo–. Me la llevo a Italia conmigo, nos iremos lo antes posible. Estoy intentando conseguir un vuelo para esta misma tarde.

–¿A Italia? Qué bien, eso es justo lo que necesita –Jill se puso de

puntillas para darle un beso–. Gracias, Leo, de verdad.

No sabía si tendrían tiempo.

Mientras hacía la maleta, Leo llamó a la agencia de viajes y descubrió que había un avión privado con destino a Florencia, pero salía del aeropuerto a las tres y ya eran las doce.

Tendrían tiempo si Amy estaba lista, de modo que llamó para advertirle, metió la maleta en el coche, colocó a Elie en su sillita de seguridad y fue a buscarla a casa.

–Estoy lista –dijo Amy, con una sonrisa forzada, el rostro pálido, los ojos aún enrojecidos. Pero en ellos había vida otra vez. Ya no eran los ojos vacíos de la mujer a la que había acompañado a la iglesia una hora antes. Sí, estaba conteniéndose, pero lo superaría, estaba seguro. Y, de repente, se sentía orgulloso de haberla convencido para que fuese a Italia con él.

–¿Llevas el pasaporte?

–Lo tengo todo. ¿Cuál es el límite de peso para el equipaje?

–No hay límite, es un avión privado.

Amy lo miró, boquiabierta.

–¿Un avión privado?

Él levantó su barbilla con un dedo

–El avión está contratado por una empresa para ir a Florencia. Yo solo pago una fracción de lo que costaría normalmente.

Seguía siendo una fortuna, pero ella no tenía por qué saberlo.

–Vaya, genial –Amy abrazó a su madre y a sus preocupadas damas de honor y subió al coche.

–Gracias, Leo –repitió Jill, mientras él se despedía con la mano.

–¿Has traído comida? –le preguntó Amy. Y él sacó una bolsa del asiento trasero.

–Aquí esta. Podemos compartirla.

–O puede que me la coma toda yo sola.

–Venga, ponte el cinturón.

Amy se mordió los labios, en sus ojos un brillo de emoción que no sabía analizar.

Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa, pero era una parodia de su habitual alegría y Leo se sintió culpable. ¿Y si no fuera un brillo de emoción? ¿Y si era histeria? Estaba muy nerviosa. ¿Habría impuesto sus propios sentimientos sobre el matrimonio? ¿Habría puesto dudas en su mente cuando no habían estado allí antes? Esperaba que no fuera así. Aunque Nick no fuese el hombre adecuado para ella no era asunto suyo y no debería haber saboteado la boda.

–¿Estás bien?

Amy asintió con la cabeza.

–Sí… bueno, lo estaré en cuanto salgamos de aquí.

–Entonces, vamos –Leo arrancó en dirección a Londres.

Amy jamás había viajado en un avión tan lujoso.

Desde el principio hasta el final, subir al avión privado había sido facilísimo. Los habían llevado a una terminal especial, se habían encargado de las maletas, del cochecito de la niña y la sillita de seguridad y el coche había sido llevado a un aparcamiento. Pasaron el control de pasaportes a toda velocidad y una azafata los llevó directamente al avión.

Nada de prisas, ni colas. El piloto los había recibido en la puerta del avión, saludándolos por su nombre antes de decirles que un coche los esperaba en Florencia. Luego desapareció en la cabina y cerró la puerta, dejándolos solos, y por primera vez Amy miró alrededor.

–Madre mía –murmuró. Era como entrar en otro mundo, un mundo que solo había visto en televisión o en el cine.

No había un montón de asientos ni un estrecho pasillo central sino una especie de salón con dos grupos de sillones de piel color crema y varias mesas para poner un ordenador, comer, leer una revista o mirar por la ventanilla. Y el asiento de seguridad de Elie ya estaba colocado para ella.

Leo se dirigió hacia allí y ella lo siguió, la gruesa alfombra bajo sus pies haciendo que sintiera que caminaba por el aire. Tal vez así era. Tal vez ya habían despegado sin que se diera cuenta. O tal vez era parte de aquel extraño trance en el que parecía estar desde que le dio la espalda a Nick en la iglesia.

Mareada, tuvo que agarrarse al respaldo de un asiento para mantener el equilibrio. Pero enseguida sintió la mano de Leo en su cintura, empujándola hacia uno de los sillones.

–Siéntate y no discutas.

Amy no discutió. Se sentó obedientemente en el suavísimo sillón de piel cuando le fallaron las piernas, observándolo mientras abrochaba el cinturón de seguridad de Elie con esas manos grandes, capaces y tiernas.

Pero abrochar ese cinturón parecía increíblemente complicado y, de repente, empezó a tener dudas sobre su capacidad para cuidar de la niña.

¿Qué sabía ella de bebés? Menos que nada. Leo debía de estar loco para confiarle a su hija.

Un hombre y una mujer uniformados entraron en ese momento y,

después de cerrar la puerta del avión, la mujer se acercó a ellos con una sonrisa en los labios.

–Señor Zacharelli.

Leo estrechó su mano.

–Julie, ¿verdad? Hemos viajado juntos alguna vez.

–Es un placer volver a verlo.

–Ella es mi hija, Elie. Y la señorita Driver –las presentó Leo.

–Encantada. Soy su auxiliar de vuelo, señorita Driver. Si necesita algo, no dude en pedírmelo.

–Gracias.

–¿Debo recordarles los procedimientos de seguridad?

Leo sacó de la bolsa una luciérnaga de peluche.

–Claro, siempre son muy entretenidos.

Julie les mostró cómo usar la mascarilla de oxígeno, indicó la salida de emergencia y todo lo demás, pero con la diferencia de que estaba hablando solo para ellos... especialmente para Leo, pensó Amy. Otra conquista. Aunque Leo seguramente no se daba cuenta.

Cuando terminó, Julie los dejó solos.

–¿No le regalé yo ese peluche? –preguntó Amy, señalando la luciérnaga con la que Elie estaba jugando.

Leo asintió con la cabeza.

–Cuando nació. Le encanta porque hace ruido, así que la llevo a todas partes.

Eso la hizo sonreír. Al menos había hecho algo bien en el último año.

Leo se sentó a su lado, mirándola con gesto serio.

–¿Estás bien?

«Si no cuentas las mariposas que vuelan en mi estómago como una horda de elefantes», pensó. Pero no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza y Leo enarco una ceja.

–¿Siempre viajas en avión privado?

–No, solo cuando me llevo a Elie. Normalmente voy en *business*, pero con la niña es más cómodo un vuelo privado. Seguro que tú habrás viajado en algún avión con un bebé llorando.

–Sí, claro, es terrible, no hay escapatoria.

En ese momento, a Elie se le cayó el peluche y empezó a llorar.

–No, *mia bella*, no pasa nada –dijo Leo, devolviéndole el juguete.

La niña apretó el peluche una y otra vez, encantada con el ruido.

–Es fácil complacer a los niños. Les das un juguete y todo está bien.

–Como a los hombres –dijo Amy–. Coches veloces, una enorme pantalla de televisión, una moto... un avión privado.

Leo rio.

–He conseguido distraerla, pero Elie puede ser una tirana. Eres un pequeño monstruo, ¿verdad que sí, *mia bella*?

Lo decía con tal cariño que a Amy se le encogió el corazón. Pobrecita, perder a su madre tan pequeña y de manera tan trágica. Leo debió de quedarse desolado... aunque no por él mismo. Le había dicho que casarse con la persona equivocada era una receta para el desastre y que no volvería a contraer matrimonio, de modo que el suyo con Lisa no debió de ser muy feliz. Pero aun así…

–Tengo que hacer una llamada para ver dónde dormimos esta noche. ¿Puedes entretenerla un momento?

–Sí, claro –Amy volvió a concentrarse en la niña. Tenía suficiente con sus propios problemas como para pensar en los de Leo.

Pero Elie estaba entretenida con su muñeco, de modo que pudo escuchar la conversación. No la entendía porque ella no hablaba italiano, pero le gustaba oírlo hablando en ese idioma.

Siempre había pensado en él como un inglés, igual que su madre, pero tenía ese otro lado asombroso, el lado italiano de su padre, y no sabía por qué, pero hacía que se le encogiera el estómago.

O tal vez le gustaba el idioma. Debía de ser eso. Leo hablando en italiano no podía ser sexy, eso era ridículo. Sus innumerables fans no pensaban lo mismo, claro, pero ella no iba a caer bajo su hechizo. Después de todo, se trataba de Leo, su amigo de la infancia.

Sí, era guapísimo y, durante la adolescencia, había sido su héroe, pero nunca había sentido por él lo que sentían otras mujeres, probablemente porque se conocían desde niños. Amy conocía tanto sus debilidades y sus irritantes hábitos como sus cualidades, como la amistad, la lealtad y la generosidad.

Era prácticamente su hermano; un hermano al que adoraba y por el que haría cualquier cosa. El mejor amigo que podría tener una chica, y daba igual lo que pasara, eso no cambiaría nunca.

¿Pero sexy? No…

–*Ciao. A dopo* –se despidió Leo en un precioso italiano. Y el corazón de Amy dio un vuelco dentro de su pecho.

–Bueno, ya he solucionado el asunto –dijo, aliviado–. He llamado a Massimo Valtieri para decirle que nos alojaríamos en un hotel, pero Massimo se niega. Dice que en su *palazzo* hay sitio para todos. Problema resuelto.

–¿Vamos a alojarnos en un palacio? –exclamó Amy.

Leo rio.

–Es una antigua villa de la época de los Medici. He visto fotografías y es un sitio precioso. Pertenece a su familia desde hace siglos, por eso quiero trabajar con ellos. No es un negocio, sino algo

que llevan en la sangre.

–Ah, qué bien. Pero sigo sin creer que vaya a alojarme en un palacio.

–Bueno, tienes cuatro o cinco horas para acostumbrarte a la idea.

Era un alivio para él saber que Amy estaría cerca. Y parecía llevarse muy bien con la niña.

Estaba inclinada, charlando con Elie, diciéndole que era una chica afortunada porque iba a alojarse en un palacio…

Las sombras habían desaparecido de sus ojos y, por un momento, se preguntó cómo habría sido su vida si Amy hubiera sido la madre de Elie.

Ese pensamiento lo dejó sin oxígeno.

Capítulo Tres

Amy miró a Leo y frunció el ceño al ver que la observaba con una expresión muy rara.

–¿Tengo algo en la nariz?

–¿Qué? No, no, lo siento, estaba pensando en otra cosa. Ah, aquí esta Julie –dijo él, como aliviado por alguna razón.

–Estamos a punto de despegar –anunció la auxiliar de vuelo–. ¿Necesitan algo?

–Yo estoy bien. Amy, ¿necesitas algo?

–No, gracias.

Julie se sentó tras la cabina y oyeron la voz del piloto por megafonía, avisando de que iban a despegar.

Leo se puso el cinturón de seguridad y empezó a darle el biberón a Elie mientras el avión tomaba velocidad sobre la pista.

–Le ayuda a soportar la presión en los oídos –le explicó. Pero Amy no estaba escuchando. Se agarró a los brazos del asiento y cerró los ojos. Odiaba el despegue…

–Ay –suspiró cuando el aparato levantó el morro, catapultándolos hasta el cielo.

–Es más rápido que un avión comercial –dijo Leo.

Amy miró el horizonte por la ventanilla. Estaban subiendo, subiendo, alejándose de Inglaterra. Lejos de la boda que no había tenido lugar, de la carpa en el jardín de la casa de al lado, del vestido que había quedado tirado en el suelo de su habitación…

Y se iba a Italia. No de luna de miel, sino con Leo y Elie. Sin marido, sin alianza, sin el anillo de compromiso que había dejado en la mesilla.

Amy se miró la mano. No, no llevaba el anillo. En su lugar había una pálida línea...

De repente, Leo apretó su mano.

–¿Estás bien? –murmuró, como si pudiera leer sus pensamientos.

Amy intentó sonreír, pero le salió una mueca.

–Solo estaba comprobando que esto no ha sido un sueño. Parece que estoy drogada.

–No estás drogada y no ha sido un sueño, pero necesitas algún tiempo para acostumbrarte. Es una sorpresa, un cambio muy drástico.

Probablemente tenía razón. Drástico había sido, desde luego. Sentía como si estuviera cayendo y no sabía si llevaba paracaídas.

–Ojalá hubiera podido hablar con Nick, pero no responde al teléfono.

–¿Le has dejado un mensaje?

Ella negó con la cabeza.

–No sabía qué decirle. «¿Siento haberte dejado plantado en el altar delante de todo el pueblo?». La verdad, no me parecía adecuado.

–Él no parecía disgustado, Amy –le recordó Leo–. Al contrario, parecía aliviado.

–Sí, es verdad. Bueno, imagino que es lógico, estaba aliviado porque no tenía que cargar conmigo.

–No digas eso. ¿Por qué ibas a ser una carga?

–Porque está claro que soy idiota.

Leo rio, sus ojos llenos de afecto.

–No eres idiota. Bueno, no mucho. Sencillamente, te dejaste llevar sin pensar... ocurre algunas veces.

Era cierto. Los dos se habían dejado llevar. ¿Era eso lo que le había pasado a Leo cuando se casó con Lisa porque le parecía lo más decente?

Leo se quitó el cinturón de seguridad y estaba abriendo el ordenador cuando Julie se acercó con una sonrisa en los labios.

–¿Quieren tomar algo?

–Yo tomaré un capuchino. ¿Tú qué quieres, Amy?

–Lo mismo, gracias.

Cuando Julie se alejó, Amy se quedó pensativa. Sus pensamientos no eran agradables. Mucha gente había viajado para su boda y ella estaba huyendo con Leo, dejándolos a todos boquiabiertos cuando debería haber pedido disculpas.

–Me pregunto qué estarán diciendo sobre mi sentido común –murmuró para sí misma–. Al menos habrán comido bien. Habría sido una pena tirar la comida.

–Imagino que la mayoría ya se habrán ido y tu sentido común, sencillamente, despertó un poco tarde.

–Tal vez –dijo ella suspirando–. La comida era maravillosa de verdad, me alegro de haberla probado. ¿Sabes cuándo fue la última vez que cocinaste para mí?

–Hace años.

–Al menos cuatro, cinco probablemente. Lo hacías mucho cuando mi padre murió. Yo iba a tu restaurante cuando estaba en la universidad y me hacías cualquier cosa cuando terminabas de trabajar o probabas una nueva receta conmigo. Echo eso de menos.

–Lo siento. Mi vida ha sido caótica desde que empecé con el programa de televisión.

Eso era decir poco.

–Ya lo sé. Y, además, has abierto nuevos restaurantes. No puede

haber sido fácil con una esposa y un bebé en camino.

De repente, sus ojos se ensombrecieron.

–No, bueno, tardé algún tiempo en acostumbrarme. Mucho.

¿Tanto que eso había destrozado su matrimonio? Amy sabía muy poco de su matrimonio con Lisa; casi nada salvo los rumores que había leído en la prensa. Sus padres nunca hablaban de ello y hasta aquel día apenas había visto a Leo desde que se casó.

Lo único que sabía era lo que había leído en los periódicos: que Lisa había sido atropellada una noche de lluvia y que, según el forense, había sido una muerte accidental. Elie solo tenía dos meses entonces, tal vez ni siquiera eso. Y Leo se había quedado solo con su hija, con un nuevo negocio que exigía toda su atención y un contrato en televisión. Era lógico que no se hubieran visto.

–Su capuchino, señorita Driver.

–Ah, gracias.

Distraída, Amy tomó la cucharilla y empezó a jugar con las esquirlas de chocolate sobre la espuma.

Leo puso una mano en su brazo.

–Todo saldrá bien –murmuró. Y eso la hizo sonreír. Leo siempre preocupado por ella cuando era ella quien estaba preocupada por él.

–Estoy bien –le aseguró. Y era verdad, se dio cuenta entonces, un poco asombrada. Leo la había alejado de todo a tal velocidad que no había tenido tiempo de pensar, y eso era bueno.

Sonriendo, sacó su cámara de fotos.

–Sonríe al pajarito.

–Saca mi lado bueno.

Amy bajó la cámara y enarcó una burlona ceja.

–¿Tienes un lado bueno?

Él sonrió, con esa sonrisa que creaba un hoyuelo en su mejilla, y a Amy le dio un vuelco el corazón. Nerviosa, se volvió para hacer fotos del avión mientras su corazón volvía a latir a ritmo normal.

–Primer día en el blog de la Toscana –murmuró.

Aterrizaron a las cinco de la tarde y a las cinco y media ya estaban en el coche, de camino a las afueras de Florencia. Elie protestaba un poco, de modo que pararon para que Leo le diese el biberón.

Amy lo miraba con una extraña expresión.

–¿Qué?

–Nada, es que aún no me he acostumbrado a verte como padre, pero pareces muy cómodo con ella.

–Y lo estoy. No sabía cómo sería, pero la adoro... más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Es lo más precioso que me ha pasado nunca.

Amy esbozó una sonrisa.

–Y se nota.

Leo pensó en los planes de Amy, en todas las cosas que había sacrificado. Como, por ejemplo, formar una familia. Y si él no hubiera intervenido...

Tal vez habría terminado tan mal como él, se recordó a sí mismo, teniendo que criar sola a un hijo cuando su desastrosa relación con Nick se hubiera roto.

–Amy, lo tendrás todo cuando llegue el momento –le dijo. Y su sonrisa le rompió el corazón.

–Lo sé, pero debo advertirte que yo no sé nada sobre bebés, así que me vendrá bien practicar con Elie para cometer mis primeros errores con el hijo de otra persona. Leo rio, revolviendo los ricitos de la niña.

–No cometerás errores. Y, aunque así fuera, no creo que vayas a romperla. Es muy fuerte.

–Menos mal, seguramente le hará falta.

–Tranquila, Amy, solo es una persona pequeñita. Ella te hará saber lo que necesita.

–Ya, claro, si soy capaz de leer la mente de un bebé de diez meses –bromeó ella. Pero estaba sonriendo y Leo suspiró, aliviado. Estaba colgando de un hilo desde que se alejó de Nick y había tardado todo ese tiempo en entender que había hecho lo que debía. Tener un hijo con la persona equivocada era un desastre y eso era lo que podría haber pasado.

Y eso hacía que se sintiera un poco menos culpable.

–Puedes empezar a practicar ahora mismo. Dale el resto del biberón para que yo pueda tomar un café.

Amy tomó el biberón con sumo cuidado, como si fuese una bomba, y la niña chupó obedientemente. Por suerte, parecían entenderse bien.

–¿Lo ves? Es muy fácil.

Amy sonrió.

–Esto no ha sido tan difícil, pero creo que necesitará a su papá para... el otro lado. Yo solo puedo aprender una cosa a la vez. Ya habrá tiempo para aprender las demás.

Leo rio, dejando la taza sobre la mesa y tomando a Elie en brazos para cambiarle el pañal.

–Seguro que habrá muchas oportunidades.

–No lo dudo.

Su sonrisa era tan afectuosa que se alegró de haber ido con ellos.

Cuando llegaron al *palazzo* estaba atardeciendo. Leo tomó una avenida flanqueada por álamos hasta la cima de una colina y allí, frente a ellos, apareció un grupo de edificios de piedra teñidos de rosa

por los últimos rayos del sol.

–Creo que ese es el *palazzo* –dijo Leo.

Amy miraba boquiabierta.

–¿Todo eso? ¡Es enorme! Parece tan grande como el pueblo.

–Siglos atrás, aquí vivía mucha gente.

El imponente edificio de piedra tenía docenas de ventanas desde las que, estaba segura, habría unas vistas maravillosas. Estaba desando sacar su cámara.

Pasaron bajo un arco de piedra a un patio de luces en el que había varios vehículos, y Leo detuvo el coche al lado de un monovolumen.

Frente a ellos había una escalinata de piedra flanqueada por olivos en enormes tiestos de terracota y, al final de la escalera, un par de enormes puertas de madera, totalmente en proporción con el tamaño del edificio.

Amy no salía de su asombro.

–Madre mía, no sé qué decir.

Leo sonrió.

–Hace que mi casa parezca una casita modesta.

–Aún no he visto tu casa –le recordó ella–, pero tendría que ser increíblemente impresionante para competir con esto.

–Lo único que no tiene son vistas al mar.

Ella inclinó a un lado la cabeza.

–Qué pena. Ya me conoces, yo siempre he querido ser una sirena.

–Ah, se me había olvidado –Leo sonrió de nuevo, el hoyuelo apareciendo en su mejilla–. Mi casa es casi tan bonita como la de los Valtieri. Aún no la has visto.

–Y tampoco la de ellos, así que no te hagas ilusiones.

De nuevo, el hoyuelo hizo su aparición y el corazón de Amy dio un vuelco inesperado.

–Será mejor avisarles de que estamos aquí.

No hubo que hacerlo porque las puertas se abrieron y un hombre alto con pantalón vaquero y camisa blanca bajó los escalones con una sonrisa en los labios.

–Massimo Valtieri –se presentó–. Y tú eres Leo Zacharelli. Me alegro mucho de conocerte. Bienvenidos al *palazzo* Valtieri.

Hablaba su idioma a la perfección, con un vago acento italiano, para alivio de Amy.

–Y usted debe de ser la señorita Driver.

–Amy, por favor –dijo ella, mientras estrechaba su mano.

–Bienvenida, Amy. Mi mujer, Lydia, está deseando conoceros.

Leo sacó a la niña de su sillita de seguridad y tomó la bolsa de los pañales mientras Massimo se encargaba de las maletas. Lo siguieron

escaleras arriba hasta un patio interior, sus muros decorados con intrincados murales que parecían increíblemente antiguos.

Era un sitio precioso, casi monástico, pero exquisito. Y Amy estaba deseando capturar todo aquello con su cámara. Ya estaba imaginando los planos… y en casi todos ellos aparecía Leo. Por su blog, claro.

Su anfitrión los llevó a una especie de suite con un salón espacioso y elegantemente amueblado, con una cocina pequeña que daba a una terraza. El sol se había escondido tras el horizonte y el valle solo era un borrón desde allí, pero Amy estaba segura de que la vista sería fabulosa. Todo en aquel sitio parecía serlo.

Massimo les mostró dos dormitorios, también con salida a la terraza, y el cuarto de baño compartido. En uno de los dormitorios, había una cunita para Elie.

–Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedirla. Lydia está deseando conocerte, ha estado cocinando como una loca desde que llamaste.

–Muchas gracias –dijo Leo–. Pero no queremos molestar…

Massimo hizo un gesto con la mano.

–Por favor, no es ninguna molestia. Ella también es chef, y no ofrecerte comida a ti sería un pecado imperdonable –dijo, riendo–. En cuanto la niña esté instalada, llámame al móvil y vendré a buscaros. Es fácil perderse en este sitio.

–Ya me imagino.

–Mis hermanos y sus mujeres también están aquí, pero no nos arreglamos para cenar, así que no tenéis que cambiaros de ropa. Y cenaremos en la cocina, como siempre.

La puerta se cerró tras él y Leo se volvió para mirarla con una sonrisa en los labios.

–¿Te parece bien? Porque sé que has tenido un día terrible y no quiero forzarte a nada. Si no te apetece cenar con gente puedes quedarte aquí, yo te traeré algo de comida.

El ruido del estómago de Amy respondió a la pregunta.

–Estoy cansada, pero me muero de hambre y no sé si quiero estar sola. Además, es a ti a quien quieren conocer y yo no entenderé nada de lo que digáis porque no hablo italiano, así que me quedaré en una esquina, comiendo sin parar mientras os miro.

–Yo creo que sí entenderás algo. La mujer de Massimo es inglesa.

–¿Ah, sí? Qué buena noticia. Así tendré alguien con quien hablar.

–Seguro que sí –asintió Leo–. Tengo que bañar a Elie y darle el biberón antes de meterla en la cama. Luego iremos a conocer al resto de la familia Valtieri.

¡Elie! Amy ni siquiera había pensado en sus responsabilidades.

–¿Crees que podemos dejarla aquí sola o prefieres que me quede con ella? Es a ti a quien quieren conocer.

Leo tomó algo de una mesa.

–Un monitor. Si llorase, la oiría. Han pensado en todo.

Era cierto, los Valtieri habían pensado en todo. Había productos de aseo en el baño y en la nevera había leche, zumo, mantequilla, fruta fresca, huevos, pan, un paquete de café y té. Auténtico té inglés.

Mientras Leo se encargaba de la niña, ella preparó el té y se sentó en el sofá a esperar. Elie protestó un poco cuando la metió en la cama, pero no tardó en quedarse dormida.

–¿Esto es para mí? –le preguntó Leo, señalando la taza sobre la mesa.

Amy asintió con la cabeza.

–Sí, pero debe de estar frío. ¿Quieres que te haga otro?

–No, gracias. Tengo que llamar a Massimo. No quiero hacerlos esperar.

–Antes de que llames... ¿le has dicho algo sobre mí? ¿Sobre la boda?

–No, claro que no. Pensé que no querrías hablar del asunto.

–Muy bien. Además, ahora mismo me muero de hambre.

Eso es lo único que me interesa.

–¿Cuándo no tienes hambre? –Leo rio mientras sacaba el móvil del bolsillo.

Poco después, Massimo llamó a la puerta de la habitación y los llevó a una cocina llena de gente. Había cinco personas, dos hombres y dos mujeres sentados frente a una enorme mesa de madera y una mujer embarazada frente a la cocina, moviendo un cucharón mientras hablaba. ¿Sería Lydia?

Los hombres se levantaron para recibirlos y Massimo hizo las presentaciones, terminando con su mujer, que dejó el cucharón para estrechar su mano.

–¡Cuánto me alegro de que hayáis decidido venir! Espero que tengáis hambre.

–Desde luego que sí. Aquí huele de maravilla –dijo Amy. Y luego se quedó sorprendida cuando Lydia la abrazó.

–Qué bien, me encantan los cumplidos. Y tú eres Leo, por fin –dijo, abrazándolo–. No sabes cuánto me alegro de conocerte. Has sido mi héroe durante años.

Para sorpresa de Amy, Leo se puso colorado.

–Gracias, eso sí que es un cumplido viniendo de otro chef.

–Sí, bueno, hay chefs y chefs –dijo Lydia–. Cariño, ofréceles una copa de vino. Seguro que lo necesitan. Viajar con un bebé es una

pesadilla.

–Estoy en ello. ¿Blanco o tinto?

Leo miró a Lydia.

–A juzgar por el delicioso olor, yo diría que un tinto robusto.

–Perfecto. Estoy haciendo una de tus recetas. La he adaptado un poco, pero espero haberle hecho justicia.

Se pusieron a charlar como dos chefs y una mujer se acercó a Amy para ofrecerle un vaso de agua. También era inglesa y su sonrisa era abierta y amistosa.

–No sé tú, pero a mí los viajes siempre me dan sed –le dijo–. Soy Isabelle y estoy casada con Luca. Ella es Anita –añadió, señalando a la otra mujer– la única italiana de las Valtieri. Está casada con Giovanni, que es abogado y nos lleva a todos por el buen camino.

–Bueno, al menos lo intenta –dijo Anita, con un fuerte acento italiano–. Bienvenida a la Toscana –dijo luego, abrazándola–. ¿Te gusta este sitio?

–¡Me encanta! Es precioso.

–Pensé que Leo tenía que ir a una boda, pero veo que ha logrado llegar a tiempo.

¿Cómo iba a responder a eso?, se preguntó Amy. Afortunadamente, no tuvo que hacerlo porque Leo apareció a su lado y respondió por ella, en realidad soslayando la pregunta.

–El viaje ha sido estupendo y nuestras habitaciones son maravillosas. Gracias a todos, de verdad.

–De nada –dijo Massimo, ofreciéndole una copa.

De inmediato, él y sus hermanos se pusieron a hablar sobre el vino y Amy se encontró sentada a la mesa charlando sobre los niños, sobre la zona... y sobre Leo.

–¿Desde cuándo os conocéis? –le preguntó Lydia.

–Desde siempre. Éramos vecinos de niños.

–Vaya, entonces literalmente desde siempre. Qué suerte.

–Bueno, no sé si es una suerte. Leo solía probar sus recetas conmigo cuando éramos niños, así que yo era su víctima propiciatoria.

–¿Víctima?

Amy arrugó la nariz.

–Leo era bastante aventurero, así que hubo algunos desastres interesantes, pero creo que su paladar se ha refinado mucho desde entonces.

–Y yo pensando que hablarías bien de mí… –oyó la voz de Leo a su espalda.

–No quiero que la fama se te suba a la cabeza.

–No, claro.

Lydia, Anita e Isabelle los miraban de una forma…

¿Por qué? Ellos siempre bromeaban así, desde niños. Pero ellas parecían estar viendo algo diferente, algo que no estaba allí y, de repente, sintió que le ardía la cara. Sin saber qué hacer, metió un trozo de pan en un cuenco de aceite de oliva y vinagre balsámico…

Los sabores explotaron en su lengua y, de repente, entendió por qué estaban allí.

–Esto está riquísimo. ¿Lo has hecho tú, Lydia?

–Aquí lo toma todo el mundo.

Afortunadamente, enseguida sirvieron la cena y el momento incómodo pasó.

Luego, cuando terminaron, los dos grupos se dividieron otra vez. Amy oyó a Elie llorando por el monitor y aprovechó la oportunidad para escapar, antes de que las mujeres pudiesen hacer más preguntas.

–Iré yo –dijo a toda prisa, levantándose de la silla y tomando el monitor–. Tú quédate.

–¿Estás segura?

–Por supuesto. Yo me encargaré de Elie... y si no sé hacerlo vendré a buscarte –Amy se volvió hacia los demás–. Espero que me perdonéis. Ha sido un día muy largo y complicado.

–Por supuesto. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo – dijo Lydia.

–Gracias.

Leo la tomó del brazo cuando iba a salir de la cocina.

–Yo iré dentro de un momento.

Amy le dio las gracias a Lydia por la cena y escapó de la cocina. «Un día largo y complicado» no explicaba lo que había pasado, y cuando llegó a habitación cerró la puerta con un suspiro de alivio.

Solo habían pasado doce horas desde que le dio la espalda a Nick.

Y pasaría su noche de boda sola en un *palazzo* medieval en la Toscana, en lugar de estar con Nick en una isla del océano Índico.

Se le escapó una risita que se convirtió en un sollozo y, tapándose la boca con la mano, se dirigió al dormitorio.

Pero, una vez allí, se dio cuenta de que la cuna de Elie estaba en la habitación con dos camas. La cama de matrimonio estaba en la otra. Las camas no eran pequeñas, pero le parecía mal dormir en la grande. Después de todo, estaba allí para cuidar de la niña.

Por suerte, Elie dormía tranquilamente, de modo que debía de haber gemido en sueños.

Amy estaba agotada, su cerebro dando vueltas a las repercusiones de su impulsivo comportamiento, pero no podía irse a la cama antes de aclarar con Leo dónde iban a dormir, de modo que puso agua a



calentar para hacerse un té y se sentó en el sofá a esperar.

Capítulo Cuatro

Leo se quedó en la cocina un rato más, charlando con los hermanos Valtieri. Era fascinante la pasión que sentían por su trabajo, por lo que hacían, sus productos, la tierra, los lazos familiares, la historia. Y también por su futuro, un futuro que, Leo se dio cuenta, le gustaría compartir con ellos.

El negocio era una parte de ellos, algo fundamental, y su entusiasmo era contagioso. Eso era lo que él sentía por su trabajo y era maravilloso conocer gente que producía unos ingredientes de primera calidad y compartía su pasión por la excelencia.

Había echado de menos charlar con gente que entendiese qué lo empujaba. Eso era lo que más le gustaba en el mundo, aparte de su familia. Especialmente su hija.

De repente, se le encogió el estómago. ¡Amy estaba cuidando de Elie y lo había olvidado por completo!

¿En qué estaba pensando? Amy se había llevado el monitor, de modo que no sabía si la niña seguía despierta. Pero estaba tan concentrado en la conversación, tan ocupado disfrutando con la charla, que se había olvidado de su hija y de Amy por completo.

¿Cómo podía haber pasado? Especialmente estando tan preocupado por ella. Amy había ido callada durante todo el viaje, tan diferente a la chica que él conocía, siempre alegre, siempre burbujeante. Aunque parecía haberlo pasado bien durante la cena, había un brillo de tristeza en sus ojos y era evidente que había aprovechado la oportunidad de escapar a la habitación sin darle tiempo a reaccionar.

Y él había dejado que lo hiciera. ¿Qué clase de amigo era?

–Lo siento, señores, el tiempo pasa volando, pero debo irme –dijo abruptamente–. Ha sido un día muy largo y quiero ver cómo está Elie.

Y Amy. *Dio*, ¿cómo podía…?

–Sí, claro, nos veremos por la mañana –dijo Massimo–. ¿A las nueve?

–Me parece muy bien.

–Dile a Amy que estaremos por aquí –intervino Lydia–. Elie y ella pueden quedarse con nosotras.

–Seguro que agradecerá la compañía. Y gracias por la cena, ha sido deliciosa. Tendré que devolverte el favor una de estas noches.

Lydia sonrió, encantada.

–Cuando quieras. Incluso podrías dar una clase maestra.

–Ah, ya veo, sin presión alguna –bromeó Leo.

–Seguro que puedes hacerlo, chef –Lydia le guiñó un ojo y él se despidió de todos antes de dirigirse a la habitación.

Silencio. Elie no lloraba y no oía la desesperada voz de Amy intentando calmarla. Leo dejó escapar un suspiro de alivio. Debía de haberse ido a la cama y había dejado la luz encendida sin darse cuenta.

Pero entonces la vio en el sofá, el rostro en sombras.

–Sigues levantada –dijo innecesariamente–. Lo siento, no quería quedarme charlando hasta tan tarde. Veo que Elie está dormida.

–Está dormida, sí.

Leo frunció el ceño. Su voz sonaba… rara, como desconectada.

–¿Amy? –murmuró.

Ella giró la cabeza para mirarlo y se le encogió el estómago. Había estado llorando. Podía ver el rastro de las lágrimas en sus mejillas y tenía los ojos enrojecidos e hinchados… Maldita fuera.

Amy no quería que la encontrase así y cerró los ojos, enfadada consigo misma por no haberse ido a la cama. Leo se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

–Lo siento mucho. Me puse a charlar y… no debería haberte abandonado. ¿Elie se ha portado muy mal?

–No, pobrecita, estaba dormida cuando llegué. No es eso… es que he hablado con Nick –Amy dejó escapar un largo suspiro–. Llamó para ver si yo estaba bien.

– ¿Y lo estás?

–Supongo que sí, no lo sé. Es mi noche de bodas, Leo. Debería estar casada…

Se le rompió la voz y Leo le quitó la taza de las manos para abrazarla.

–Cuánto lo siento. Todo esto es culpa mía.

– ¿Qué es culpa tuya, que yo tardase tanto en darme cuenta de que iba a cometer un error? No lo creo.

–Qué no estés casada ni en tu luna de miel. Que tus planes se hayan ido por la ventana.

Ella negó con la cabeza, tocando su mejilla. Había algo tan sólido en él, algo cálido, real, lleno de vida, algo que tenía sentido. O lo complicaba todo de una forma extraordinaria. Amy bajó la mano de inmediato.

–Que no esté casada con el hombre equivocado –lo corrigió, para convencerlo de que nada de aquello era culpa suya–. Hiciste lo que debías, Leo. Soy yo quien no lo ha hecho, yo quien ignoró todas las señales de advertencia. Pensé que estaba estresada por la boda, pero no era eso, sino el matrimonio, el compromiso de estar toda mi vida

con Nick lo que me preocupaba, pero no me di cuenta hasta el último momento. Así que, por favor, no te regañes a ti mismo porque no es culpa tuya, ¿de acuerdo?

–Entonces, ¿por qué has llorado?

Amy se encogió de hombros.

–Porque la presión ha terminado. Porque me siento culpable, porque me alegro de no haberme casado con Nick cuando es un tipo estupendo. No lo sé –intentó sonreír, pero no lo consiguió–. ¿Eso te parece mejor?

–No mucho –respondió Leo, apartando un mechón de pelo de su cara.

–Pues por el momento es lo único que se me ocurre – intentaba bromear, pero de su garganta escapó un sollozo y Leo la abrazó, apoyando la cara en su pelo. Olía a laca y no era el pelo suave de su Amy…

«¿Su Amy?». ¿En qué estaba pensando? Amy nunca había sido suya, ni siquiera en los viejos tiempos. Y no era el momento de reinventar su relación, cuando los dos estaban destrozados emocionalmente. Por atractivo que pareciera.

¿Y de dónde había salido eso?

Dejando escapar un suspiro, Leo se apartó antes de hacer algo que lamentaría para siempre.

–Te sentirás mejor cuando hayas dormido –le dijo–. ¿Por qué no vas a darte una ducha?

–Por cierto, ¿en qué cama vamos a dormir? En la habitación de Elie hay camas dobles, pero tú no puedes dormir en una cama tan pequeña.

–No seas tonta, no son pequeñas. Tú dormirás en la cama de matrimonio.

–¿Estás seguro?

–Claro que estoy seguro. Venga, date una ducha y luego vete a la cama. Te sentirás mejor por la mañana, en serio.

–¿Es una promesa?

Parecía tan triste que Leo rio, abrazándola.

–Es una promesa. Nuevo día, nueva vida.

Sonaba estupendo. Solo esperaba que no fuera una promesa falsa porque él seguía esperando esa nueva vida después de muchos días, muchas semanas, muchos meses. Y no había señales de ello todavía. Sentía como si su vida estuviera en suspenso, en el limbo, y cada amanecer era tan triste como el anterior.

Leo tenía razón. Se sentía mejor por la mañana.

No debería sorprenderle, Leo siempre tenía razón. ¿Por qué no le había preguntado antes por su relación con Nick? Claro que le habría parecido desleal hacerlo. Incluso después de dejarlo plantado en el altar le parecía mal hablar con él de su exprometido porque Nick era una buena persona.

No era Nick, era ella. Y que hubiese tardado tanto tiempo en darse cuenta de que no iba a aceptar ser sensata y nada más.

Amy suspiró. Ella nunca había sido sensata. Solo tenía que recordar el desastre de sus otras relaciones para saberlo. Debería haberse dado cuenta de que nunca iba a funcionar con Nick. Tal vez por eso había pensado que podría salir bien, porque por una vez estaba siendo sensata. Pero había tardado demasiado tiempo en entender que no era así.

Al menos se había marchado antes de dar el «sí, quiero». Eso habría sido mucho peor.

Apartó las sábanas y saltó de la enorme cama en la que debería haber dormido Leo. Y ojalá lo hubiera hecho porque dormir sola en una cama tan grande le recordaba todas las cosas de las que intentaba escapar.

Pero como Leo había dicho: día nuevo, nueva vida. Nick era el pasado. Aquel día era un nuevo comienzo y tenía que salir a abrazarlo.

–Vamos –murmuró, intentando sonreír.

Allí estaba la sonrisa.

«¿Lo ves? Puedes hacerlo».

Leo y Elie estaban en el saloncito, jugando. Se reuniría con ellos, disfrutaría viendo el cariño que había entre los dos y tal vez eso la haría olvidar su soledad.

Buscó la bata en la maleta y frunció el ceño. No había guardado la bata vieja y suave que tenía desde hacía siglos, en su lugar había llevado una bata de seda elegante y sexy. ¿Para inyectar fuegos artificiales en su luna de miel?

Tal vez. Como el camisón de seda que se había puesto por la noche. Ni siquiera había pensado en ello. Claro que no había tenido mucho tiempo para pensar en el contenido de su maleta antes de que Leo fuese a buscarla.

Debería vestirse antes de ir al salón medio desnuda, pero necesitaba una taza de té y una ducha y, en cualquier caso, la bata la cubría de la cabeza a los pies. Era perfectamente respetable, de modo que anudó el cinturón y abrió la puerta. Además, solo era Leo.

¿Solo?

Llevaba una vieja camiseta y un pantalón vaquero, con los pies descalzos. Estaba sentado en el suelo con Elie, jugando, haciéndola reír. Y, por alguna razón, tenía un aspecto más sexy que nunca. Debían de ser los pies desnudos, pensó, apartando la mirada. O la camiseta, que se ajustaba a su ancho torso, a sus hombros…

«¡No es sexy!».

Amy tragó saliva antes de entrar en el salón.

–Hola, chicos. ¿Lo estáis pasando bien?

–A mi hija le gusta ver salir el sol –respondió él.

Estaba mirándola de arriba abajo, pero, cuando apartó la mirada, sus mejillas se habían oscurecido ligeramente y Amy deseó haberse vestido.

«Ay, Dios ¿Pensaba que estaba luciéndose delante de él?».

Debería haberse vestido y cambiado otra vez después de ducharse…

–¿Té? –le preguntó Leo.

–Sí, claro. Yo lo haré.

Pero él ya se había levantado del suelo y se dirigía a la cocina como si necesitase poner distancia entre los dos.

–Yo ya he tomado dos tazas. Juega con Elie mientras me doy una ducha.

–Muy bien.

Leo entró en la cocina y dejó escapar un suspiro de alivio mientras ponía agua a calentar. Luego asomó la cabeza en el salón sin mirarla a los ojos, fingiendo que miraba a Elie.

–Tengo una reunión a las nueve que seguramente durará toda la mañana. ¿Crees que puedes quedarte sola con la niña? Seguramente dormirá casi todo el tiempo.

–Seguro que sí, he dormido como un tronco. ¿Tú has dormido bien en esa cama?

¿Cama? ¿Quería hablar de camas? Leo volvió a la cocina, regañando seriamente a su cuerpo, que no parecía cooperar.

–Bien, gracias –mintió–. Ya te dije que no habría ningún problema.

No había dormido bien, pero no iba a decírselo. La cama era cómoda, pero él estaba acostumbrado a dormir en una cama enorme. No podía dejar de pensar en Amy al otro lado de la pared y cambiar de habitación no habría servido de nada. Además, habría tenido que respirar su olor en las sábanas y ya tenía suficientes problemas intentando no pensar en ella.

Cuando volvió al salón, ella intentó taparse las piernas que la bata había dejado al descubierto. Leo dejó la taza sobre la mesa e intentó no mirar esas piernas largas y bien torneadas que un pedazo de seda,

que no parecía quedarse quieto, no podían ocultar.

–Vuelvo enseguida. No olvides tomarte el té mientras está caliente.

Leo cerró la puerta del baño dejando escapar un suspiro de frustración y sacudió la cabeza. ¿De dónde demonios había salido aquella atracción? Y Amy no estaba ayudando nada con esa bata insustancial. ¿Pero por qué lo afectaba tanto? Amy no era su tipo.

A él le gustaban las mujeres sofisticadas y había habido muchas en esos años, especialmente desde que comenzó el programa de televisión. Pero había sido discreto, o eso solía pensar, hasta que conoció a Lisa. No había habido nada discreto o sofisticado en su relación. Despertaban lo peor el uno del otro y lo único bueno que había salido de ella era Elie. Su relación había sido un desastre de proporciones épicas y Lisa había pagado por ello con su vida. Jamás se perdonaría a sí mismo por ello. No estaba preparado para otra relación y menos con alguien tan vulnerable como Amy.

Amy ya no era una niña, sino una mujer bella, cálida y cariñosa. De haber sido cualquier otra no habría vacilado, pero no lo era. Se trataba de Amy, su amiga de la infancia, y confiaba en él. Había tenido que armarse de valor para dejar a Nick en el altar y se había vuelto a él para pedir ayuda. Lo último que debía hacer era traicionar esa confianza.

Por tentadora que fuese con esa bata de seda. En fin, tal vez Elie le vomitaría encima y tendría que ponerse otra. Y entonces todo volvería a la normalidad.

Solo podía esperar y confiar.

Media hora después, los dos estaban duchados y vestidos.

–¿Seguro que no te importa quedarte sola con Elie? Lydia y las demás estarán en casa, así que tendrás compañía.

–No te preocupes, no creo que vaya a tener ningún problema –dijo Amy, cruzando los dedos a su espalda–. Vamos a pasarlo bien, ¿verdad, Elie?

Leo se inclinó para besar a la niña y después salió de la habitación.

Elie empezó a llorar casi inmediatamente y Amy tuvo que echar manos de unas dotes de convicción que no creía poseer para distraerla.

–Volverá enseguida –le prometió, apretando la luciérnaga para que hiciese ruido. Por suerte funcionó y llevó a Elie a la cocina, donde las mujeres charlaban en la mesa mientras los más pequeños jugaban en el suelo y las dos mayores leían un cuento tranquilamente.

–Hola, Amy –la saludó Lydia–. ¿Ya has desayunado?

–Sí, gracias. Leo dijo que viniera a buscaros, espero que no os importe.

–Pues claro que no. ¿Quieres un café?

–Me gustaría mucho, gracias.

–Nosotras no podemos tomarlo porque la cafeína no va bien con el embarazo, así que tomamos zumo de frutas. ¿Lo quieres con leche, sin leche, un capuchino?

¿Todas estaban embarazadas?

–Un capuchino, gracias.

–Lo siento, me voy a la terraza –dijo Isabelle, levantándose–. No puedo soportar el olor del café.

–No, por favor. Entonces tomaré un té –se apresuró a decir Amy.

–No pasa nada, de todas formas íbamos a salir un rato. Max, Annamaria, vamos.

Salieron todas, dejando a Amy sola con Lydia.

–Qué horror. De haberlo sabido, no habría pedido café.

–Por favor, no pasa nada –Lydia soltó una carcajada–. Estamos acostumbradas. Los hombres siguen tomando café, aunque lo hacen en otra habitación. Una de nosotras siempre está embarazada, así que están bien entrenados.

Eso la hizo sonreír.

–¿Este será tu quinto hijo o he perdido la cuenta?

–No, no, solo es el segundo. Massimo se quedó viudo tras el nacimiento de Antonino –le explico Lydia–. Cuando nos casamos, no sabía si querría tener más hijos, pero le encantan los niños, así que este es el segundo. Anita va a tener el segundo también e Isabelle el tercero. Su marido es ginecólogo, lo cual le viene muy bien.

–Claro, todo queda en la familia.

–Algo así –Lydia sonrió mientras salían a la terraza, que parecía envolver toda la casa. El paisaje desde allí era tan increíble que Amy se quedó sorprendida.

Se sentaron bajo una pérgola de aromático jazmín y apretó su taza mirando el hermoso valle debajo, respirando los aromas del campo.

–Es un sitio precioso. Y el *palazzo* es absolutamente increíble.

–No si tienes que limpiarlo –bromeó Lydia–. Pero al menos tengo ayuda. Y sí, claro que es precioso. Todos nos sentimos privilegiados por poder vivir aquí y por ser los guardianes para la próxima generación.

–Y no creo que falten inquilinos –dijo Amy–. ¿Te importa que haga unas fotografías? Leo me ha pedido fotos para su blog y creo que aquí serían estupendas. Por supuesto, si antes quieres revisarlas para dar el visto bueno…

–Claro que no me importa –la interrumpió Lydia–. Seguro que a los chicos les gustaría aparecer en el blog de Leo.

–No lo había visto tan emocionado en mucho tiempo. Aunque no me sorprende, este sitio es asombroso.

–Sí, es verdad –asintió Isabelle–. Es un sitio maravilloso para vivir y no está demasiado lejos de Londres, de modo que podemos vernos a menudo. Bueno, tú sabes el tiempo que se tarda, acabas de llegar.

–Sí, pero hemos venido en un avión privado.

–¿En serio? –Exclamó Lydia–. Así conocí a Massimo. Yo llevaba un vestido de novia horrible y estaba intentando conseguir un vuelo a Italia para un concurso de novias a la fuga…

Amy contuvo el aliento y Lydia se quedó callada al ver su expresión.

–Amy, ¿qué te pasa? ¿Qué he dicho?

–Nada, nada –Amy intentó sonreír. No podía hacer otra cosa, aparte de echarse a llorar, y ya estaba harta de lágrimas. Hora de contarles la verdad.

Cuando terminó de hacer un breve resumen de la situación, Isabelle apretó su mano.

–¿Seguro que estás bien?

–Sí, claro que sí. O lo estaré cuando se asiente el polvo.

–Mucho mejor que si te hubieras casado con el hombre equivocado –dijo Anita–. Ojalá más gente tuviera sentido común para romper, aunque fuese en el último momento, en lugar de ser infelices y hacer infelices a sus hijos.

Como Nick y ella habrían hecho. Amy se sentía enferma al pensar en lo cerca que había estado de cometer ese error.

Las tres mujeres habían sido muy amables con ella, pero no quería seguir hablando de su situación. Le pesaba todo aquello a lo que había dado la espalda, pero aunque su angustia empezaba a calmarse, en su lugar había un vacío aterrador.

¿Nick sentiría lo mismo? Tal vez sí o tal vez no. Por la noche le había preguntado si le importaba que hiciera solo el viaje de luna de miel y, por supuesto, le había dicho que no, pero se preguntaba si sería buena idea.

Aunque nada podía ser peor que dejarlo plantado en la iglesia. Qué humillación.

Amy suspiró y Lydia la miró, pensativa.

–Voy a hacer el almuerzo. ¿Os quedareis a comer?

–Anita y yo nos vamos –dijo Isabelle–. Tenemos que comprar cosas de bebés.

–¿Ah, sí? –preguntó Anita.

–Tú sabes que sí. Lo hablamos el otro día.

O no, pensó Amy, porque Anita parecía desconcertada. ¿Querían

dejarla a solas con Lydia? ¿Por qué?

–Ven conmigo a la cocina.

–Elie debería echarse la siesta –dijo Amy.

–Ah, muy bien, pero vuelve cuando se haya dormido.

Elie se quedó dormida enseguida, de modo que no tenía excusa para no ir a la cocina y enfrentarse con lo que sabía sería un interrogatorio.

No lo fue, por supuesto. Su anfitriona era demasiado educada como para hacer algo así.

Había una jarra de limonada sobe la mesa y Lydia estaba cortando verduras mientras los niños jugaban en la terraza.

–Qué rápido. Elie es una niña muy buena.

–Sí, es verdad. Es la primera vez que cuido de ella. He estado muy ocupada planeando la boda y trabajando en Londres y desde que la mujer de Leo murió… –Amy se encogió de hombros– él no ha tenido mucho tiempo para nada.

Lydia le ofreció un vaso de limonada.

–Debió de ser terrible para él. Y no debe de ser nada fácil combinar su trabajo con la niña. Yo sé lo que es llevar un restaurante mientras cuidas de un bebé y es agotador. Me sorprende que no tenga una niñera.

–Parece que no la necesita por el momento. Sus padres se encargan de Elie cuando él no puede, pero en cualquier caso no puede ser fácil.

–Ha sido un detalle que te hayas ofrecido a ayudarlo.

–No tenía mucho más que hacer y Leo no tuvo que esforzarse para convencerme –dijo Amy–. Me encanta Italia… y le debo mucho. Ha hecho muchas cosas por mí desde siempre.

Lydia la miró antes de concentrar su atención en las verduras que estaba cortando.

–¿Como por ejemplo convencerte para que no te casaras con el hombre equivocado?

–Por ejemplo. Seguramente es lo mejor que podía haber hecho. Mi padre murió hace ocho años, cuando terminé la carrera, y supongo que podría haberle pedido a mi tío que fuese el padrino, pero Leo ha sido mi mejor amigo desde siempre y me conoce mejor que nadie. Me alegro mucho de habérselo pedido o habría terminado casada con Nick, que es un hombre estupendo, pero…

–No estabais hechos el uno para el otro –terminó Lydia la frase por ella.

–Algo así. Aunque no sé por qué he tardado tanto en darme cuenta. Seguramente porque Nick es una buena persona.

–¿Y no tiene nada que ver con Leo y contigo?

–¡No! Nada en absoluto –se apresuró a decir Amy–. Conozco a Leo desde siempre, sería como casarme con mi hermano.

Claro que esa mañana, viéndolo jugar con Elie, no se lo había parecido.

Lydia esbozó una sonrisa.

–Lo siento, no es asunto mío, pero… no sé, parece haber algo, casi como una conexión invisible entre vosotros. Y os lleváis tan bien.

Amy se encogió de hombros.

–Es un gran amigo. O lo era, pero entonces su carrera empezó a despuntar y luego se casó. Nick y yo nos prometimos… en fin, ya sabes. No nos hemos visto mucho en los últimos dos años, pero sigue siendo el Leo que conozco y, si lo necesito, solo tengo que llamarlo. Siempre tiene tiempo para mí.

–Me alegro por ti. Siempre es bueno tener un amigo. No hay nada como estar con alguien a quien no tienes que darle explicaciones, alguien que te conoce a fondo y te quiere por encima de todo. Yo no podría tener un amigo mejor que Massimo –Lydia echó las verduras en una cacerola y se volvió para mirarla–. Bueno, cuéntame qué haces cuando no estás huyendo de tu prometido o haciendo de conejillo de Indias para Leo.

Siguieron charlando sobre cosas mundanas, pero las palabras de Lydia estuvieron dando vueltas en su cabeza durante todo el día.

Leo y ella eran amigos, ¿pero significaba eso que no podían ser nada más? No en aquel momento, claro. Ella estaba destrozada emocionalmente y él seguía lidiando con la muerte de Lisa, pero tal vez en el futuro…

«Alguien que te conoce a fondo y te quiere por encima de todo».

¿Cómo Leo?

De repente, se le ocurrió que durante todos esos años, como Gio y Anita, podrían haberse perdido algo que tenían delante de los ojos.

Capítulo Cinco

Los hombres llegaron a la hora del almuerzo y Amy se encontró mirando a Leo de una forma diferente.

Por su expresión podía ver lo bien que estaba pasándolo mientras charlaba con los Valtieri en la terraza, tomando una copa antes de comer, todos hablando en italiano.

Era la primera vez que los oía hablar en ese idioma y se dio cuenta de que, aunque el italiano era un idioma precioso, no todos le parecían sexys. No era el idioma, sino Leo hablando en italiano.

Y eso lo cambiaba todo.

Volvieron a hablar en su idioma al entrar en la cocina, pero su voz seguía haciéndole cosas raras. Y cuando tomó a Elie en brazos y sonrió, con esa sonrisa que reservaba para ella, el corazón de Amy se derritió.

La conversación durante el almuerzo fue muy animada, pero Leo comió con Elie sobre las rodillas y después de comer se la entregó a Amy a regañadientes.

–Lo siento. Vamos a salir de nuevo para ver una planta procesadora de aceite de oliva. ¿Te importa?

–Claro que no. Elie se ha portado de maravilla esta mañana.

Venga, ve con ellos. Lydia cuidará de nosotros.

Su anfitriona asintió con la cabeza.

–Claro que sí. No te preocupes por nosotras. Amy y yo nos llevamos estupendamente y Elie está contenta. Venga, fuera todos.

Leo le dio un beso a la niña antes de desaparecer con los demás y, en aquella ocasión, Elie no lloró.

–¿Has traído bañador? –Le preguntó Lydia–. Tenemos una piscina climatizada.

–Yo sí, pero no sé si Elie tiene bañador.

–Da igual, no lo necesita. Yo tengo varios y también flotadores para los brazos.

–Ah, qué bien. Me apetece mucho darme un baño.

–Nos moriríamos sin la piscina cuando hace calor. El verano aquí es terrible y es maravilloso meterse en el agua por la noche, cuando los niños se han ido a la cama, con las estrellas sobre nuestras cabezas. Es tan romántico –Lydia sonrió–. Leo y tú deberíais probar alguna vez.

Amy rio, incómoda.

–El romance no es lo nuestro –dijo, intentando no imaginarse con Leo bajo las estrellas.

Lydia encontró un bañador para Elie y pasaron horas en la piscina.

El agua era estupenda, fresca, y estar rodeados de vegetación hacía que Amy se sintiera en el paraíso.

Por fin, agotada y soñolienta, la niña empezó a protestar y Amy decidió darle el biberón bajo un árbol. Se quedó dormida de inmediato en el moisés y ella se dejó caer en una tumbona.

Debería haber llevado algún libro, pero no había pensado en ello, de modo que miró el cielo, disfrutando del sol y viendo a Lydia jugar con sus hijos en el agua. Los gritos de los niños, el sol, la sombra de los árboles, el hermoso valle… era una maravilla y por primera vez desde la boda que no había tenido lugar empezó a relajarse.

Hasta que aparecieron los hombres.

–Las chicas lo están pasando bien –dijo Massimo, apoyado en la barandilla de la escalera.

–Hola –las saludó Leo.

Amy levantó la cabeza.

–Hola –respondió, levantando las piernas para envolverlas con los brazos.

Sonreía, pero la sonrisa parecía un poco forzada. ¿Por el biquini? Otra prenda para la luna de miel, pensó. Y se alegraba de que lo hubiera llevado.

–¿Lo habéis pasado bien?

–Genial. La piscina era una tentación irresistible.

–Nosotras ya hemos terminado –dijo Lydia–. Pero puedes usarla cuando quieras.

–Me gustaría nadar un rato, pero tengo que hacer unas cuantas llamadas –dijo Massimo, tomando al bebé en brazos para entrar con su mujer y los niños en la casa.

Dejándolo a solas con Amy.

Y ella no parecía muy contenta. ¿Por el biquini? Se lo habría puesto en público con Nick y, además, él la había visto en biquini muchas veces. Entonces, ¿por qué parecía incómoda? Claro que también él sentía algo extraño.

Se sentó a los pies de la tumbona y levantó sus gafas de sol para estudiarla mejor.

–Se te ha pegado el sol –le dijo–. Ahí –sin poder resistirse, alargó una mano para tocar su hombro y el calor lo traspasó.

¿Por qué? Su piel no estaba tan caliente.

–¿Quieres que nademos un rato?

Amy se levantó, ofreciéndole una hermosa panorámica de su escote.

–Voy a darme una ducha, si no te importa. Llevo aquí mucho rato –dijo, envolviéndose en una toalla.

Pero al darse la vuelta, Leo vio su redondo trasero, apenas oculto por el triángulo del biquini, y su cuerpo reaccionó de inmediato.

–¿Te importa cuidar de Elie hasta que despierte?

Él tragó saliva.

–No, claro que no. ¿Cuánto tiempo lleva dormida?

–Media hora más o menos. Estaba cansada después de nadar, pero ya le he dado el biberón.

–Muy bien, ve a ducharte. Yo me encargo de ella.

Amy subió a su habitación, conteniendo el deseo de correr. Había hecho eso mucho últimamente y no la había llevado a ningún sitio, pero el brillo en los ojos de Leo había despertado algo en ella. No podía confiar en sí misma y estaba deseando apartarse.

¿Porque temía la reacción de un hombre adulto ante una mujer con un biquini diminuto? En ese caso, hacer algo que no fuera apartarse los avergonzaría a los dos.

Cuando llegó a la habitación, cerró la puerta con un suspiro de alivio. No sabía cuánto tiempo tardaría Leo en reunirse con ella, pero no iba a quedarse esperando.

Se dio una ducha rápida, abrió la maleta para buscar la crema solar y encontró las píldoras anticonceptivas, que eran parte de su rutina matinal. Había olvidado tomarla esa mañana.

Era la última caja porque Nick y ella habían querido formar una familia y sintió un vacío en su interior, una sensación que no tenía nada que ver con Nick y sí con el deseo incumplido de ser madre.

Qué ironía que nunca hubiera tenido mucha relación con bebés y, sin embargo, estuviese rodeada de ellos y de mujeres embarazadas. Cuando ya no estaba a su alcance, veía lo que iba a perderse.

Vaciló un momento antes de tomarla, pero era lo mejor para que su ciclo menstrual no se volviese loco. Después, se puso crema en los hombros, donde aún podía sentir el roce de los dedos de Leo, se cambió de ropa y salió del dormitorio justo cuando Leo entraba, con Elie protestando en sus brazos.

–Estás un poco gruñona, ¿verdad, *mia bella*? –murmuró, su voz llena de cariño.

Miró a Amy con una sonrisa y la vaga sensación de vacío que había sentido se convirtió en otra mucho más compleja y turbadora.

–Supongo que no te apetece hacer un té, ¿verdad? Me vendría estupendamente.

–Iba a hacerlo ahora mismo –mintió Amy, dirigiéndose a la cocina mientras se preguntaba por qué de repente el aroma de Leo le parecía tan embriagador.

A la mañana siguiente, Lydia dejó a los niños en el colegio antes de hacer unos recados y Amy pasó el día explorando el valle con la niña en su cochecito, haciendo fotos para Leo y también para su propia carpeta de trabajo. Suponiendo que encontrase una salida para ellas, que no era seguro en absoluto. Pero, por si acaso, hizo fotos del campo y también muchas de Elie para Leo.

Después de comer, todos fueron a la piscina para relajarse antes de que los hombres volvieran al trabajo.

Amy se sentía incómoda. El diminuto biquini que había comprado para su luna de miel no era lo más apropiado y pasó un mal rato cuando Elie tiró del tirante del sujetador... dejándola medio desnuda durante un segundo. Por suerte, nadie se dio cuenta… salvo Leo. Y Amy juró no volver a la piscina, por tentadora que fuese el agua.

Elie empezó a protestar y aprovechó la oportunidad para salir de la piscina, envolverse en una toalla y cambiarle el pañal.

Leo nadó hacia ellas y apoyó los brazos en el borde de la piscina.

–¿No vas a nadar un rato más?

–No, no lo creo –respondió ella, sin mirarlo–. Había pensado hacer fotos para tu blog.

–Muy bien.

Leo volvió a meterse en el agua y Amy pasó la siguiente hora haciendo fotos para el blog… pero sobre todo para tener algo que hacer.

Elie despertó poco después y Leo salió de la piscina, el agua rodando por su ancho torso, aplastando el bañador sobre sus muslos… el corazón de Amy dio un vuelco dentro de su pecho mientras capturaba la imagen para la posteridad. Luego guardó la cámara en su funda mientras Leo se envolvía una toalla a la cintura.

–Te toca nadar. Yo me encargo de la niña.

Amy lo miró. Mala idea. Para su vívida imaginación, no parecía llevar nada bajo la toalla y eso era demasiado.

–Voy a darme una ducha, luego descargaré las fotos – murmuró, despidiéndose a toda prisa.

El martes apenas lo vio porque los hombres estuvieron fuera todo el día, pero el miércoles los Valtieri tenían un compromiso en casa de un pariente y los dejaron solos.

–¿Te apetece hacer una visita turística? –sugirió Leo.

–Sí, claro.

Exploraron el pueblo y las tiendas que Lydia les había

recomendado y, mientras investigaban, ella hacía fotos para el blog de Leo.

La hacía sonreír verlo charlando con la gente. Parecía un italiano de verdad, riendo y moviendo mucho las manos. En realidad, siempre había sido así, aunque nunca antes se había parado a analizarlo. Cada movimiento, cada sonrisa, cada gesto, todo estaba guardado en una parte de su cerebro llamada «Leo» y sus sentimientos por él eran cada vez más confusos.

¿Inapropiados? No, tal vez no, pero sí diferentes. Y amenazaban la relación platónica que siempre habían tenido. Por eso no iba a repetir el fiasco del biquini y, cuando vio una tienda de bañadores, aprovechó la oportunidad.

–¿Te importa esperar cinco minutos? Necesitaré otro bañador si vamos a estar aquí unos días.

–No, claro. Te espero aquí.

La tienda era estupenda y encontró un bañador increíblemente caro, negro y elegante. No se molestó en probárselo. Fuera como fuera le taparía más que el biquini.

Eligió un bañador rosa para Elie y ni siquiera miró el precio. Apenas le había regalado nada a la niña, solo el muñeco de peluche que era su constante compañero.

Leo se preguntaba qué estaría buscando, seguramente algo que la tapase más que el biquini... que le había provocado dos noches en vela.

Intentaba dirigirse hacia la puerta de la tienda, pero una mujer mayor lo había acorralado, flirteando descaradamente, de modo que fue un alivio cuando Amy apareció por fin.

–¿Has encontrado lo que buscabas?

–Sí.

–Entonces, vamos.

Intentó disculparse con la mujer, pero ella lo tomó por los hombros para darle un beso en la mejilla, riendo mientras señalaba a Amy y le daba un azote en el trasero a modo de despedida.

Leo se puso colorado y Amy soltó una carcajada.

–¿Qué te ha dicho?

–Nada.

–No te creo. Estaba tonteando contigo y te ha metido mano.

–No, solo ha sido… me ha reconocido, eso es todo.

Amy puso los ojos en blanco.

–No nací ayer, Leo. La mayoría de las mujeres no te dan un azote en el trasero y hasta yo me he dado cuenta de que estaba flirteando contigo. Venga, ¿qué te ha dicho?

–Que, si tuviera veinte años menos, te robaría el novio. Y no me ha parecido sensato explicarle que solo somos amigos, podría haberme llevado con ella en su escoba.

Amy rio de nuevo.

–Eres un imán para las mujeres, Zacharelli –bromeó–. Todas caen rendidas a tus pies, da igual la edad que tengan.

Todas excepto ella.

Ese pensamiento apareció en su cabeza sin advertencia, pero era cierto. Si era un imán para las mujeres, ¿por qué Amy nunca lo había visto como un hombre? Bueno, salvo a los catorce años, cuando lo veía como un héroe, pero eso no contaba. Y él había empezado a fijarse en ella como mujer recientemente. El lunes, cuando Elie, pobre inocente, había tirado de su biquini. Desde luego se había fijado en eso.

–¿Podemos cambiar de tema, por favor?

–Claro que sí, donjuán.

Al día siguiente, los hombres volvieron a salir para visitar a un primo que fabricaba el vinagre balsámico que aparecía en todas las comidas y Amy y las tres mujeres se quedaron solas.

Le parecía raro no verlo durante tanto tiempo y lo echaba de menos tanto como la niña, lo cual decía mucho. Comieron en la terraza, bajaron a la piscina por la tarde y luego, a las seis, cuando los hombres volvieron a casa, Amy se alegró de llevar puesto el bañador.

Leo se acercó a ella, los ojos ocultos tras las gafas de sol, y ella se volvió, con Elie en brazos.

–Mira, cariño, es tu papá.

Elie alargó los bracitos hacia él, contenta, y Amy lo entendía. Al ver que el rostro de Leo se iluminaba mientras tomaba a su hija en brazos, sintió una punzada de envidia. ¿Cómo sería tener una personita tan contenta de verte?

Maravilloso. Asombroso.

Leo se colocó las gafas de sol sobre la cabeza y Amy pudo ver el brillo de alegría en sus ojos.

–Está empapada –le advirtió.

–No me importa. De todas formas, iba a darme una ducha. Ven aquí, *mia bellissima bambina* –al tomar a la niña en brazos, sus dedos rozaron el pecho de Amy sin querer y notó que contenía el aliento.

Sus ojos se encontraron, los de él oscureciéndose. Por un momento, los dos se quedaron inmóviles. Amy no podía respirar, pero entonces, murmurando una disculpa, Leo se dio la vuelta para besar a la niña y

la risa de la Elie rompió el hechizo.

Amy se envolvió en una toalla, recogió sus cosas y se dirigió a la escalera. Mientras iban a la habitación, él le contaba lo que había hecho ese día y los dos fingieron que ese momento en la piscina no había tenido lugar.

–Ha merecido la pena venir –comentó Amy mientras cerraba la puerta.

–Desde luego que sí. Mañana los Valtieri tienen que ir a visitar a sus padres. Es el cumpleaños de su madre, de modo que no podemos cerrar el trato hasta que vuelvan el domingo. ¿Te importa?

¿Todo un fin de semana con Leo? Amy sintió un cosquilleo de anticipación. No podía negarse y no quería hacerlo, además.

–¿Por qué iba a importarme?

Leo se encogió de hombros.

–No lo sé. Te dije que estaríamos aquí una semana, pero no podremos irnos hasta el lunes o el martes y no sé si tienes que volver a Inglaterra.

–No tengo que volver para nada, por eso estoy aquí. Tómate el tiempo que necesites.

–¿Seguro?

Amy puso los ojos en blanco.

–Pues claro que sí. Además, lo estoy pasando muy bien. Fíjate, me veo obligada a pasar unos días más en un *palazzo* italiano, con una piscina climatizada, jugando con una niña preciosa y rodeada de chefs… qué tortura.

Leo rio, dejando a Elie en el suelo.

–El bañador es precioso, por cierto. ¿De dónde ha salido?

–Lo compré en el pueblo el otro día. Es un regalo – respondió ella–. ¿Vamos a estar completamente solos aquí?

–Creo que sí, pero supongo que nos darán una llave – respondió Leo–. Me vendrá bien relajarme un poco. Será como estar de vacaciones y, además, tendré la oportunidad de probar nuevas recetas usando sus ingredientes. El domingo yo haré el almuerzo y quiero jugar con algunas ideas nuevas.

–¿Y yo voy a ser tu conejillo de Indias? –bromeó Amy, agarrándose a algo que le resultaba más familiar.

–Por supuesto. Tienes un don para ser sincera sobre mis recetas, pero prometo no envenenarte.

–Eso espero.

–Bueno, ¿qué tal el día? ¿Qué has hecho? Siento haberos abandonado.

–Lo hemos pasado estupendamente. Elie está encantada. La verdad,

no sabía lo divertido que puede ser un bebé.

–Yo tampoco –dijo él, inclinándose para darle un beso en la cabecita con una emoción que no podía disimular.

«Ay, Leo».

Después de ducharse, Amy se sentó en un banco en la terraza, aprovechando un momento de soledad sin tener que fingir.

Pero unos segundos después escuchó pasos en el camino de gravilla.

–Te he traído algo de beber.

–Muchas gracias. ¿Elie se ha dormido?

–Sí, enseguida. Nadar la deja agotada –dijo Leo–. Quería hablarte de este fin de semana. ¿No te importa que me dedique a cocinar?

–¿Por qué iba a importarme? Ese es tu trabajo.

–Ya, pero no he podido prestarte atención en todos estos días y tendrás que seguir cuidando de Elie…

–¿No he venido para eso? –lo interrumpió ella.

–El acuerdo era que cuidarías de ella mientras yo estaba en las reuniones, nada más.

–Leo, de verdad, no me importa en absoluto. Estoy encantada con Elie. Además, te debo mucho… –No me debes nada.

Amy sacudió la cabeza.

–No me refiero al catering, eso solo es dinero. De no ser por ti, me habría casado con Nick y habría sido un desastre. Si no hubieras dicho lo que dijiste… Él dejó escapar un suspiro.

–Tenía que hacerlo. No parecías feliz el día de tu boda y no iba a dejar que te casaras con un hombre del que no estabas enamorada.

–¿Cómo hiciste tú? –le preguntó Amy entonces.

Leo se quedó pensando un momento.

–Me casé con Lisa porque pensé que era lo que debía hacer. Estaba embarazada y yo era el padre del bebé, de modo que hice lo más decente. No podía hacer otra cosa.

–¿Quieres hablar de ello?

–No, no. ¿Para qué? Eso no cambiaría nada.

–La muerte de Lisa debió de ser muy triste para ti y para Elie.

–¿Triste? –repitió él, con una risa amarga–. No creo que «triste» pueda explicar cómo me sentí. Destrozado, culpable, avergonzado.

¿Avergonzado?

Leo había girado la cabeza para mirarla y en sus preciosos ojos de color ámbar podía ver un brillo de desesperación.

–Es hora de cenar –murmuró luego, mirando el reloj. Había cambiado de tema tan abruptamente que no había forma de retomarlo.

Casi mejor. Estaba empezando a estar demasiado interesada por Leo y era hora de recordar que no era asunto suyo, que solo era un amigo.

«No está mal interesarte por tus amigos. Solo le has preguntado porque te importa».

No, no era verdad. Quería saber cosas que no eran asunto suyo. Si Leo decidía hablarle de su desastroso matrimonio lo haría cuando quisiera, pero no debía preguntar.

Él se levantó entonces para ir a la cocina, dejándola sola en la terraza, y Amy cerró los ojos.

Hubo un tiempo en que se lo contaba todo. Le había abierto su corazón en muchas ocasiones… cuando rompía con alguna novia, cuando se peleaba con sus padres. Y ella había hecho lo mismo. Nunca había habido nada de lo que no pudiesen hablar.

Ella fue la primera persona a la que llamó cuando ganó el concurso de cocina a los diecinueve años. Y cuando consiguió su primer trabajo como chef. Cuando empezó su meteórica ascensión al mundo de la fama, su padre le entregó las riendas del restaurante familiar y Leo lo había hecho famoso en poco tiempo.

Pero nunca había dejado de hablar con ella. Había sido una parte integral de su vida... aunque ya no lo era. Desde Lisa y ese matrimonio que lo hacía sentir avergonzado.

¿Pero avergonzado por qué? ¿Por haber elegido a Lisa? ¿Por su comportamiento hacia ella? ¿Porque había muerto en trágicas circunstancias? No era culpa suya, a menos que hubiese algo en la muerte de Lisa que ella no sabía. Y no iba a saberlo porque Leo no parecía dispuesto a compartir con ella nada más íntimo que un menú.

Y Amy no podía creer cuánto le dolía.

Capítulo Seis

A la mañana siguiente, Massimo se disculpó por tener que abandonarlos.

–No te preocupes, estaremos perfectamente –dijo Leo–. ¿Puedo visitar tu huerto, Lydia?

–Por supuesto –respondió ella–. Usa lo que quieras, de allí o de la cocina. ¿Seguro que no te importa hacer la comida del domingo?

–No, al contrario, será un placer. Y no os preocupéis por nosotros, estaremos estupendamente, ¿verdad, Amy?

–Claro que sí –respondió ella, aunque sentía mariposas en el estómago al pensar que estaría sola con Leo durante cuarenta y ocho horas. El roce accidental el día anterior en la piscina la había hecho temblar y entonces estaban con gente. ¿Qué habría pasado de estar solos?

Nada. Y si volviese a ocurrir solo tendría que mencionar a Lisa y él daría un paso atrás a la velocidad del rayo.

–Tengo que ir a comprar –dijo Leo cuando se quedaron solos–. Hay un mercado estupendo en el pueblo. ¿Quieres venir?

–Sí, claro –Amy sonrió–. Así podré defenderte de las viejas que quieran meterte mano.

Él soltó una carcajada.

–Ah, claro, ¿cómo iba a soportarlo sin ti?

–Tienes suerte de no tener que hacerlo –replicó ella, dándose la vuelta para que no viera el brillo de anhelo en sus ojos.

Elie se quedó dormida en la silla de seguridad y siguió durmiendo cuando la metieron en el cochecito para pasear por el mercado, donde Amy hizo muchas fotografías. Leo buscó al carnicero que Lydia le había recomendado y se puso a charlar con él en italiano, tan irresistiblemente sexy.

–Voy a hacer cordero a las dos cocciones, muy tierno para que los niños lo coman.

–Qué rico.

–Lo será. Aunque no tengas fe en mí.

–¡Eso no es verdad! –protestó Amy.

Riendo, Leo colgó la bolsa del cochecito y siguió hacia los puestos de verduras, charlando con los vendedores mientras Amy iba detrás con Elie, haciéndose la ilusión de que eran una pareja.

–Bueno, ya he terminado aquí –dijo Leo lo que parecía una eternidad después–. ¿Quieres algo antes de volver?

–No, nada.

Todo el mundo los miraba mientras cargaban las compras en el coche, especulando. Leo era reconocido no solo por las mujeres, sino por los hombres. No sabía que su fama se extendiera a Italia, pero así era.

Leo toleraba los saludos, pero ella lo conocía bien y sabía que le habría gustado pasear tranquilamente por el mercado, sin gente saludándolo, especulando. ¿Despertarían el interés de los medios? Esperaba que no fuera así y se alegró de volver a casa.

¿A casa? No, ellos no tenían una casa. Y no había un «ellos». Solo Leo, Elie y ella.

–Me apetece nadar un rato –comentó Leo cuando llegaron al *palazzo*–. ¿Te apetece nadar, cariño?

Amy abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que se dirigía a Elie y no a ella. ¿Por qué iba a llamarle «cariño»? Nunca le había llamado nada salvo Amy o «niñata» cuando era pequeña.

–¿Quieres nadar un rato con nosotros?

¿Quería hacerlo?

–No sé…

–Será más fácil si me ayudas con Elie, pero no tienes que hacerlo. Si te apetece hacer otra cosa…

Solo quería ayuda con la niña, de modo que era imposible negarse. Además, nada le apetecía más que darse un refrescante baño y eso hizo hasta la hora del biberón.

–Quédate un rato más. Yo voy a darle la comida y luego imagino que dormirá la siesta –dijo Leo, dándole a la niña mientras salía del agua para secarse con la toalla.

Amy dejó escapar un largo suspiro de alivio cuando se quedó sola en la piscina. Llevaba el bañador, pero se sentía tan desnuda como en biquini.

¿Porque había rozado su pecho con la mano el otro día? No significaba nada, solo había sido un accidente.

Entonces, ¿por qué no podía olvidarlo? ¿Y por qué Leo no la miraba a los ojos? O al menos no lo había hecho en la última hora, desde que se puso el bañador.

Una tontería. Y, sin embargo, estaba cambiando la dinámica de su relación.

Amy siguió nadando hasta que le dolieron las piernas, intentando relajarse y olvidarse de Leo.

Había sido Leo quien la enseñó a nadar un verano…

¡Y estaba pensando en él otra vez!

Siguió nadando un rato más para relajarse y luego, incapaz de hacerlo, se tumbó de espaldas y flotó un rato en el agua.

Era genial estar allí. El sol calentaba las zonas que no se refrescaban con el agua y sentía que la tensión iba desapareciendo poco a poco…

Una maravilla.

De repente, sintió algo frío en la cara y vio a Leo mirándola desde la orilla.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –le preguntó, indignada.

–Solo un momento. Tenías un aspecto tan sereno que me daba pena despertarte, pero te he traído una bebida fresca.

–Ya veo lo «fresca» que es. Me has asustado.

–Solo te he echado unas gotitas.

–Querías asustarme –dijo ella, tirándole un chorro de agua.

Riendo, Leo dio un paso atrás.

–¡Oye, que acabo de ponerme esta camisa!

–Pues deberías haberlo pensado antes.

Leo le ofreció la copa y Amy alargó una mano… pero antes de que pudiese tomarla él metió un hielo por el escote de su bañador.

–¡Leo!

Debería haberlo imaginado. Aun así, la broma la pilló por sorpresa y lanzó un grito antes de meterse bajo el agua.

Riendo, Leo dejó el vaso al borde de la piscina.

–Vete. No voy a moverme hasta que te hayas apartado al menos dos metros.

Sin dejar de reír, Leo se apartó y Amy nadó hacia el vaso.

Agua helada con lima. Una pena que solo quedase la mitad, pero no iba a pelearse por ello. Sabía que no ganaría. Leo siempre decía la última palabra, de modo que tomó el vaso de agua y dio un largo trago.

–¿Dónde está Elie?

–Durmiendo. Estaba agotada después de nadar. Por cierto, te has quemado los hombros. ¿Vas a quedarte en el agua hasta que estés tan arrugada como una pasa?

Debería hacerlo. La alternativa era salir del agua delante de él y se sentía ridículamente desnuda con el bañador. Pero no podía quedarse en el agua para siempre, de modo que subió por la escalerilla y Leo la envolvió en una toalla.

–¿Ya estás contento?

–Antes también estaba contento –respondió él–. Eres tú quien me preocupa.

–No tienes que preocuparte por mí. Soy mayorcita y sé cuidar de mí misma. Y no te preocupes por Elie, yo cuidaré de ella mientras tú juegas en la cocina. Además, tengo que descargar las fotos.

Cualquier cosa para alejarse de aquella absurda tensión que parecía haber nacido de repente entre ellos.

Leo se quedó mirando el movimiento de sus caderas mientras subía por la escalera, las gotas de agua que rodaban por sus hombros, los esbeltos tobillos, la curva de sus pantorrillas, las piernas morenas…

En esos días había adquirido un bronceado precioso. Era el mes de junio, pero el calor era soportable y Amy estaba cada día más guapa, como una flor levantando su cara hacia el sol.

Y él empezaba a estar obsesionado. Tenía ingredientes con los que experimentar para el almuerzo del domingo y estaba perdiendo un tiempo precioso mientras Elie dormía. Debería estar ensayando, probando, no mirando las piernas de Amy, imaginándolas alrededor de su cintura.

¡Y no debería pensar en ella de ese modo!

Él no estaba interesado en Amy.

En absoluto.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de mirarla mientras subía por la escalera?

Cuando Amy desapareció, cerró los ojos, pasándose una mano por la cara, como si así pudiera borrarla de su mente.

Imposible. Era hora de ir al huerto y hacer algo útil en la cocina en lugar de fantasear con Amy. A partir de aquel momento mantendría las distancias y, con un poco de suerte, también la cordura.

–Bueno, mi conejillo de Indias, ¿estás lista? –preguntó Leo.

Estaba apoyado en la encimera de la cocina, con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios. Y estaba para comérselo.

Pero se parecía más a su Leo, al de siempre, de modo que intentó no distraerse.

«No es asunto tuyo que esté guapo o no. Nada de Leo es asunto tuyo. Solo Elie y hacer fotos para el blog. Nada más. Leo no podría haberlo dejado más claro».

–¿Tú estás listo para que sea sincera? –le preguntó.

Leo soltó una carcajada, su risa llenando la cocina.

–Ah, qué poca fe tienes en mí –dijo, con un brillo burlón en los ojos–. He estado jugando con algunas ideas, pero no sabía si estarías dispuesta a probar nuevas recetas.

–¿Cuándo te he dicho que no?

–A ver, déjame pensar… ¿cuándo intenté besarte?

Amy soltó una carcajada.

–¡Tenía seis años!

–Creo que tenías nueve y yo casi trece… y, si no recuerdo mal, me dijiste: «No seas asqueroso».

–Ah, sí, me acuerdo. Y también recuerdo que, cuando tenía catorce años y quise probar otra vez, tú ya no querías.

El brillo alegre de sus ojos desapareció.

–Entonces eras una niña y yo era mayor de edad, así que no podía ser.

–Pero ya no soy una niña –dijo Amy, sin pensar.

El suave caramelo de sus ojos se oscureció, las pupilas dilatándose.

–Ya me había dado cuenta –murmuró, apartándose de la encimera–. Bueno, ¿entonces estás dispuesta? Prometo no envenenarte.

–Lo has intentado antes.

–¡Eso no es verdad! –protestó Leo, viéndola reír.

Su risa era tan contagiosa que rio con ella. Por suerte, volvían a ser los de siempre.

–Está bien, si insistes lo probaré.

–¿Lo ves? Sigues queriéndome.

El corazón de Amy golpeó sus costillas. ¿Quererlo? ¿De verdad lo quería? ¿Así, de ese modo?

–Ya te gustaría –intentó bromear, preguntándose si podría oír los latidos de su corazón.

Sin dejar de sonreír, Leo se acercó a ella y le dio un amistoso abrazo, envolviéndola en esos segundos en unas sensaciones que la emocionaron aún más.

Por suerte, la soltó para abrir la nevera y examinar el contenido.

–¿Te apetece una copa de vino mientras yo cocino?

–Ahora intentas emborracharme para que no pueda criticarte –replicó ella.

Pero esa pregunta, si lo quería de verdad, si lo amaba, se repetía en su cabeza como el retumbar de un trueno.

Él se limitó a poner los ojos en blanco mientras sacaba una botella de la nevera.

–Algunas personas nunca están satisfechas –bromeó, abriendo la botella de pálido y delicado *prosecco* que sirvió en dos copas.

Amy se sentó en una silla, jugando con la copa, viendo la condensación en el cristal y las burbujas subiendo a la superficie.

¿Lo amaba? Lo quería, desde luego, ¿pero lo amaba?

«Bueno, has tardado mucho tiempo en darte cuenta».

Amy ignoró esa vocecita mientras tomaba un sorbo de vino, intentando no estornudar cuando las burbujas le subieron por la nariz. Luego se volvió para mirarlo, cámara en mano.

–¿Con qué piensas experimentar exactamente?

Leo se encogió de hombros, unos hombros anchísimos. ¿Cómo no

se había fijado antes? ¿Había estado ciega? Evidentemente, pero ya no.

Amy hizo una fotografía para la posteridad… para la posteridad de su colección privada, que estaba creciendo a un ritmo vergonzoso.

–No estoy seguro. Aún no se me ha ocurrido nada concreto.

–¿Qué tal esos bollos duros como piedras que me hiciste una vez?

–Los bollos estaban perfectamente.

–Estaban como piedras y tú lo sabes.

Leo sonrió.

–Los había dejado en el horno demasiado tiempo, es verdad. Pero entonces tenía nueve años y nunca has dejado que lo olvide.

–Debías de ser mayor.

–No mucho, diez a lo sumo. Y tú no podías morderlos porque te faltaban dos dientes de arriba, me acuerdo bien.

–Ya, claro, porque no dejabas de tomarme el pelo.

–Y tú siempre mordías el anzuelo. Sigues haciéndolo –Leo volvió la cabeza para mirarla con una sonrisa en los labios–. Eso fue hace mucho tiempo.

–Desde luego. Una eternidad.

–Tal vez sí –la sonrisa desapareció y en sus ojos vio un brillo de tristeza, pero disimuló abriendo la nevera.

–Entonces, ¿cómo vas a matarme esta noche?

–No lo sé. Solo quería jugar un rato para probar el aceite y el queso, entre otras cosas. He estado en el huerto de Lydia y tengo algunas ideas. Seguro que haré algo, no te preocupes.

Ella no estaba preocupada, sino desconcertada por completo. Como si el mundo se hubiera puesto patas arriba, aunque en realidad nada había cambiado.

«¿Nada? ¡Has dejado plantado a tu prometido en el altar! ¿Eso no es nada?».

Pero no tenía que ver con Leo.

¿O sí? ¿Era por eso por lo que no se había casado con Nick?

Esa idea la dejó transfigurada. No, no era posible.

Él cortaba cebolla a la velocidad del rayo, usando unas especias, rechazando otras. Casi podía oírlo pensar mientras cocinaba. Sacó una loncha de beicon de la nevera y la cortó en tiras finísimas, que echó en la sartén con la cebolla.

El aroma era delicioso y a Amy se le hacía la boca agua.

Arroz, un poco de vino, caldo de carne…

–¿Vas a hacer un *risotto*?

–Eso parece.

–Huele de maravilla.

–Veinte minutos –Leo removía y echaba especias con una velocidad que solo podía dar la práctica–. Toma, prueba esto – dijo después, poniendo un plato frente a ella–. Dime qué te parece.

–Riquísimo –respondió Amy, con la boca llena.

–¿Tu madre no te enseñó a no hablar con la boca llena? – bromeó Leo.

–Sí, pero yo nunca le hice caso. ¿Todo esto es para mí?

–¡No!

–Qué pena –dijo Amy, viendo cómo mordía la *bruschetta* con tomates secos, aceite de oliva y anchoas. No sabía qué le gustaba más, la *bruschetta* o el hombre.

Tuvo que contener una carcajada histérica mientras levantaba la cámara de nuevo. Si se comía la *bruschetta*, todo terminaría, pero si tenía al hombre podría tener *bruschetta* todos los días y no solo *bruschettas*… Amy tuvo que tragar saliva.

Cuando oyó a Elie balbucear por el monitor, se levantó de un salto.

–Iré yo, tú estás ocupado –murmuró, saliendo de la cocina como alma que lleva el diablo. Era una buena excusa para escapar de algo que no podía controlar.

Cerrando la puerta de la habitación, se apoyó en ella, suspirando.

No sabía qué estaba pasando, pero fueran cuales fueran sus sentimientos era evidente que él no estaba interesado en una relación con ella, aparte de la que ya tenían: un amigo ayudando a su amiga que estaba cuidando de su hija.

Debía recordarlo y mantener bajo control su activa imaginación antes de provocar algún problema que no pudiera resolver.

Se apartó de la puerta para entrar en el dormitorio de la niña, pero todo estaba en silencio. Elie dormía con el culito hacia arriba y Leo debía saberlo porque el monitor habría quedado en silencio.

Cerró los ojos un momento, respirando antes de volver a la cocina. Nada había cambiado, nada era diferente. Sí, lo quería, pero como siempre lo había querido. Nada más.

«Mentirosa».

–Eso huele de maravilla –dijo, entrando en la cocina e ignorando la vocecita de advertencia.

–¿Elie está bien?

–Está dormida –Amy tomó una copa–. ¿Queda algo de vino en la nevera?

Leo miró por encima del hombro.

–Debería a menos que ya te lo hayas bebido todo. Llena mi copa también. Estoy trabajando mucho y me lo merezco. –Venga ya, tú podrías hacer un *risotto* hasta dormido.

Leo sonrió y, de repente, Amy sintió el abrumador deseo de acercarse para darle un beso en los labios.

¡No! ¿Cómo podía pensar eso?

Se acercó a él, pero solo para servir dos copas. Luego volvió a la mesa y se concentró en el poder de la mente sobre la materia. Del cerebro sobre el corazón más bien. Lo último que necesitaba era fantasear con el amor. Bueno, no tanto con el amor, que era un asunto tan etéreo, sino con besarlo hasta dejarlo sin aliento.

Tuvo que contener un gemido de frustración e impaciencia mientras tomaba un sorbo de vino. Aunque emborracharse no sería buena idea en ese momento.

Justo a tiempo, frente a ella apareció un cuenco con *risotto*. Llevaba hojas de albahaca y Leo se inclinó para servir queso pecorino por encima. Amy inhaló profundamente, pero al hacerlo respiró también el aroma de Leo.

–Qué bien huele –murmuró, bajando la cabeza para que no viera que se había puesto colorada.

Leo, sentado frente a ella, estaba de acuerdo. Amy olía de maravilla, aunque nunca antes se había dado cuenta. Cuándo había pasado, no lo sabía, pero había pasado y cada día era más difícil ignorarlo, especialmente desde el incidente en la piscina.

Tomando el tenedor, probó el *risotto* intentando olvidar la imagen del pálido pecho, pero el rosado pezón parecía grabado en sus retinas. Aún podía sentirlo en su mano cuando la rozó sin querer.

Pasar tiempo con Amy estaba despertando algo que había estado dormido durante meses, años tal vez. Algo hambriento y salvaje que no podía controlar había despertado a la vida. Tal vez no deberían ignorarlo, tal vez deberían hablar de ello. Pero no en aquel momento.

–¿Qué te parece? –Preguntó, viéndola comer el *risotto* con ganas–. Me gustan los guisantes y la menta con el beicon y creo que el aceite y el queso de los Valtieri aportan un sabor interesante.

–No voy a discutir –dijo Amy, sin dejar de comer–. ¿Hay más?

Capítulo Siete

Habían conseguido mantener una conversación normal, pensó Leo, aliviado, cuando la puerta se cerró tras ella.

Después de comer, le había dicho que necesitaba más tiempo para seguir jugando con los sabores, de modo que Amy se había ido a hacer más fotos. Y no le sorprendió porque cada vez que la miraba tenía la cámara en la mano.

Pero al menos estaba tomándose el trabajo en serio, pensó. Hacía fotografías de todo, pero no iba a quejarse porque lo que había visto por el momento era mejor que nada de lo que él pudiese haber hecho.

Siguió trabajando en la cocina durante un par de horas y, por fin, se dio cuenta de que estaba intentando alejarse de ella hasta que se fuera a dormir. Pero después de limpiar no tenía nada más que hacer, aparte de probar todos los vinos que producían los Valtieri.

Pero sería un desperdicio, pensó, mirando la botella abierta sobre la mesa. Era demasiado bueno para usarlo como anestésico y lo último que necesitaba era una resaca por la mañana. Poniendo los brazos sobre la mesa, apoyó en ellos la cabeza y dejó escapar un suspiro de frustración.

Debería estar cansado. No como solía estarlo después de trabajar diecinueve horas en su restaurante, pero sí lo bastante cansado como para dormir. En lugar de eso, se sentía inquieto, nervioso.

Miró el monitor. Amy se lo había dejado en la cocina y la había oído decirle cositas a Elie en voz baja, pero ya no oía nada. Podría ir a la habitación y meterse en la cama o nadar un rato en la piscina.

Eso era lo que necesitaba. Nadar un rato, quemar la tensión. Y tal vez entonces podría dormir un rato.

Algo la había despertado. No sabía qué, pero tenía sed y estaba acalorada. Había dejado abierta la puerta de la habitación por si Elie despertaba, pero había esperado que Leo la cerrase cuando volviera de la cocina.

No oía nada, ni pisadas ni ronquidos. Leo debía de haber vuelto de la cocina, pero no lo había oído.

De puntillas, asomó la cabeza en la habitación de la niña, pero la cama estaba vacía y las luces apagadas. Elie dormía tranquilamente, con el culito hacia arriba como siempre, un bracito sobre las barras de la cuna.

Eran más de las doce. Leo no podía seguir cocinando a esas horas.

Se puso la bata y, descalza, se dirigió a la cocina. Las luces estaban apagadas y las puertas de la terraza abiertas…

Amy aguzó el oído. Ah, allí estaba, el rítmico sonido de alguien nadando en la piscina.

Leo estaba nadando.

Y, de repente, no había nada en el mundo que le apeteciese más que nadar. Volvió a su habitación y, como el bañador seguía mojado, se puso el biquini, tomó una toalla y el monitor antes de salir a la terraza.

Podía verlo a la luz de la luna, nadando de un lado a otro de la piscina. Sin decir nada, dejó la toalla en una tumbona y se metió silenciosamente en el agua.

Estaba fresca, el aire perfumado de jazmín y suspiró, contenta. Había algo mágico en el aire, en nadar a la luz de la luna con Leo.

Era tan romántico.

Eso era lo que Lydia le había dicho: «Es maravilloso meterse en el agua por la noche, cuando los niños se han ido a la cama, con las estrellas sobre nuestras cabezas. Es tan romántico. Leo y tú deberíais probar alguna vez».

Se le puso el corazón en la garganta. Solo había querido nadar un rato, pero de repente era algo más que eso. La luz de la luna, el silencio…

Estaba jugando con fuego, metiéndose en territorio peligroso. Tenía que irse de allí. Cuando Leo nadase hacia el otro lado de la piscina saldría del agua y volvería a su habitación.

Pero Leo no siguió nadando.

Llegó a su lado y se detuvo, apartándose el pelo de la cara, las gotas de agua cayendo por sus hombros.

Amy querría tocarlo. Tocar esos hombros tan anchos, tocarlo por todas partes.

¡No! ¿Por qué no se había quedado en la habitación? ¿Por qué se había dejado llevar por la magnética atracción que había nacido de repente en los últimos días, tomándola por sorpresa?

–¿Amy?

–Hola –dijo ella, después de aclararse la garganta.

–¿Qué ocurre?

–Nada. Elie está dormida. He venido a buscarte –le explicó, esperando que su voz sonase normal–. No sabía dónde estabas. Cuando fui a la cocina vi que las luces estaban apagadas y luego te oí nadando… en fin, hace calor esta noche.

Amy tragó saliva. No sabía si salir del agua y volver corriendo a la habitación o echarse en sus brazos, pero ninguna de las dos opciones

era muy brillante. ¿Por qué había sido tan tonta?

Dejando escapar un suspiro, Leo metió la cabeza bajo el agua.

¿Por qué giro del destino había despertado Amy para atormentarlo? Culpa suya, seguro, por haber ido a buscar el bañador y la toalla. En fin, afortunadamente no se había metido en el agua desnudo. Al menos de ese modo podía disimular su reacción.

–Lo siento, no quería molestarte. Es que no tenía sueño y hacía calor. La piscina era una tentación.

Eso y que no confiaba en sí mismo. No quería volver a la habitación hasta que estuviese lo bastante cansado como para caer rendido en la cama. De ese modo no haría lo que deseaba hacer desde que Amy salió de la cocina.

–Son más de las doce, debes de estar agotado.

Pero, a juzgar por la reacción de su cuerpo, no tanto.

–¿Y tú no? ¿Qué haces aquí, Amy?

–Estaba preocupada por ti. Parecías… no sé. A veces es como siempre y, de repente, es como si algo nos separase, como si no te conociera. Y no sé por qué. Siento como si tuviera que ir de puntillas, como si cualquier cosa pudiera molestarte. No me cuentas nada… es como si estuvieras evitándome.

«Porque te deseo. Porque sería inapropiado».

–No es verdad –mintió Leo–. He estado hablando contigo todo el día.

–Pero no sobre cosas importantes y tú no eres así. Siempre hemos podido hablar de todo y ahora no lo haces. ¿Por qué? ¿Es por mí? ¿Qué he hecho para que estés enfadado?

–No estoy enfadado –Leo suspiró–. Y no me has hecho nada, no tiene que ver contigo.

–Entonces, ¿por qué no hablas conmigo? Antes lo hacías, decías que te ayudaba a aclarar tus ideas. Solo quiero ayudarte…

Amy puso una mano en su brazo, sus fríos dedos quemándolo como si estuvieran ardiendo.

–No puedes ayudarme. Solo estás añadiendo otra complicación.

–¿Ahora soy una complicación?

–No quería decir eso…

–Entonces, ¿qué querías decir? ¿Qué pasa, Leo? ¿Qué ha cambiado? Porque no es mi imaginación, ¿verdad?

Él suspiro de nuevo, pasándose una mano por el pelo.

–No, Amy, no es solo tu imaginación. Y no sé qué ha pasado o por qué, pero no puede ser. Yo no voy a dejar que ocurra. Ahora mismo eres muy vulnerable y yo estoy hecho un lío, pero los dos somos adultos y tenemos necesidades. Lo que sentimos es una respuesta

instintiva, nada más. Nos sentimos seguros el uno con el otro, pero no es seguro para ninguno de los dos. Siento mucho todo lo que ha pasado… sé que deberías estar en tu luna de miel, pero yo no soy el hombre que necesitas para tener una aventura, así que no nos avergüences a los dos con más preguntas, por favor.

¿Una aventura? Por un momento, Amy se quedó sin palabras.

–Yo no quiero…

–Entonces, ¿qué haces aquí? –Leo sacudió la cabeza–. No voy a hacerlo, Amy. No voy a añadirte a la lista de cosas de las que me avergüenzo.

El dolor que provocó esa frase hizo que Amy lanzase una exclamación. ¿Se avergonzaba de ella como se avergonzaba de Lisa?

Leo se volvió para salir de la piscina, el agua rodando por su cuerpo mientras tomaba la toalla y el monitor y volvía a la casa, dejándola en el agua, con los ojos empañados.

Tuvo que darse la vuelta cuando las primeras lágrimas empezaron a rodar por su rostro, conteniendo el aliento hasta que Leo desapareció. Luego, apoyó los brazos en el borde de la piscina y empezó a llorar.

Había pasado una hora cuando Leo la oyó entrar en la habitación.

En camiseta y calzoncillos, se había sentado en la terraza para mirar la luna mientras tomaba una copa de vino. No debería, pero le daba igual. Estaba harto de ser sensato. Serlo no parecía estar funcionando para ninguno de los dos.

El valle estaba envuelto en una luz blanquecina, mágica, y sentía un frío extraño. En realidad, no hacía frío, pero la noche le robaba el color a todo, convirtiéndolo en una masa blanca llena de amenazadoras sombras.

En otras circunstancias habría sido romántico, pero esa noche estaba esperado a Amy, preguntándose cuánto tiempo aguantaría sin ir a buscarla. Porque tendría que hacerlo tarde o temprano.

«Oh, Amy. Menudo desastre».

¿Qué estaría haciendo? ¿Qué estaría pensando?

No debería haberle dicho eso, pero no podía dejar que se acercase porque entonces… entonces no habría podido controlarse y no quería hacerle daño. Su vida era un caos y eso era lo último que Amy necesitaba en ese momento.

No, no iba a traicionar su confianza de ese modo.

Oyó el ruido de una puerta, el sonido de la ducha y más tarde el crujido de un colchón, seguido de un golpe sordo. ¿Estaría golpeando la almohada?

Leo dejó la copa sobre el banco y se levantó para ir a la puerta de

la habitación. Amy estaba tumbada de lado, con los ojos abiertos, mirándolo, esperando que él dijese algo, que hiciese algo, pero Leo no sabía qué hacer y se quedó allí, mirándola con el corazón encogido. No podría soportar perder su amistad y temía haberla perdido.

–¿Qué he hecho para que te sientas avergonzado de mí?

Esa pregunta le llegó al corazón.

–No estoy avergonzado de ti, Amy –respondió–. No pienses eso, por favor. No estoy avergonzado de ti, jamás lo he estado.

–Pero has dicho…

Amy se sentó en la cama, envolviendo sus rodillas con los brazos en un gesto protector. En otro momento, se habría tumbado con ella, la habría abrazado. Pero ya no. No con aquel demonio de deseo que los estaba volviendo locos. Leo se pasó una mano por el pelo, suspirando.

–No quería decir eso, de verdad. Siento mucho que me hayas malinterpretado. Jamás me he sentido avergonzado de ti. Soy yo, las cosas que he hecho, la gente a la que he herido –dijo, suspirando de nuevo–. Necesito hablarte de Lisa, ¿verdad?

–Sí, creo que sí –asintió ella–. Porque ya no sé quién eres y no puedo ayudarte. A veces creo que te entiendo, pero entonces dices algo que me desconciertas. Dime qué pasó, qué te ocurre para que te sientas así. Ayúdame a entender qué te hace tanto daño.

Él vaciló un momento.

–Ven, toma una copa de vino conmigo. He traído una botella de la cocina y necesito que alguien me ayude a beberla o voy a terminar con una cogorza estupenda. Espera, voy a buscar una copa para ti.

Volvió a la terraza. Amy estaba sentada en una esquina del banco, abrazándose las rodillas en un gesto defensivo que él conocía bien. Lo miraba con los ojos muy abiertos, como solía hacer de niña. De hecho, parecía una niña asustada, pero ya no lo era. Y eso lo complicaba todo.

Leo se sentó a su lado, a cierta distancia.

–Toma –murmuró, ofreciéndole una copa que ella tomó con mano temblorosa.

–Entonces, Lisa… –empezó a decir–. ¿Qué pasó entre vosotros que te ha cambiado tanto?

–No me ha cambiado.

–Sí, claro que sí. Es como si te hubiera robado la vida. A veces eres el mismo de siempre y luego, de repente, te cierras en banda. Solo te relajas cuando estás con Elie, pero incluso entonces… al principio pensé que era el dolor por la muerte de tu mujer, pero no es eso, ¿verdad? ¿Qué pasó que tanto lamentas, que tanto te avergüenza?

¿Cómo podía haber pensado que era una niña? Amy lo miraba con ojos sabios, pidiéndole que descargase con ella su culpa, sus penas. Y una vez que empezase no podría terminar.

–Yo no estaba enamorado de Lisa –empezó a decir–. Era una aventura sin compromisos… o eso creía yo. Ella trabajaba con el equipo del programa de televisión y nunca habíamos hablado, pero Lisa decidió que me quería como trofeo y durante una fiesta flirteó conmigo y… en fin, quedó embarazada. Yo pensé que tomaba la píldora, pero más tarde ella misma me contó que no era así. Y no mostraba el menor remordimiento. Al principio, no parecía disgustada por el embarazo, al contrario, pero unos meses más tarde se derrumbó.

–¿No estabas enamorado de ella? ¿Te casaste con Lisa solo porque estaba embarazada?

–¿Qué otra cosa podía hacer?

–Podrías haber reconocido a la niña sin casarte con Lisa.

–Pero había sido culpa mía. Lisa había bebido mucho esa noche, no debería haberme acostado con ella.

–¿Estaba muy borracha?

–Yo estaba tan borracho que no podía discernir, pero creo que ella misma lo provocó sirviéndome alcohol sin parar. Se quedó todo el fin de semana en mi casa… –¿La llevaste a tu casa?

¿Al apartamento encima del restaurante? ¿El sitio en el que tantas veces se habían sentado a charlar? Amy sabía que era ridículo porque debía de haber llevado allí a muchas chicas, pero se sentía traicionada.

–La fiesta era en el restaurante de Londres. ¿Dónde iba a llevarla?

–No lo sé, a cualquier otro sitio.

Leo suspiró.

–Después de ese fin de semana, le dije que no estaba interesado en una relación, que estaba a punto de abrir un nuevo restaurante en Yoxburg y tenía muchas cosas que hacer con el nuevo programa de televisión… en fin, que no tenía tiempo para una relación.

–¿Y qué pasó?

–Dejamos de vernos durante unas semanas, pero apareció en el restaurante una noche y dijo que tenía que hablar conmigo. Entonces me contó que estaba embarazada. Al principio no la creía, pero unas semanas más tarde se hizo una ecografía y las fechas coincidían. Y, por supuesto, ella estaba encantada.

–¿Qué dijo tu familia?

–¿Conoces a mi abuela? –le preguntó Leo. Y Amy esbozó una sonrisa.

–¿Ella te pidió que te casases con Lisa?

–No tuvo que hacerlo. Yo sabía que era lo que debía hacer. Además, sabía que los medios se cebarían conmigo si no me casaba con ella, así que organizamos una boda íntima y nos mudamos a Suffolk, a una casa de alquiler.

–¿Y a ella no le gustaba eso?

–No le gustaba en absoluto. Creía que iba a tener una vida fabulosa en Londres y no quería estar prisionera en un agujero en medio del campo… sus palabras, no las mías. Y entonces nació Elie y Lisa empezó a beber. Mucho. Se emborrachaba noche tras noche. Yo le pedí que parase, por Elie, le prometí una casa nueva, le dije que volveríamos a Londres, pero eso no fue suficiente. Creo que la maternidad, el tiempo que yo pasaba en el restaurante, todo era demasiado para ella. Habría sido demasiado para cualquiera, pero Lisa se sentía fuera de lugar y entonces…

Estaba tan angustiado que no podía seguir y Amy dejó la copa en el banco para abrazarlo, poniendo una mano sobre su corazón. Leo se preguntó si podría sentirlo latiendo como loco al revivir esa terrible noche.

–Sigue –murmuró, apretándolo contra ella en un gesto de consuelo.

–Fue al restaurante. Había dejado a Elie sola en casa… la niña tenía seis semanas entonces y había ido al restaurante para decir que me dejaba. Era una noche horrible, estaba lloviendo y había bebido mucho. Le quité las llaves del coche y le dije que subiera al apartamento y me esperase allí, pero empezó a gritar delante de los clientes. Llamé a un taxi y le dije que esperase, pero Lisa salió del restaurante sin decirme nada y… un coche la atropelló. El conductor no pudo hacer nada y ella tampoco. Murió poco después en el hospital y lo único que sentí… fue alivio.

Amy lo abrazó con fuerza y él giro la cabeza para apoyarla en su hombro.

–¿Es por eso por lo que te sientes avergonzado? ¿Porque querías que desapareciese y cuando ocurrió te sentiste secretamente aliviado? ¿Crees que de algún modo eres responsable?

–Es que soy responsable –dijo él, apartándose–. Debería haberle dejado claro desde el principio cómo sería nuestra vida, pero sabía que había quedado embarazada a propósito, que me había tendido una trampa, así que supongo que pensé que había recibido su merecido. Es terrible, lo sé. Lisa no merecía morir así y yo no merecía tener que pasar por todo esto. Y la pobre Elie… ella es la más inocente de todos y no merece nada de lo que pasó. Y los medios lo pasaron en grande. No me digas que no lo sabes porque no te creería.

–Leí algunas cosas, pero quien me preocupaba eras tú. Intenté hablar contigo muchas veces, pero no respondías al teléfono. Debería haber insistido, pero no quería molestar. Lo siento mucho, debió de ser terrible para ti.

Sus labios estaban solo a unos centímetros. Lo único que tenía que hacer era bajar la cabeza y estarían allí, sobre los suyos. Leo luchó para contenerse, intentando alejarse del peligro.

–¿Leo?

–¿Sí?

–No estaba intentando seducirte –dijo Amy, con la voz rota–. De verdad que no. Solo estaba preocupada por ti.

Él suspiró, su aliento moviendo su pelo.

–Lo sé, pero las cosas han cambiado entre nosotros y yo no quiero que cambien. Te quiero, Amy. Te quiero mucho, pero no voy a tener una aventura contigo, por tentador que sea.

Ella se apartó un poco para mirarlo, en sus ojos un brillo de desesperación o de indignación, no estaba seguro.

–¿Cuándo te he pedido que hagas eso? ¿Cuándo he sugerido que…?

–No lo has hecho con palabras, es verdad. Pero estaba en tus ojos y en mi cabeza… y no pienso hacerlo. No voy a hacerlo por tentador que sea. Porque solo sería un consuelo momentáneo y eso no cambiaría nada. Hemos sido amigos desde siempre y no quiero que eso cambie. Tu amistad es un tesoro para mí y no puedo ni quiero perderla por nada del mundo. Y la perdería, te defraudaría.

Ella sujetó su cara entre las manos para mirarlo a los ojos.

–No vas a defraudarme. Nunca lo has hecho, Leo. Yo me he defraudado a mí misma muchas veces y supongo que a ti te ha pasado lo mismo, pero a mí no me has defraudado nunca. De hecho, evitaste que cometiese el mayor error de mi vida…

–Y no voy a cometer otro. Tus emociones son un caos ahora mismo y te agarras a algo que te resulta familiar porque de repente tu vida va a ser diferente a lo que habías planeado –Leo se llevó sus manos a los labios–. Solo necesitas tiempo, Amy. Tiempo para pensar y decidir qué quieres hacer con tu vida. Y no soy yo, de verdad. No soy bueno para ti, no me deseas, solo lo que yo represento, algo familiar, seguro… pero no soy seguro. Y no puedo reemplazar lo que has perdido al no casarte con Nick. Sé lo que quieres, lo que has perdido, pero yo no soy eso.

Amy asintió con la cabeza, suspirando.

–Lo sé y sé que no estoy preparada para otra relación, especialmente contigo. ¿Cómo iba a funcionar? Cometí el error de

comprometerme con Nick porque no hablé antes contigo y no quiero cometer otro error. Gracias por hablarme de Lisa… y no te culpes a ti mismo, no fue culpa tuya.

–Sí lo fue. Debería haberla llevado a casa en lugar de llamar a un taxi, debería haber dejado el restaurante en manos de mi equipo para cuidar de ella, pero no lo hice. No me di cuenta de lo frágil e inestable que era y por eso murió.

–No, Leo. Murió porque había bebido demasiado y no sabía lo que hacía. Tú eras su marido, no su guardián. Lisa era una mujer adulta que tomó una mala decisión y en esa ocasión le costó la vida.

–Pero yo tengo una hija huérfana de madre y una carrera que he abandonado durante los últimos nueve meses. Y no puedo hacer nada al respecto. Lo que está hecho, hecho está. Lo único que puedo hacer es ir día a día y esperar que todo salga bien.

–Así será.

–¿Tú crees? Eso espero porque no puedo seguir así.

Leo se levantó, tirando de su mano y envolviéndola en sus brazos.

–Gracias por escucharme, y gracias por ser como eres. No sé qué haría sin ti.

–No estás sin mí. Nunca estarás sin mí.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

–Entonces, vamos a dormir. Elie me despertará al amanecer.

–Mira el cielo –dijo Amy.

Los dos miraron el cielo, donde empezaban a asomar los primeros rayos del sol.

–Es un nuevo día, Leo. Todo saldrá bien.

Él asintió, pensando que Amy era la única persona a la que podía confiar sus esperanzas y sus miedos. Inclinó la cabeza para rozar su mejilla con los labios y entonces, mientras respiraba su aroma, sintió que su resolución se desintegraba.

Giró la cabeza al mismo tiempo que ella y sus labios se encontraron.

Dejando escapar un suspiro de derrota, Leo la apretó contra su torso, sintiendo el roce de sus pechos, el calor de su boca, abierta como una flor.

Estaba perdido.

No se cansaba de ella y bajó una mano para acariciar su pecho por encima de la seda que tanto lo atormentaba, sintiendo que el pezón se levantaba ante el contacto.

Sus lenguas bailaban, sus sabores mezclándose mientras la descubría por primera vez.

Amy acariciaba sus brazos, su espalda, su nuca, enredando los dedos en su pelo para empujar su cabeza.

Leo exhaló un suspiro, empujando las caderas hacia ella. La necesitaba tanto… Amy suspiró cuando agarró su trasero, levantándola hacia él.

Amy…

¡Amy! No, no, no.

Tenía que parar, ella tenía que parar, uno de los dos tenía que parar. Leo deslizó las manos por su espalda, pero no la soltó. No podía hacerlo, la necesitaba. La deseaba, tenía que…

Tomó su cara entre las manos para buscar sus labios en un beso suave, tierno, mientras luchaba contra sus emociones. Pero cuando ella dio un paso atrás, se sintió solo.

Leo intentó dar un paso atrás, poner espacio ente ellos mientras pudiera, pero sus pies parecían clavados al suelo.

Amy alargó una mano para tocarlo, temblando.

–Hazme el amor, Leo –murmuró.

Y el último vestigio de cordura se convirtió en polvo.

Capítulo Ocho

Amy estaba tumbada de lado, con una pierna sobre las de Leo, la cabeza en su torso, sonriendo de felicidad mientras acariciaba su espalda.

De modo que esos eran los fuegos artificiales, la química que había querido despreciar, lo asombroso que nunca había encontrado hasta entonces.

Los labios de Leo rozaban su pelo, su aliento tan cálido que levantó la cabeza para besarlo y él le devolvió el beso, deslizando una mano por sus costillas. Amy se apretó un poco más, sintiendo la erección contra su vientre.

Leo dejó escapar un gruñido, las vibraciones como los temblores de un terremoto.

–Te deseo –susurró–. Te necesito tanto, Amy…

La tumbó de espaldas y sus cuerpos se unieron instintivamente, como si fuera algo que hacían todos los días. Amy sintió los espasmos de un nuevo clímax.

–Leo…

–Estoy aquí.

Besaba su cuello, su boca, mientras pronunciaba su nombre una y otra vez hasta que Amy se apretó contra él, enviándolos a los dos al precipicio.

A la suave luz del amanecer sus cuerpos se habían convertido en uno y sus corazones volvían a latir a ritmo normal.

Leo se tumbó de lado, llevándola con él. Miraba al techo, intentando entender sus emociones.

Durante todos esos años había querido preservar su amistad, el tesoro del lazo que había entre ellos sin cruzar una línea invisible. Había sido tan importante para él conservar la amistad de Amy que jamás se le había ocurrido enfangar las aguas acostándose con ella.

Otras mujeres ocupaban ese espacio, mujeres que no confiaban en él ni lo necesitaban, mujeres que querían de él solo lo que él quería de ellas. Mujeres que no eran Amy, ni se parecían a Amy, que era intocable.

Pero había dejado de serlo. Había cruzado la línea y no había forma de volver atrás. Lo que no sabía era qué lo esperaba a partir de ese momento porque no tenía nada que ofrecerle salvo lo que quedaba de sí mismo después del trabajo y de su hija. Y, si no había sido suficiente para Lisa, ¿cómo iba a serlo para Amy?

No debería haberla besado, no debería haberla llevado a su

dormitorio, no debería haberle quitado la bata de seda y, con ella, las barreras que protegían su amistad, dejando al descubierto el crudo deseo que sentía por ella.

Había cometido un catastrófico error, pero qué increíble, qué maravilloso había sido.

Porque la amaba, en todos los sentidos, sin reservas, y lo que habían hecho le parecía tan puro, tan simple e inocente.

«Amy».

Pronunció su nombre en silencio, cerrando los ojos para contener unas lágrimas de felicidad.

«No dejes que te haga daño, por favor, no dejes que te haga daño».

Pero sabía que lo haría. De algún modo, en algún momento, tarde o temprano ocurriría y se le rompería el corazón. Y el de ella.

Los balbuceos de la niña la despertaron, pero, cuando abrió los ojos, Leo había desaparecido.

Amy se estiró perezosamente, bostezando, y aguzó el oído. Nada, ni rastro de Leo. Pero Elie seguía lloriqueando, de modo que saltó de la cama, se puso la bata y fue a investigar.

–Hola, cariño. ¿Dónde está tu papá? –murmuró, sacando a la niña de la cuna.

–Perdona, estaba en la cocina. Ven aquí, preciosa.

Se la quitó de los brazos y Amy suspiró.

–Sé lo que estás pensado –dijo, sentándose en la cama mientras él colocaba a la niña en el cambiador–. Pero no lo hagas.

–¿Sabes lo que estoy pensando?

–Te conozco bien. Puede que hayas cambiado un poco, que seas mayor y más sabio, pero sigues siendo tan protector como siempre y estás enfadado contigo mismo por lo que ha pasado. Desearías que no hubiese ocurrido.

–No –dijo Leo, mirándola a los ojos–. No, te equivocas. No deseo que no hubiera ocurrido, pero sí poder darte algo más, poder ofrecerte un futuro.

Amy se levantó para poner un dedo sobre sus labios, pero él lo metió en su boca y chupó suavemente… y ella estuvo a punto de suplicarle que siguiera.

–¿Qué estabas diciendo?

–No me acuerdo.

–Olvídate del futuro, eso está demasiado lejos. Olvida todo salvo el presente. Tenemos unos días más, así que vamos a disfrutarlos, a conocernos mejor y a pasarlo bien con Elie. Estas son unas

vacaciones…

–Tengo que cocinar, probar nuevos ingredientes para la comida del domingo.

–Pensé que sería un simple almuerzo.

Leo sonrió.

–Yo no hago nada simple. Quiero algo que sea asombroso.

–Tu comida siempre es asombrosa.

Él arqueó una ceja.

–¿Qué ha sido de la crítica?

–Sigue aquí y aparecerá cuando sea necesario –respondió Amy–. Muy bien, de acuerdo, juega en la cocina con tus ingredientes, Elie y yo jugaremos solas durante el día, pero aún nos quedan las noches.

Vio que sus pupilas se dilataban.

–¿Y luego?

Ella se encogió de hombros. No lo sabía y tal vez era lo mejor.

–Lo que pasa en la Toscana se queda en la Toscana – bromeó.

–Muy bien, por ahora me lo creeré.

–Por cierto, anoche fuiste asombroso –dijo Amy entonces.

–Tú también. Increíble –Leo la tomó por la cintura, apretándola contra él durante un segundo. Y cuando la soltó, deslizando una mano por su pierna, Amy se sentó de nuevo abruptamente.

–¿Qué piensas hacer hoy? –le preguntó cuándo pudo hablar.

–No lo sé. Sé lo que voy a hacer por la noche, no puedo pensar en otra cosa –respondió Leo, con una sonrisa tan sexy que la hizo temblar.

–Bueno, hagamos algo más práctico por el momento. Voy a darme una ducha. ¿O quieres hacerlo tú?

–Ya me he duchado mientras tú estabas dormida como un tronco. Si pudieras ducharte ahora y quedarte con Elie, sería genial. Yo haré el desayuno para los dos.

–Estupendo. Me muero de hambre.

–Bueno, Elie, ¿qué vamos a hacer mientras papá está ocupado esta mañana? ¿A dar un paseo? Creo que es una gran idea. ¿Dónde vamos? ¿A visitar los olivos? Muy bien –Amy, recién duchada, metió a la niña en el cochecito y Elie esbozó una sonrisa sin dientes que le encogió el corazón.

Estaba sonriendo cuando llegaron a la cocina.

–¿Cuál es el chiste? –le preguntó Leo.

–No hay ningún chiste. Elie ha empezado a reírse y me ha contagiado.

–Ah, ya. ¿Vais de paseo?

–Elie ha decidido que quiere ver los olivos.

–¿Ah, sí?

Leo se inclinó para besar a la niña y luego a ella. El beso la tomó por sorpresa, pero también la promesa que había en sus ojos, el calor de su mano.

–Que lo paséis bien. Nos vemos más tarde.

Dieron un largo paseo, disfrutando de los aromas del campo, y el movimiento del cochecito durmió a Elie, de modo que Amy pudo ponerse a pensar…

Por supuesto, sus pensamientos volvían siempre a Leo.

No era sorprendente después de la noche anterior, claro. Nunca había sentido algo así, pero no era por nada particular que hubiese hecho, sino porque era él. Eran sus manos, sus besos, su cuerpo. Le había parecido… perfecto, como si todo en el universo hubiera caído en su sitio mientras estaba entre sus brazos.

Y aquel día el sol lucía en todo su esplendor, la hierba era más verde, los pájaros cantaban mejor que nunca. Amy esbozó una sonrisa mientras daba la vuelta. Habían estado al sol demasiado tiempo y le escocían los hombros.

Jugaron en la cocina hasta que Leo dijo que la comida estaba lista y luego a la sombra de la pérgola hasta que la niña bostezó.

–Voy a meterla en la cuna. ¿Necesitas ayuda?

–No, gracias.

–Entonces voy a hacer fotos –dijo Amy, poniéndose de puntillas para darle un beso.

No podía creer cuántas fotos tenía de Leo. Leo cocinando, Leo riendo, Leo frunciendo el ceño, haciéndole un guiño… cientos de fotos. De Elie también, y de los dos juntos. Cada vez que las miraba se le hacía un nudo en la garganta.

Había también fotos del *palazzo*, de la finca, de los olivos, los viñedos. Tendría muchas para el blog, pensó, aliviada, de modo que no debía sentirse en deuda con él. Además, iba a ayudarlo con la niña mientras él grababa el programa de televisión.

Ocho semanas en las que harían… ¿qué? Había dicho que lo que pasara en la Toscana se quedaría en la Toscana, pero si estaban juntos en casa… ¿se sentirían incómodos?

¿Su relación terminaría en Italia? No lo sabía y no quería preguntar porque estaba segura de que no le gustaría la respuesta.

Elie empezó a llorar y la sacó del moisés para abrazarla, mirando esa cosita tan pequeña, tan frágil. Había formado un lazo con la niña en esos días y se le encogía el corazón cada vez que la miraba. Era tan triste que tuviese que crecer sin su madre…

Su madre había sido una gran influencia en su vida. No sabía cómo

habría sobrevivido sin la seguridad de sus abrazos, de su protección, sin saber que la persona que le había dado la vida la quería de manera incondicional y estaría siempre a su lado...

Pensar eso la emocionó.

¿Podría ella ocupar el sitio de su madre? En un segundo.

¿Se lo pediría Leo? ¿Le pediría que fuera su esposa?

Leo no estaba dispuesto a casarse de nuevo, él mismo lo había dicho.

«Oh, Leo».

Amy suspiró mientras le cambiaba el pañal a la niña y volvía a ponerle el vestidito y el gorrito a juego.

Leo no estaba en la cocina, de modo que salió a la terraza y lo vio abajo, en el huerto. Estaba inclinado, estudiando una cosa verde, y se volvió con los ojos guiñados al oír sus pasos. Habría sido una foto preciosa, pero por una vez no llevaba la cámara.

–Hola. ¿Algún problema?

–No, todo bien. No sabía dónde estabas.

Elie alargó los bracitos hacia su padre, balbuceando «papapaaa» con una sonrisa de oreja a oreja y, por supuesto, él no pudo resistirse.

–*Ciao, mia bellissima* –murmuró, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Estaba tan cerca que podía oler su aftershave y, de repente, giró la cabeza para darle un beso en los labios. Había sido un besito, nada importante, pero Amy dio un paso atrás.

–¿Qué es eso? –le preguntó.

–Flores de calabacín. Son preciosas y rellenas están riquísimas. Había pensado hacerlas como guarnición.

–Seguro que les gustarán, ¿con qué vas a rellenarlas?

–No lo sé, pero tengo algunas ideas. Probaremos esta noche.

Leo tomó una cesta llena de flores de calabacín con una mano y a Elie con la otra, haciéndole pedorretas en el cuello que hacían reír a la niña.

Era tan bueno con ella. ¿Tan bueno que la muerte de su madre no sería un trauma para Elie? ¿Y cuándo volviesen a Inglaterra y ella ya no estuviera a su lado? ¿Se daría cuenta Elie?

«Deja de pensar».

Amy los siguió, observando las pantorrillas morenas de Leo. El pantalón corto, bajo de cadera, marcaba su firme trasero y le gustaría largar la mano para tocarlo, sentir el calor de su piel bajo los dedos... Más tarde.

Leo dejó la cesta en la mesa de la cocina.

–¿Cuál es el plan para el resto de la tarde?

–No lo sé –respondió Amy–. Eso depende de Elie.

–¿Ha tomado el biberón?

–No, pero está en la nevera.

–¿Has hecho más fotos?

–Sí, y algunas son buenísimas. Están en mi ordenador. ¿Quieres verlas?

–Seguramente no podré hacerlo hasta mañana, tengo muchas cosas que hacer. ¿Podrías cuidar de Elie un rato más, mientras preparo todo esto?

–Para eso estoy aquí.

– ¿Qué tal si antes nos damos un baño?

Amy se había puesto el biquini y cuando Elie tiró del tirante del sujetador Leo la ayudó a liberarse… metiéndole mano mientras lo hacía.

Le guiñó un ojo y Amy se puso colorada, eso lo hizo reír.

–Más tarde –le prometió.

Ella abrió la boca para replicar, pero enseguida esbozó una sonrisa que lo haría perder la cordura si no la hubiese perdido ya del todo.

Amy se metió bajo el agua y abrió sus piernas con las manos antes de darse la vuelta como una sirena. Lo había hecho antes, cientos de veces cuando eran pequeños, pero el roce de sus manos en aquel momento…

–¡Bu! –gritó, saliendo a la superficie.

Elie soltó un grito de alegría, de modo que volvió a hacerlo una y otra vez. Y cada vez que pasaba entre sus piernas, rozándolo íntimamente, Leo tenía que hacer un esfuerzo para no tomarla allí mismo.

–Ya está bien. Tengo que ponerme a cocinar.

Amy alargó una mano para quitarle a la niña, sus pechos amenazando con escapar del biquini.

Era una sirena empujándolo hacia las rocas y esa noche estaba tan lejos…

–¿Seguro que no te importa?

–Desde luego que no. Ve a hacer tus cosas, yo le cambiaré el pañal y luego te haré fotografías cocinando. Y podrás usarme como conejillo de Indias. Al menos de ese modo podré comer algo. Sé lo que pasa cuando empiezas una receta nueva. Estás totalmente concentrado y te olvidas de hacer una comida de verdad.

–Muy bien, como quieras.

Unos minutos después, Amy se reunía con él en la cocina.

–¿Qué haces?

–Judías con menta y queso pecorino para el relleno de las flores de calabacín –Leo metió un dedo en la sartén y lo puso sobre sus labios–. Pruébalo.

Amy abrió la boca y rozó el dedo con la punta de la lengua para probar el cremoso *risotto* sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Riquísimo, me gusta la menta. ¿Vas a servirlo frío o caliente?

–Ni lo uno ni lo otro, las cosas saben mejor templadas, pero hay que rebozarlas con tempura y servirlas inmediatamente.

–Irán bien con el cordero –dijo Amy.

–Espero que sí.

–¿De qué quieres que haga fotografías?

–Dímelo tú, que eres la fotógrafa.

–No sé, ¿qué vas a hacer ahora?

–Marinar el cordero –Leo echó hierbas, aceite de oliva, sal y pimienta en un mortero y empezó a machacar, los músculos de sus antebrazos flexionándose–. Luego lo meteré en el horno varias horas y mañana lo trocearé.

Cuando terminó de machacar las hierbas sacó el cordero de la nevera, le echó por encima el contenido del mortero, lo envolvió en papel de aluminio y volvió a guardarlo en la nevera.

Mientras Elie jugaba con unos bloques de plástico, Amy hacía fotos para el blog. No usaba flash, solo la luz natural que entraba por las ventanas… y la luz dorada hacía maravillas por su piel morena.

Mientras hacía fotografías podía estudiarlo en detalle.

–Dime que el postre va a ser *panna cotta*.

Leo la miró por encima del hombro.

–Por supuesto.

Era uno de sus platos estrella y nunca había probado uno mejor. Técnicamente muy difícil, o al menos lo era para ella, dudaba que Leo tuviese ningún problema porque hablaba tranquilamente mientras trabajaba y era una delicia observarlo. Claro que siempre era una delicia observarlo, hiciera lo que hiciera.

–Voy a hacerlo con una compota de fresas salvajes y el vinagre balsámico de los Valtieri. Espero convencerlos para que me vendan una caja de botellas. Es asombroso, casi como sirope y va estupendo con la fruta. Si eres buena, te lo daré a probar más tarde.

–Seré buenísima –dijo Amy.

–¿Es una promesa? –murmuró él, el tono de su voz haciendo que se le doblasen las piernas.

Leo terminó la *panna cotta*, la echó en moldes y los guardó en la nevera.

–Es un placer trabajar en esta cocina –dijo luego, con una sonrisa que la hizo olvidar la promesa del postre y pensar en algo mucho más dulce y poderoso.

–Me llevaré a Elie al jardín. Está aburrida y le encanta jugar en el cajón de arena.

Cuando salió de la cocina, Leo dejó escapar un suspiro. ¿Por qué de repente lo afectaba tanto? ¿Qué había cambiado? Amy ya no era una niña, pero había tardado todo ese tiempo en darse cuenta de que era una mujer.

Y qué mujer.

Pero aquello no duraría mucho tiempo. Solo estarían unos días más en la Toscana, hasta que firmase el trato con los hermanos Valtieri.

Porque iba a hacerlo. Lo había decidido el primer día, pero necesitaba saber algo más sobre ellos y sus productos. Después de firmar el trato, volverían a casa.

Pero no sabía dónde dejaba eso a Amy.

Capítulo Nueve

–Entonces yo tenía razón –dijo Amy–. Nada de cena.

–No te preocupes, no te morirás de hambre. ¿Elie se ha dormido?

–Sí.

–Estupendo. Toma, prueba esto.

Leo puso un plato frente a ella. Era una *bruschetta* con flores de calabacín rellenas de algo.

Amy clavó los dientes en la tosta y un montón de sabores explotaron en su lengua.

–Divino –murmuró.

–¿Esperabas menos de mí? –Bromeó Leo, con esa sonrisa que hacía aparecer el hoyito en su mejilla–. He retocado el *risotto*… espera, enjuágate antes la boca.

Obedientemente, Amy tomó un sorbo de agua y luego probó el *risotto*.

–Ah, qué rico. Le has dado un toque diferente. ¿Puedo probar el cordero?

–No, el cordero tardará horas.

–Supongo que la *panna cotta* aún no está hecha.

–¿Quieres probarla?

–Desde luego. Con las fresas y el vinagre balsámico, lo quiero todo.

Leo puso los ojos en blanco, murmurando algo sobre las mujeres exigentes, y Amy sonrió. Era como en los viejos tiempos… no, mejor aún.

Con los codos apoyados en la mesa, lo vio meter un molde bajo el grifo antes de darle la vuelta para ponerle fresas cortadas en trocitos y un sirope oscuro. Luego lo decoró con una hoja de menta y un poco de vainilla y puso el plato frente a ella.

–¿Tengo que compartirlo? –bromeó Amy.

–No, es todo para ti.

La temblorosa *panna cotta* era suave, dulce; las fresas olían a verano y se derretían en la lengua. La mezcla de dulce y ácido era extraordinaria.

–Vaya, sabe muy diferente. ¿Qué le has puesto?

–Pimienta rosa. Solo un poco para darle fuerza y menta para darle frescura. ¿Qué te parece el vinagre balsámico? Bueno, ¿verdad?

–Estupendo, todo está riquísimo –Amy tomó un poco más, dejando que se deslizase por su garganta, frío, cremoso y delicioso. El toque de calor de la pimienta rosa, la fuerza de las fresas y el vinagre despertaban las papilas gustativas.

Abrió los ojos de nuevo para mirar a Leo… y entonces ocurrió algo.

Algo sutil, un cambio en sus pupilas, y sintió como si la hubiera golpeado un rayo.

Los dos se quedaron inmóviles un momento, como si los relojes se hubieran parado y todo hubiese quedado en suspenso. Y entonces Leo se inclinó para besarla, su boca fresca y dulce como la *panna cotta*, con un toque de calor que se quedó con ella cuando rompió el contacto.

–Muy bien, la prueba ha terminado –dijo, dando un paso atrás. Y, si no fuera por el brillo de sus ojos, Amy no sabría qué pasaba algo.

–¿Quieres que te ayude a limpiar?

–No, no hace falta. Tengo que ensuciar más antes de terminar.

–¿Quieres que te espere?

Él negó con la cabeza.

–No, vete a la cama. Iré a buscarte cuando termine.

Amy aún no había llegado al dormitorio cuando Leo apareció a su lado.

–Pensé que tenías cosas que hacer.

–Lo haré más tarde. Se me han ocurrido cosas más interesantes –murmuró él, tomándola entre sus brazos.

Lo oyó levantarse de la cama antes de que saliera el sol, cuando el cielo aún estaba manchado de rosa y empezaban a cantar los primeros pájaros. Amy se apoyó en un codo y alargó una mano para buscar el móvil.

Las cinco y media.

Debía de estar loco. Bueno, no, aquella comida era importante para él; una oportunidad para mostrar sus habilidades culinarias a los Valtieri. Muchas cosas dependían de eso y no iba a parar por que se hubiese acostado con ella. Por asombroso que hubiera sido.

Ella no tenía que levantarse tan temprano. Podía dormir al menos una hora más antes de que Elie despertase, de modo que se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos…

De repente, oyó un golpecito en la puerta y cuando abrió los ojos vio el rostro de Leo. Un segundo después, notó algo frío en la cara.

–¿Qué haces?

Leo estaba sobre ella con un vaso de agua en la mano.

–Elie ha despertado y yo tengo que seguir trabajando. ¿Puedo convencerte para que te levantes?

Amy parpadeó.

–¿Qué hora es?

–Casi las siete.

–Dame cinco minutos –murmuró, cerrando los ojos.

Un error porque sintió sus labios en la frente y cuando abrió los ojos de nuevo Leo estaba metiendo el dedo en el vaso de agua.

–No se te ocurra. Déjame en paz.

Leo sonrió, aunque parecía algo cansado.

–Lo siento –se disculpó–. De verdad te necesito. Me llevo a Elie a la cocina para darle el desayuno, así tendrás tiempo de darte una ducha –le dijo, y luego salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Amy se levantó, suspirando. Le gustaría estar con Leo en la cama, pero él tenía cosas que hacer.

Suspirando, se metió en la ducha. Aquel era un gran día para él, pero estaba llegando el final de las vacaciones. Sabía que Leo necesitaba algo más que un revolcón y, si iba a ayudarlo a superar el desastre de su matrimonio, no podía tomarse aquello demasiado en serio.

Y, desde luego, no debía distraerlo cuando tenía que trabajar.

Pero solo eran las siete y media. ¿Cómo podía funcionar sin dormir?

–Huele muy bien –murmuró, entrando en la cocina.

–Es el cordero. Acabo de sacarlo del horno –dijo Leo–. Hay zumo en la nevera, si quieres.

Amy abrió la puerta de la nevera y se encontró con unos estantes llenos de cosas de todo tipo, incluyendo la divina *panna cotta*.

–¿Quieres un café?

–Ya he tomado tres –respondió Leo–. Pero no me ha servido de nada, así que tomaré otro.

–O podrías tomar un vaso de agua con limón para limpiarte de toxinas.

–Dame un café –insistió él, bostezando–. Mi cuerpo por fin ha decidido que estoy cansado. Mal momento.

Amy se sentía culpable mientras le ofrecía una taza de café más flojo de lo habitual y con leche.

–Gracias.

–De nada.

–He traído la cámara.

–¿Para hacerme fotos en mi peor momento?

Estaba despeinado, los ojos enrojecidos, la camisa del día anterior arrugada, los pies descalzos… tenía un aspecto tan sexy.

Amy apartó la mirada.

–Creo que tus fans podrán soportarlo –bromeó, sacando la cámara. Haría una foto para su colección personal.

La familia llegó a las doce y Lydia fue directamente a la cocina

para preguntar si necesitaban ayuda.

–No, gracias –respondió Leo–. Todo está controlado. ¿A qué hora queréis comer?

–¿A las dos? –sugirió Lydia.

–Muy bien. He pensado que podríamos comer en la terraza, bajo la pérgola, a menos que prefieras comer aquí.

–No, no, mejor en la terraza. ¿Puedo preguntar cuál es el menú?

Leo se lo contó y los ojos de Lydia se iluminaron.

–Fabuloso. Estoy muerta de hambre. Y más tarde tendrás que contarme cómo lo has hecho.

Leo esbozó una sonrisa.

–Muy bien, pero ahora déjame solo para que pueda concentrarme.

Imposible, por supuesto. La cocina se convirtió en el centro de reunión, pero daba igual. Él estaba acostumbrado a trabajar en medio del caos y Lydia se aseguró de que nadie lo molestase. Incluso lo ayudó con el relleno de las flores de calabacín.

Pero Amy estaba allí, distrayéndolo sin darse cuenta.

Leo hizo un esfuerzo para concentrarse. Lo último que necesitaba era que el cordero se le quemase o las flores de calabacín quedasen demasiado hechas.

Aunque parecía no prestarle atención, también Amy estaba mirándolo y, cuando faltaban veinte minutos para terminar la comida, los llevó a todos a la terraza para dejarlo en paz.

–¿Amy? –la llamó Leo.

–¿Me necesitas?

Menuda pregunta después de lo que había pasado por la noche. Leo le ofreció un plato con varias *bruschettas*.

–¿Podrías sacar esto como aperitivo? Pero no te lo comas tú todo.

Amy tomó el plato sacándole la lengua y salió a la terraza mientras Leo soltaba una carcajada. La misma Amy de siempre.

Ella volvió a la cocina unos minutos después.

–¿Puedo hacer algo?

–Saca los platos y los vasos y luego ayúdame a sacar cosas. Estoy friendo las últimas flores de calabacín, todo lo demás está hecho. El cordero está enfriándose y las verduras han quedado perfectas.

Seguía trabajando mientras hablaba y Amy miró el reloj de la pared: las dos menos cinco. Leo nunca había sido puntual hasta que empezó a cocinar.

–¿Solo tengo que sacar cosas?

–Sí, gracias. ¿Amy?

Ella se volvió para mirarlo.

–¿Qué?

–Gracias por todo. No podría haberlo hecho sin ti. Has sido estupenda.

–De nada. Les va a encantar, estoy segura. Tienes muchos fans ahí fuera, pero no quemes las flores de calabacín.

Estaba bien.

Todo estaba bien, mejor que bien. Y él estaba en su elemento.

El almuerzo fue asombroso y todos lo felicitaron por el cordero a las dos cocciones. Leo parecía relajado y la *panna cotta* fue recibida con gritos de alegría.

Era su plato y Lydia, que estaba emocionada, preguntó cómo iba a dar de comer a su familia después de aquello, suplicándole que le diese la receta.

–Cuando quieras. Es facilísima.

–Es fácil hacer *panna cotta*, pero no es fácil hacerla así – replicó ella–. Es fabulosa.

–No se puede hacer sin vuestros ingredientes –dijo Leo, mirando a Massimo.

–Tenemos que hablar –asintió su anfitrión–. Mi mujer es una chef excelente y yo estoy acostumbrado a comer de maravilla todos los días, pero tú has llevado nuestros ingredientes a una altura increíble. Tenemos que firmar un trato, quiero que mis productos estén en las mesas de tus restaurantes.

Una sonrisa iluminó el rostro de Leo.

–Yo iba a decir lo mismo. No sé qué tienen tus productos, tal vez el cuidado, la tierra o la experiencia, pero tienen un sabor que no he encontrado en ningún otro sitio. Y quiero el vinagre balsámico en la lista, es imprescindible.

–Mañana, a las nueve, firmaremos el contrato –dijo Massimo, levantando su copa.

Amy estaba sentada en la terraza, tomando una taza de té y mirando a las golondrinas que hacían sus nidos en los viejos tejados del *palazzo*. Elie dormía la siesta y los demás hacían sus cosas, de modo que estaba sola.

Leo se sentó a su lado en el banco unos minutos después, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

–Todo ha salido bien.

–¿Es que lo dudabas?

–Siempre tengo dudas, pero parece que he conseguido lo que quería.

–Entonces el viaje ha merecido la pena.

–He conseguido más de lo que esperaba, pero no podría haberlo hecho sin ti.

Amy apartó la mirada.

–Yo no he hecho nada.

–¿Cómo qué no? Te has encargado de Elie y por eso he podido trabajar y hacer lo que me gusta. Es un contrato importante para mí.

–¿Has conseguido lo que buscabas?

–Mucho más, pero es hora de irse a casa. He abandonado mi negocio durante demasiado tiempo.

A casa.

Fuera la que fuera.

Amy miró las colinas y sintió una punzada de aprensión, mezclada con una gran tristeza. Sabía que sería un viaje corto, pero lo había pasado de maravilla, en un sueño de sol, risas y familias felices. Pero todo había terminado. Ocho semanas más con Leo y tendría que buscar algo que hacer, alguna manera de ganarse la vida. Pero no sabía por dónde empezar.

Aquel tiempo mágico en la Toscana lo había cambiado todo y pensar eso le encogía el corazón. Las cosas habían cambiado para siempre, su amistad nunca volvería a ser la de antes.

–¿Y tú qué vas a hacer a partir de ahora? –le preguntó Leo, como si hubiera leído sus pensamientos.

Amy se encogió de hombros.

–No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Imagino que tendré que lidiar con asuntos de la boda… y tengo que descargar las fotos para el blog. Tal vez pueda hacerlo mientras tú estás grabando los programas. Y podría hacer más fotos durante la grabación.

–Yo estaba pensando... tal vez debería publicar un libro de cocina. Lo había pensado muchas veces, pero no me había decidido.

–¿Y por qué ahora?

–No lo sé, pero me vendría bien un fotógrafo profesional.

–Ya te he dicho muchas veces que deberías hacerlo.

–¿Te interesaría?

–¿Hacer las fotos para el libro?

Eso significaría pasar más tiempo con él y sería estupendo si siguieran juntos, pero una tortura si no fuera así.

–¿Te importa si me lo pienso? No sé qué voy a hacer o dónde voy a vivir.

–Te lo agradecería mucho, tus fotos son estupendas. Claro que aún tengo que resolver el pequeño problema de encontrar editorial.

–Ahí sí puedo ayudarte. Tengo contactos.

–Genial.

Leo sonrió y el corazón de Amy dio un vuelco. ¿Podría funcionar? Significaría pasar tiempo con él, ayudarlo a seguir adelante con su vida… claro que también sería bueno para ella. Sabía que un libro de cocina era un trabajo arduo, pero se vendería bien y sería un éxito, pero sobre todo les daría la oportunidad de descubrir si había un futuro para ellos.

–Veré lo que puedo hacer.

–No hay prisa. Antes tengo que grabar el programa.

–Tal vez quieran lanzar el libro cuando empiece la nueva serie de programas. Sería buena idea.

Leo asintió con la cabeza.

–Mi productor quiere verme lo antes posible. Había pensado irnos el martes, pero preferiría que nos fuésemos mañana mismo.

–¿Otro avión privado? –preguntó Amy, intentando disimular que tenía el estómago encogido.

–Probablemente. Es menos estresante que un vuelo comercial, pero no sé. Ya veremos.

–Yo me encargaré de hacer las maletas.

–Muy bien –Leo apretó su mano–. Creo que deberíamos irnos a la cama. Ha sido un día muy largo y necesito que mi cerebro esté despierto mañana para firmar el contrato con los Valtieri.

–Yo voy a quedarme aquí cinco minutos más. Ve a ducharte, yo quiero despedirme del valle.

–Loca –murmuró él, pero su tono estaba lleno de afecto.

Cuando se quedó sola dejó escapar un largo suspiro. Menos de cuarenta y ocho horas antes habían estado allí, en ese mismo banco, cuando él le abrió su corazón. Y luego la había besado. ¿O lo había besado ella? No estaba segura, pero sabía que desde ese momento todo iba a cambiar.

¿Podrían trabajar juntos en el libro? Tal vez sí, tal vez no.

Se quedó allí unos minutos más, sabiendo que tal vez se irían al día siguiente y aquella sería la última oportunidad de disfrutar viendo que los pájaros se iban a dormir y los murciélagos empezaban su ronda nocturna.

Echaría de menos todo aquello, pero sobre todo a la familia Valtieri, a Lydia en particular. Todos habían sido increíblemente amables, y no porque Leo fuese una celebridad, sencillamente eran personas encantadoras y los echaría de menos.

Pero sobre todo echaría de menos a Leo y Elie. La niña se había metido en su corazón y él…

Amy suspiró. Leo siempre había sido importante para ella, pero

esas vacaciones lo habían cambiado todo. Habían cambiado el delicado equilibro de su amistad.

No sabía qué le esperaba en el futuro, pero pasaría mucho tiempo hasta que pudiese mirar a otro hombre. Sus emociones eran un caos y era demasiado pronto para pensar en otra relación, incluso con Leo.

Capítulo Diez

–Pronto llegaremos a casa.

Amy lo miró con una sonrisa en los labios.

–Sí, ya falta poco.

Leo había contratado un vuelo chárter porque tenía cosas importantes que hacer. Por ejemplo, la reunión con los productores del programa de televisión el día siguiente.

Pero no pensaba quejarse. El vuelo, como el de ida, fue perfecto, el coche estaba esperándolos en el aeropuerto y se dirigían a Suffolk al atardecer, con Elie dormida en la sillita de seguridad.

Amy miró a la niña de la que se había enamorado y sintió una punzada de dolor al pensar que tendría que despedirse de ella. De los dos.

La expresión de Leo era indescifrable, sus manos relajadas sobre el volante, los ojos clavados en la carretera.

–Mañana podrás dormir hasta la hora que quieras –le dijo, con algo de envidia.

Pero ella cambiaría eso por abrazar a Elie.

–Sí, claro –murmuró, intentando no pensar cuánto echaría de menos esos momentos. Volvería a casa con su madre y él a casa de sus padres hasta que hubiesen terminado las reformas en la suya, así que al menos por el momento su romance no tenía que terminar.

¿O sí?

–¿Cuándo quieres mirar las fotos? –le preguntó–. ¿Quieres que las descargue en un *pen drive*? Habrá que retocarlas antes de ponerlas en el blog, pero imagino que querrás elegir las que más te gusten.

–Tal vez podríamos verlas esta noche. Tengo que escribir los textos y he tomado notas mientras estábamos allí, pero la verdad es que tenía demasiadas cosas en la cabeza, por no hablar de otras distracciones.

Amy esbozó una sonrisa.

–¿Vas a quedarte en casa de tus padres?

–Unos días, sí. Mañana tengo que ir a Londres y Elie se quedará con mis padres. Imagino que tú estarás en casa de tu madre.

Así era, al menos por el momento. Y serían vecinos. Su corazón dio un saltito de alegría.

–¿Dónde si no? En caso de que lo hayas olvidado, ya no tengo casa.

Ni trabajo después de las ocho semanas. ¿Y a Leo? ¿Lo tendría a él?

–No se me había olvidado –él apretó su mano, dejando la otra

sobre el volante–. No pasa nada, Amy. Todo saldrá bien de una forma o de otra.

Eso esperaba, pero no le gustaba lo de «de una forma o de otra». Ni la incertidumbre por su futuro, ni recordar que ya no tenía casa. Ni trabajo.

–¿También para ti o solo yo voy a recibir los polvos mágicos?

Leo emitió un bufido, volviendo a poner la mano sobre el volante.

–Yo soy un caso perdido.

Eso era lo que ella había pensado unos días antes, pero oírselo decir hacía que se le encogiera el estómago.

–Eso no es verdad. Lo has pasado mal, pero tienes que empezar a trabajar otra vez, grabar el programa, concentrarte en tu presencia en los medios. Tienes mucha presencia en televisión.

Amy giró la cabeza para mirarlo. No se había afeitado aquel día y probablemente tampoco el día anterior. La sombra de barba le daba un aspecto sexy, de pirata. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta hasta entonces de lo guapo que era?

–¿Tengo mucha presencia?

–Claro que sí. Los primeros programas fueron un éxito y los siguientes serán aún mejores. Y luego está el libro de cocina.

Eres un gran comunicador, así que comunícate con tu público, flirtea con la cámara, véndete a ti mismo.

Leo frunció el ceño.

–Pero yo no soy el producto. Mi comida es el producto que debo vender.

¿Cómo podía ser tan tonto?

–Leo, por favor, las dos cosas son inseparables. Tú y tu entusiasmo por la comida, tu simpatía, tu energía… eso es lo que le gusta a la gente.

Lo que le gustaba a ella. Lo que le había gustado desde que aprendió a pronunciar la palabra «hormona». Pero no se había dado cuenta hasta ese momento.

–¿Y cómo voy a vender eso?

Amy rio. No lo entendía.

–Tú no tienes que venderlo, solo tienes que ser tú mismo. El programa de televisión, el libro, el blog… todo eres tú. La comida es secundaria en cierto modo.

Él emitió un gruñido.

–Ahora mismo lo que me preocupa es cuándo vamos a empezar a grabar. El plan era hacerlo en mi nueva casa, en mi cocina, pero aún no han terminado las reformas.

–¿Cuánto tiempo tardarán en terminar?

–No tengo ni idea. Deberían haber terminado hace semanas, pero ya sabes cómo son estas cosas.

–¿Qué queda por hacer?

–Solo los últimos toques, pero aún no han terminado la cocina, que es lo más importante para la grabación. Cada vez que pregunto ocurre algo nuevo, es desesperante.

–¿Podrías usar el restaurante de Yoxburgh?

–No, el negocio va bien y no quiero cerrarlo durante ocho semanas porque los clientes podrían dejar de ir. Además, tendría que vivir en el pueblo. No, no sería buena idea.

–Pues entonces dile a los albañiles que terminen la cocina de una vez.

–Llamaré en cuanto lleguemos, a ver cómo van las obras.

Unos minutos después salió de la autopista para tomar una carretera secundaria y pronto llegaron a casa. Si las casas de sus padres contaban ya que, por el momento, los dos eran prácticamente vagabundos. Leo condujo despacio por el pueblo y detuvo el coche frente a la casa de su madre.

No apagó el motor para no despertar a Elie, pero salió del coche para sacar la maleta y abrirle la puerta.

–Voy a meter a Elie en la cuna y tengo un millón de cosas que hacer. No he abierto mi correo desde que llegamos a la Toscana y debe de estar lleno.

Amy se volvió para darle las gracias, pero él tomó su cara entre las manos, acariciando su mejilla con el pulgar.

–No sé qué habría hecho sin ti. Has sido estupenda y no sé cómo agradecértelo.

El corazón de Amy se aceleró mientras levantaba la cara para rozar su mano con los labios.

–No, tú me salvaste la vida sacándome de aquí. No sé qué habría hecho de no ser por ti.

–Todo habría salido bien, tu madre se habría encargado de eso.

–Sí, pero no habría sido lo mismo. Gracias por rescatarme por enésima vez, pero intentaré que no vuelva a pasar.

Luego, sin pensar, se puso de puntillas para darle un beso. El roce de su barba excitaba sus terminaciones nerviosas, haciendo que deseara más, pero antes de que uno de los dos pudiese hacer alguna estupidez, Amy se apartó.

–Buena suerte mañana. Llámame para contarme cómo va todo.

–Lo haré. Que disfrutes de un largo sueño… y piensa en mí al amanecer con Elie en brazos.

¿Pensar en él? No podía pensar en otra cosa.

–Tú sabes que te encanta. Buenas noches, Leo.

–Buenas noches, Amy. Que duermas bien.

Eso era lo que le decía a Elie todas las noches, con voz suave. «Buenas noches, cariño, que duermas bien».

Amy entró en la casa y cerró la puerta tras ella.

Hora de empezar con su nueva vida.

Su madre estaba en el salón, viendo la televisión, pero la apagó de inmediato.

–¡Cariño! No había oído el coche. ¿Está Leo contigo?

–No, se ha llevado a Elie a la cama. Tiene que levantarse muy temprano.

Amy le habló del viaje en avión privado, de la Toscana, del *palazzo*, de la estupenda familia Valtieri, de los ingredientes que Leo había encontrado, de Elie…

–Tengo un millón de fotos, ya te las enseñaré.

–Qué bien. Me alegro de que estés más animada, hija.

–Bueno, ¿qué tal por aquí? Siento haberte dejado sola con todo ese lío, pero es que no podía enfrentarme con nadie.

–No pasa nada. Todo el mundo se ha portado muy bien.

–¿Y los regalos?

–Ningún problema. Hablé con la tienda donde tenías la lista de boda y están de acuerdo en devolver el dinero. No tienes que preocuparte.

Eso le quitaba un peso de encima. No podrían devolver el regalo de Leo, por supuesto, pero haría lo que pudiese por él.

Cuidar de Elie durante esa semana había sido maravilloso y hacerle fotografías un placer, pero había prometido ayudarlo durante las ocho semanas de la grabación y, si por alguna razón no fuera posible, editaría las fotos y las dejaría perfectas para su blog.

–Mamá, ¿te parece bien que me quede aquí durante un tiempo? ¿Hasta que decida qué voy a hacer con mi vida?

–Pues claro que sí, hija. Es tu casa. Y no te preocupes, todo se arreglará. Solo quiero que seas feliz.

¿Feliz? Amy sintió que sus ojos se empañaban y tuvo que darse la vuelta.

–¿Hay algo de comer en la cocina?

–Claro que sí. Sabía que venías hoy, así que he hecho curry. Solo tengo que echar el arroz.

Elie no quería dormirse y Leo lo entendía. Había estado atrapada en un avión durante muchas horas, de modo que quería jugar.

Con él.

De nuevo, era comprensible. Durante la última semana no lo había visto demasiado. Estaba en un sitio extraño, con una persona nueva. Aunque no había parecido importarle; al contrario, adoraba a Amy.

Su hija tenía muy buen gusto.

Leo suspiro, preguntándose cuánto tardaría en olvidarla. ¿Una semana? ¿Un mes?

¿Toda una vida?

–¡Bu!

Elie reía, tirando de la pechera de su camisa, intentando abrirle los ojos con sus manitas. No se cansaba de jugar y él estaba agotado, pero era tan fácil hacerla reír… y la recompensa de una sonrisa merecía la pena.

Leo levantó su camiseta para hacerle una pedorreta en la barriguita, haciendo que la niña se partiese de risa.

Su correo estaba lleno y tenía que hacer muchas llamadas, pero le daba igual. Era lunes y el restaurante estaba cerrado, de modo que levantó la camiseta de Elie para hacerle otra pedorreta y se rindió. La niña quería a su padre y, maldita fuera, también la quería él. El resto podía esperar.

Amy estaba frente a la ventana de su habitación, mirando la casa de la familia Zacharelli. La luz de su dormitorio estaba encendida y por la ventana abierta podía oír la risa de Elie y la de Leo.

Estaban jugando y sus ojos se empañaron de nuevo. Los echaba tanto de menos. Echaba de menos verlo jugar con Elie… «Oh, Leo».

Hacía calor, pero Amy cerró la ventana. No necesitaba la tortura de escucharlos, era horrible estar sin ellos.

Su vestido de novia había desaparecido, colgado en algún otro armario seguramente, con el velo y los zapatos, ¿Y el anillo? Lo había dejado en la mesilla y allí lo encontró. Su madre lo había guardado en la caja.

Se lo enviaría a Nick, por supuesto. Era lo mínimo que podía hacer porque debía de haberle costado una fortuna. Nick no necesitaba el dinero, pero ese no era el asunto.

Encendió el ordenador, metió el *pen drive* de la cámara y empezó a mirar las fotos antes de irse a la cama. No iba a abrir su correo, que sin duda estaría lleno de notas compasivas o ligeramente irónicas sobe el fiasco de la boda. Tal vez los borraría todos. Al día siguiente.

Por el momento, solo quería mirar las fotos.

–¿Estás ocupada? –le preguntó Leo al día siguiente, por teléfono.

¿Ocupada? ¿Por qué iba a estar ocupada? Lo único que tenía que hacer era escribir cartas a los invitados pidiendo disculpas y llevarlas a la oficina de Correos… pero no en el pueblo para no responder preguntas o soportar miradas compasivas.

Y ver las fotos.

–No, no estoy ocupada. ¿Por qué?

–Acabo de volver de Londres. He metido a Elie en la cuna y tengo una reunión con el constructor en una hora, pero he pensado que podríamos ver las fotos.

Amy no había podido hacer mucho la noche anterior. En cinco minutos se había puesto a llorar y no pudo hacer nada más que cerrar el ordenador.

–No he tenido tiempo de revisarlas –le dijo. O de sacar las que eran solo para ella. Y había muchas.

–Podemos hacerlo juntos –sugirió Leo.

–¿Aquí o en tu casa?

–¿Qué tal en mi nueva casa? El constructor me ha dicho que está habitable, así que podemos llevarnos allí el ordenador.

Podría decirle que estaba cansada, pero aquel día no había hecho nada más que la colada, llorar y enfadarse consigo misma por ser tan tonta.

–Bien –asintió. En realidad, se moría por ver su casa.

–Genial. ¿Vienes a buscarme en cinco minutos?

Entonces tendría que ver a sus padres, que habían instalado la carpa para su boda y organizado el catering. Y todo para nada.

Pensaba llevarles un regalo a modo de disculpa, pero no había comprado nada.

Amy sacudió la cabeza, derrotada.

–Muy bien, iré en cinco minutos.

–Estamos en la cocina.

Amy atravesó la verja que sus padres habían levantado juntos tantos años atrás y cruzó el jardín donde una semana antes había estado la carpa para su boda.

Afortunadamente, no había ni rastro. El jardín estaba inmaculado, con flores de todos los colores. En realidad, era el sitio perfecto para una boda.

Amy llamó a la puerta de la cocina y la señora Zacharelli la recibió con un abrazo.

–Bienvenida, cariño.

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas, pero intentó no llorar.

–Lo siento mucho… –empezó a decir, pero la señora Zacharelli la

apretó con fuerza y las lágrimas empezaron a rodar por su rostro.

El padre de Leo la abrazó entonces, dándole palmaditas en la espalda como si fuera una niña.

–Ya está bien, nada de lágrimas. Hiciste lo que debías.

–Pero ustedes han hecho tanto por mí, y ahora…

–No pienses en eso –la interrumpió él–. Venga, siéntate, vamos a celebrarlo –añadió, ofreciéndole una copa de vino.

–¿A celebrar qué?

–¿Leo no te lo ha contado? Empieza a grabar el nuevo programa de televisión la semana que viene.

Amy se volvió hacia él.

–¿Tan rápido? ¿Y la casa?

–Dicen que casi está lista. Venga, bebe o llegaremos tarde.

Era preciosa, maravillosa.

Amy recordaba vagamente haber visto la casa sobre un acantilado unos años antes, pero entonces no era nada de otro mundo. Sin embargo, después de la reforma…

Mientras Leo hablaba con el constructor, ella iba de habitación en habitación, mirando el mar por las ventanas, preguntándose cómo había podido pensar que el *palazzo* Valtieri podría ser mejor que aquel sitio. El *palazzo* era impresionante, cargado de historia y bien cuidado, pero no tenía la luz o el espacio de aquella casa y sabía dónde elegiría vivir si pudiera.

Leo la encontró arriba, en uno de los dormitorios.

–¿Qué te parece?

–Creo que tendré que contratar un guía antes de dar una opinión. Es enorme.

Él esbozó una sonrisa.

–Este es mi dormitorio.

–Veo que has elegido uno con aburridas vistas al mar –dijo Amy, irónica.

–El baño está por aquí y ese es el vestidor… ven, voy a enseñarte los cuartos de invitados.

–Todos con vistas espantosas –bromeó Amy mientras lo seguía de habitación en habitación–. ¿Quién ha pintado ese mural? –Preguntó cuándo llegaron a una de las habitaciones–. ¡Es precioso!

Leo se pasó las manos por el cuello, riendo.

–Lo hice yo. Quería que esta habitación fuese especial y pensé que era algo que podía hacer, algo personal. Podría haber contratado a un profesional, pero no sé, me pareció mejor. Es la habitación de Elie.

Amy estaba maravillada con el paisaje pintado a mano y las ramas de un árbol mágico que subía hasta el techo en la esquina donde seguramente pondría la cuna.

–Es maravilloso. Elie es una niña afortunada.

–Yo no llegaría tan lejos, pero hago lo que puedo.

Leo la llevó de vuelta al primer piso, donde había un enorme salón con vistas al mar, un estudio con estanterías forradas desde el que podía ver el jardín y el camino de entrada, un baño, un armario para guardar el cochecito y las cosas de Elie y luego de vuelta al salón, con una de las paredes enteramente de cristal. Era como si el mar estuviese dentro de la casa y en el centro de la habitación había una enorme cocina.

¡Y qué cocina! Con muebles de color gris pálido, encimeras blancas, electrodomésticos y hornos integrados, cajones para innumerables cacerolas y sartenes…

También había un enorme frigorífico de estilo americano, aún envuelto en plástico, pero colocado en su sitio.

–¿Cuál es el veredicto? –le preguntó Leo.

Amy se encogió de hombros, pero luego sonrió.

–Maravillosa, absolutamente maravillosa. De verdad, me encanta.

–Entonces, ¿quién gana?

–¿Qué?

–¿Los Valtieri o yo?

–Debo admitir que tú. Por goleada.

Leo sonrió.

–No se lo digas nunca.

–No sería tan grosera. El *palazzo* es precioso, pero esto…

–A mí también me encanta. No sabía si acabaría odiando la casa por los retrasos, pero me encanta. Empecé a hacer planes antes de que Lisa muriese, pero ella no tenía ningún interés y todo ha cambiado tanto que no la reconozco.

–Entonces, Lisa no tuvo nada que ver.

–Nunca tuvo el menor interés. Ni siquiera puso los pies en la casa y ahora me alegro porque…

Leo no terminó la frase y Amy se apresuró a cambiar de conversación.

–¿Entonces estará lista para empezar la grabación el lunes?

–Parece que sí. Falta traer los muebles, las alfombras, los cuadros, pero eso puede hacerse en un par de días.

Amy había pensado que estaría más tiempo en casa de sus padres, pero Leo y Elie se mudarían a aquel nuevo mundo a unos kilómetros del pueblo y a partir de ese momento apenas los vería.

En fin, tenía que ocurrir tarde o temprano.

–Al productor le ha gustado la idea de la Toscana, por cierto. Es una buena oportunidad para mostrar los productos de los Valtieri.

–Imagino que vas a estar muy ocupado. ¿Quieres que cuide de Elie este fin de semana?

Leo se pasó una mano por el pelo.

–La verdad es que me vendría muy bien. Empezaremos a grabar el lunes y necesito pasar por el restaurante… y no puedo hacer eso si tengo que cuidar de la niña. Además, Elie te quiere y está contenta contigo… pero no sé qué te parece la idea de vivir aquí.

–¿Vivir aquí, contigo?

Leo se encogió de hombros, con ese gesto tan italiano y tan sexy.

–No conmigo… quiero decir, no en ese sentido. Había pensado que sería más fácil cuidar de la niña estando aquí, pero no tienes que hacerlo si no quieres. Eso no es parte del trato, ya lo sé. Mis padres necesitan unas vacaciones. Se han portado de maravilla conmigo en los últimos nueve meses y me he aprovechado de ellos en cierto modo, pero ahora que voy a mudarme… en fin, sé que sería incómodo para ti.

–Yo no he dicho eso.

–Dijiste que lo que ocurre en la Toscana…

–¿Se queda en la Toscana? –lo interrumpió ella–. Eso no está grabado en piedra, Leo.

–Podríamos mantener las distancias y conocernos mejor antes de invertir demasiado en la relación porque ya no somos las personas que éramos antes. ¿Quieres conocerme mejor? –Te mudes aquí o no, yo creo que sería buena idea. Aún no hemos compartido la pasta de dientes –intentó bromear Leo.

–Pero hemos hecho todo lo demás.

–No, no es verdad. No hemos estado juntos mientras dirijo mi negocio y eso se lleva todo mi tiempo. Lo que queda es para Elie y eso no es negociable.

–Yo no soy una niña necesitada como Lisa y no he sido trasplantada a un sitio desconocido. Tengo amigos y familia en la zona, una vida propia. No te preocupes, encontraré cosas que hacer.

–De todas formas, creo que deberíamos probar. Y para hacer eso necesito que vivas aquí, al menos mientras mis padres estén fuera y preferiblemente durante la grabación del programa. Si estás dispuesta, claro.

Amy vaciló. Una parte de ella anhelaba decir que sí sin pensarlo siquiera, la otra sentía recelos. Podría ser otro desastre, podría acostumbrarse demasiado y entonces… Pero ella sabía qué parte

ganaría la batalla.

–¿Cuánto tiempo, ocho semanas?

–No lo sé, hemos hablado de ocho episodios y probablemente tardaremos un par de días en grabar cada episodio, además de las preparaciones, el montaje y todo lo demás. Supongo que una semana por episodio, sí. Es un compromiso, lo sé, y también sé que es mucho pedir.

Ocho semanas trabajando con él, viviendo con él, cuidando de Elie. ¿Ocho semanas acostándose con él? Tal vez. Eso significaría ocho semanas conociéndose mejor y enamorándose aún más.

¿Y al final, qué?

Amy vaciló durante tanto tiempo que Leo dejó escapar un suspiro.

–Si no quieres, no tienes por qué hacerlo. Encontraré otra solución. No quiero aprovecharme de ti, aunque me gustaría que nos conociéramos mejor. Pero, si no estás segura, contrataré una niñera. O buscaré una guardería.

–No encontrarías ninguna. Encontrar una guardería es tan difícil como encontrar plaza en un buen colegio, hay que hacerlo lo antes posible. Además, con tus horas de trabajo sería muy difícil –Amy suspiró, cerrando los ojos un momento.

–Entonces, ¿qué?

–Creo que tienes razón.

–¿De verdad?

–Sí, claro. Pero recuérdame otra vez: ¿por qué siempre te sales con la tuya?

Leo rio, abrazándola.

–Gracias, de verdad. Ahora solo tengo que traer los muebles y podremos seguir adelante con el resto de nuestras vidas. Tal vez él podría. Ella, sin embargo, tenía que dejar su vida en suspenso por el momento, pero le debía tanto que ocho semanas no eran nada, especialmente si así tenía la oportunidad de comprobar dónde iba su relación.

Tendría que confiar en sobrevivir. No solo a las ocho semanas, sino al final de la grabación, cuando todos se hubieran ido y Leo decidiese que no podía vivir sin ella.

¿Pero y si no era así?

¿En qué se había metido?

Capítulo Once

Por fin estaban instalados en la casa.

Leo miró alrededor, pensativo. Su casa, de Elie y tal vez de Amy. Había pasado mucho tiempo, pero al fin estaban allí.

Elie estaba durmiendo en su nueva habitación, sus padres se habían ido después de brindar por la nueva casa y Leo se sirvió una copa de vino, salió al porche y se sentó en los escalones, mirando el mar. Estaba agotado. Los encargados de la mudanza habían colocado los muebles en su sitio mientras lo único que él había tenido que hacer era señalar.

En teoría.

Al día siguiente, llenaría la despensa y podría empezar con sus nuevas recetas.

Pero esa noche tenía que escribir los textos para el blog de la Toscana y revisar las fotos que aún no había tenido tiempo de ver.

En ese momento, sonó el timbre y Leo dejó la copa en el suelo. Quería abrazar a Amy y besarla, pero no se atrevía. No sabía cómo retomar lo que habían dejado en la Toscana o si debía hacerlo.

–¿Elie se ha dormido? –le preguntó ella.

–Sí, se ha quedado dormida enseguida. Tantas emociones, tanta gente en la casa…

–Esta mañana hemos ido a dar un paseo por la playa.

–Lo sé.

–Bueno, ¿qué tal todo?

–Ya sabes lo que es una mudanza. Me pasaré los próximos seis meses intentando encontrar cosas, buscando los interruptores a oscuras… ven, estoy tomando una copa en el porche.

–¿Podemos tomarla en la cocina mientras miramos las fotos? –Sugirió Amy–. Hay muchas y tenemos que hacer una limpieza antes de nada. Además, tengo que conducir.

–Sí, claro.

Había muchísimas fotos, no exageraba. Pero estaban numeradas y faltaban algunas.

–¿Dónde están las que faltan?

–Las he borrado –respondió Amy.

–¿Por qué? Tú nunca tiras nada.

–Sí, bueno, tal vez no me conozcas tan bien como crees.

O tal vez sí, pensó Amy.

Las primeras fotos eran en el avión que los había llevado a la Toscana. Leo riendo, Leo hablando con Elie. Luego había fotos del

palazzo, otras en la suite, en la piscina, en el huerto… cientos de ellas.

Amy las guardaba en su memoria como un banco de imágenes que la sostuviera cuando todo terminase.

–¿Qué fotos quieres que ponga en el blog?

Leo señaló las que más le gustaban, pero eran demasiadas. En realidad, casi todas.

–¿Qué tal si eliges alguna? Así podré empezar a hacer algo.

–Lo siento, pero no soy capaz de decidir ahora mismo. ¿Por qué no las dejas aquí? ¿Tienes copia?

Amy le dio el *pen drive* con las fotos que había editado.

–No lo pierdas.

–Muy bien. ¿Quieres que te haga el tour de la casa otra vez?

–¿Para ver tus muebles? No, gracias. Si no te importa, tengo cosas que hacer… como escribir cartas a los invitados dándoles una explicación.

–Ah, claro, es verdad. Vete y no vengas temprano mañana. No tienes que venir hasta las diez.

Amy se mudó el domingo y el equipo de grabación llegó el lunes, llevando el caos a la casa con sus focos, reflectores, cámaras, equipos… y un millón de personas.

Elie, nerviosa, empezó a llorar y Amy terminó por llevársela a casa de su madre durante el día más de una vez. Sería estupendo que dejasen de grabar por las noches, pero a veces la grabación se alargaba y tenían que parar para leerle un cuento y esperar hasta que volviera a dormirse.

–Lo siento, de verdad –se disculpó Leo una noche–. No sabía que iba a tener que molestarte tanto.

–No pasa nada –dijo Amy.

Pero era como estar en la Toscana, tropezándose en la cocina por las mañanas, desayunando juntos, haciendo las cosas que haría una familia feliz… sin serlo porque ni siquiera compartían habitación. Y haciéndolo, además, bajo la atenta mirada del equipo de grabación.

Por culpa de aquel «lo que pase en la Toscana se queda en la Toscana» no podían tocarse y empezaba a lamentarlo.

Entonces, una noche, Elie empezó a llorar y Amy fue a la habitación, pero Leo había llegado antes.

–No pasa nada, vuelve a la cama.

–Pasa algo. La niña está muy inquieta.

Leo puso una mano en su frente.

–Está ardiendo –murmuró, preocupado–. Podría tener una infección de oídos o algo así. Tengo que llevarla al hospital.

–¿Quieres que vaya contigo?

–Te lo agradecería mucho –respondió él, aliviado.

Horas después volvían a casa con Elie dormida por fin. Le habían dado antibióticos y el dolor se había calmado.

–¿Café, té? He decidido que dormir a estas horas ya no tiene sentido.

–Un té –respondió Amy.

–Buena idea. Vamos a ver salir el sol.

Pero no fue buena idea. Era la Toscana otra vez: sentados en la terraza, mirando el valle, los pájaros. Pero allí eran gaviotas, sus gritos estridentes a la pálida luz del amanecer.

–Gracias por ir conmigo al hospital.

–No tienes que darme las gracias. Yo también estaba preocupada por Elie.

Leo miró el mar. Era precioso ver salir el sol y habría sido perfecto si Amy pudiese hacer lo que quería: apoyar la cabeza en su hombro. Pero no podía hacerlo. No debía hacerlo.

–¿Qué tal va la grabación?

–Bien, creo, pero estoy abandonando mi restaurante y no he tocado el blog. Lo único bueno es que ya han pasado dos semanas.

¿Solo quedaban seis semanas más? Cuando terminase la grabación no habría más excusas para estar juntos y ella no estaba preparada para despedirse.

–Creo que debería dormir un poco –murmuró, levantándose.

Antes de entrar en la casa se volvió para mirar su silueta recortada contra el horizonte. Sería una foto preciosa, otra para añadir a su colección privada.

La grabación fue rápida al día siguiente y Leo tuvo oportunidad de pasar por su restaurante durante el fin de semana. Elie estaba mejor, la infección de oído había desaparecido y dormía, así que Amy editó las fotos y se las mostró el lunes por la noche, cuando la niña estaba en la cuna.

–Son estupendas –dijo Leo–. Gracias, de verdad, son preciosas.

–¿Mejores que las que tú hacías? –bromeó ella.

–¡Mucho mejores! –Leo se inclinó para besarla y luego tomó su mano–. Ven, voy a hacer la cena.

–¿Es mi recompensa?

–Desde luego. Tengo algo asombroso para ti.

–¿La pobre langosta que intentaba escapar del fregadero?

–No, la langosta era para la grabación. Ven, siéntate.

Amy se sentó en un taburete, apoyando los brazos en la barra de

desayuno. Podría pasar el resto de su vida mirándolo…

En fin, eso era lo único que hacía últimamente y era asombroso. O lo sería si se atreviese a creerlo.

–El productor ha hablado de un libro de cocina –dijo Leo, mientras trabajaba–. Se lanzaría junto con los nuevos programas y, por supuesto, ellos tienen medios para promocionarlo.

Entonces no la necesitarían a ella. Amy intentó disimular su decepción porque se alegraba por él de todos modos.

–¿Te queda mucho? Me muero de hambre.

–Cinco minutos, diez como máximo y habré terminado. Es una nueva idea, a ver qué te parece.

Leo cortó la carne en filetes finos y los rodeó con judías verdes y patatas cortadas en trocitos antes de servir la salsa encima.

–Ya está. Luego no digas que no te doy de comer. ¿Vino?

Le ofreció una copa antes de que ella pudiera decir nada y Amy frunció el ceño después de tomar un sorbo.

–¿Es uno de los vinos de los Valtieri?

–Va bien con la carne, ¿verdad?

–Es estupendo. Y la carne es suave como la mantequilla.

–¿Qué puedo decir? Soy un genio –bromeó Leo, sentándose en un taburete a su lado. Sería tan natural apoyar la cabeza en su hombro o besarlo…

Amy intentó concentrarse en la comida, ignorando los deseos de su cuerpo. No podía ser. Leo estaba retomando su vida y ella no iba a hacer nada para impedir que siguiera adelante. Y tenía que pensar en la suya, además.

Y con Leo su vida podría descarrilar.

–¿Café? –le preguntó él después.

–Sí, por favor.

Como era su momento favorito del día, salieron al porche y se sentaron en los escalones, frente al mar.

Habían apagado las luces de la cocina y estaban mirando las estrellas. Había algunas luces brillando aquí y allá, como en la Toscana, pero allí el ruido de las olas era el único sonido que rompía el silencio.

Amy apoyó su hombro en el de Leo y dejó escapar un suspiro.

–¿Va a salir bien? –le preguntó él, como si hubiera leído sus pensamientos.

–No lo sé. Ojalá, pero existe la posibilidad de que no sea así, que sea otro error para los dos. Y yo no quiero eso. Quiero sentarme contigo en la oscuridad, hablar como hemos hecho millones de veces y no sentir… este miedo de que sea la última vez.

–Eso no va a pasar.

Amy dejó la taza sobre el escalón. No era capaz de tomarse el café.

–Me voy a la cama. Estoy cansada y…no puedo fingir que no pasa nada, que no hay nada entre nosotros salvo la amistad que ninguno de los dos quiere perder. Es más que eso, Leo, mucho más, pero no sé si me atrevo a creerlo y me parece que tú tampoco.

Se levantó y él hizo lo mismo, abrazándola, apretándola contra su pecho.

–Vete a la cama, nos veremos por la mañana.

El roce de su barba la hacía desear más, pero Leo la soltó.

Amy lo oyó subir por la escalera unos minutos después. Vaciló en la puerta de su habitación y ella deseó que entrase, pero cuando no lo hizo se tumbó de lado y cerró los ojos con fuerza, intentando dormir.

El equipo de grabación llegó a la hora del desayuno y había tanta gente que la casa apestaba a café. Tenía que sacar a Elie de allí lo antes posible.

Con la niña en la sillita de seguridad fue al pueblo para comprar leche materna en el supermercado y luego se dirigió al paseo marítimo. Pero cuando pasaron frente a una cafetería, el olor a café le revolvió el estómago.

Amy tuvo que llevarse una mano a la boca… no, no podía ser. Pero recordaba la expresión de Isabelle cuando salió a la terraza. Tampoco ella podía soportar el olor a café porque estaba embarazada. Y la noche anterior no había podido probarlo.

¿Pero cómo? Ella tomaba la píldora todos los días.

Salvo ese primer día en la Toscana. Había olvidado tomarla nada más levantarse y lo había hecho por la tarde, nueve horas después. Y no había tenido relaciones con Nick durante semanas antes de la boda, de modo que, si estaba embarazada, el bebé era de Leo.

Amy cruzó la calle para entrar en una farmacia y compró una prueba de embarazo. Luego, encontró una cafetería que no olía tanto a café y entró en el lavabo con Elie. Se hizo la prueba y esperó… y vio cómo su mundo cambiaba para siempre.

Leo no las había visto en todo el día.

La grabación había ido bien y la gente del equipo estaban a punto de irse, pero Amy y Elie no habían vuelto.

Tal vez Amy había ido a casa de su madre o a casa de una amiga. Probablemente. Era hora de comer para la niña, de modo que no tardarían mucho, pero se sentía impaciente.

Había pensado mucho en lo que Amy dijo por la noche, sobre que

sus vidas estaban en suspenso mientras se daban tiempo para reflexionar, y había decidido que no necesitaba más tiempo. Quería a Amy, quería un hogar con ella, la quería en su cama y en su vida. Para siempre.

Por fin, oyó las ruedas del coche en el camino sintiendo una descarga de energía, de anticipación y miedo. ¿Y si ella decía que no? No, eso no podía ser…

–Hola, ¿qué tal el día? –le preguntó, sacando a Elie de la sillita.

–Muy ajetreado –respondió Amy, entrando en la cocina con una bolsa–. ¿Dónde está el equipo?

–Ya se han ido. ¿Qué has hecho tú?

–Muchas cosas. Hemos ido al pueblo a comprar leche y a dar un paseo. ¿Te importa darle la comida? Yo tengo que hacer un par de cosas.

Leo frunció el ceño. Pasaba algo, pero no sabía qué.

–Sí, claro. ¿Cenamos a las ocho?

–Cuando quieras. Voy a darme una ducha.

Amy corrió escaleras arriba y Leo llevó a la niña a la cocina. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no lo había mirado a los ojos desde que llegó?

Tenía que hablar con ella, pero temía que lo rechazase. ¿Y si decidía marcharse?

Después de darle la comida a la niña, subió a la habitación para bañarla.

–¿Amy?

–¿Sí?

Leo empujó la puerta y la encontró sentada en la cama, con el ordenador sobre las rodillas.

–¿Puedo entrar? Quiero hablar contigo.

–Sí, claro.

–¿Qué te pasa? Y no me digas que nada porque sé que pasa algo.

Ella levantó la cabeza, mirándolo con expresión trémula.

–Estoy embarazada.

Leo sintió que se quedaba sin sangre y tuvo que agarrarse a una silla. La sorpresa era tan grande que sus pensamientos chocaban unos con otros.

–¿Cómo? Sé que tomas la píldora. Te he visto tomarla todas las mañanas.

–Olvidé tomarla el primer día en Italia. No la tomé hasta por la tarde.

–¿Y eso no es suficiente?

–Aparentemente no. No había pensado en ello porque ya no estaba con Nick…

Leo intentaba asimilar la información, pero no era capaz.

–¿Por qué sabes que es mío? –le preguntó, con voz helada–. Podría ser de Nick.

–Lo sé porque Nick y yo no tuvimos relaciones en varias semanas y por esto.

Amy sacó algo del bolsillo. Era una cosa de plástico del tamaño de un bolígrafo con una ventanita a un lado. En la ventanita decía *embarazada* y debajo *2-3*.

–¿Qué significa eso?

–Qué estoy embarazada de dos o tres semanas.

El fin de semana en el *palazzo*…

–¿Cuándo te has hecho la prueba?

–Esta mañana.

–¿Estás segura?

–¿Cómo que si estoy segura? ¿Crees que te mentiría?

–No sería la primera vez que alguien me miente…

–¡Leo!

Amy se levantó de un salto, indignada.

–¿Dónde vas?

–A casa de mi madre.

–¿No vuelves con Nick?

Ella le dio la espalda, furiosa.

–¿Por qué iba a decirle a Nick que he sido tan tonta como para quedarme embarazada de otro hombre? Si piensas eso, no me conoces en absoluto. No es asunto de Nick, es asunto mío y podría haber sido también tuyo, pero ya veo que no tienes el menor interés. No tenemos nada más que decirnos, Leo.

Siempre has querido que fuera sincera contigo… bueno, pues lo siento, pero esto es lo que hay. ¡Lamento que no te guste, pero yo no soy Lisa!

Oyó sus pasos por la escalera, las vibraciones como un terremoto, luego el ruido de la puerta y el de su coche alejándose por el camino.

Leo tragó saliva, no sabía qué hacer. Todo había quedado en silencio y, de repente, como un relámpago, sintió un dolor en el pecho.

Su madre se portó de maravilla. No preguntó nada, solo la escuchó, la abrazó e hizo té para las dos.

–Mamá, eres un cielo, de verdad.

–No seas boba, soy tu madre. Pronto sabrás lo que eso significa.

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas.

–No volveré a ver a Elie, mamá. Nunca.

–Claro que sí.

–No quiero ver a Leo –su voz se rompió al pronunciar ese nombre.

–Eso es un poco difícil. Él tiene derecho a ver a su hijo.

–Pero no cree que sea su hijo.

–Bueno, no pienses en eso ahora. Tienes que comer algo.

–No puedo. Tengo ganas de vomitar.

–Hidratos de carbono –dijo su madre–. Una galleta salada, por ejemplo. Ya verás cómo se te pasa. Mójala en el té.

¿De verdad era hijo suyo? ¿Podría estar pasando otra vez?

Leo se quedó en el porche durante horas, hasta que la sorpresa fue reemplazada por un vacío terrible.

La prueba de embarazo… él no sabía nada sobre pruebas de embarazo. Sin saber bien lo que hacía subió al dormitorio de Amy y abrió su ordenador. Había fotografías de él, fotos que no había visto, que no estaban en el *pen drive* que le dio unos días antes. ¿Las que dijo que había borrado? ¿Por qué? ¿Porque lo amaba? Sí, lo amaba como él la amaba a ella. Podía verlo en las fotografías y lo sabía en su corazón.

La prueba de embarazo estaba sobre la cama, junto con la bolsa de la farmacia y el recibo.

Si acababa de hacérsela, el hijo era suyo y él la había acusado de intentar engañarlo. ¿Cómo podía…?

Leo supo entonces, con absoluta certeza, que Amy no le había mentido. Y no era Lisa, de ningún modo.

Tenía que pedirle disculpas, pero no podía dejar a Elie sola, de modo que la metió en el coche y fue a casa de Jill. El coche de Amy estaba en la puerta y Leo tragó saliva.

–¡Leo! –exclamó Jill.

–Soy un idiota –dijo él, y sintió que sus ojos se empañaban–. ¿Puedo hablar con ella?

–¿Dónde está Elie?

–En el coche, dormida.

–Llévala al salón. Amy está en su habitación.

Leo dejó a la niña con Jill, subió a la habitación y contuvo el aliento.

–Vete, Leo –dijo Amy antes de que tuviese oportunidad de llamar a la puerta.

Pero él no pensaba ir a ningún sitio.

Abrió la puerta, hizo un quiebro para evitar el misil que le lanzaba

y se dirigió hacia ella con el corazón acelerado.

–Vete de aquí.

–He venido a pedirte perdón. He sido un idiota. Sé que tú no eres Lisa y sé que no me mentirías. No lo has hecho nunca, ni siquiera cuando sabías que la verdad iba a hacerme daño, y sé que no me mientes ahora –Leo dio un paso hacia ella–. ¿Podemos hablar?

–¿De qué? Ya no tenemos nada que decirnos.

–Te quiero, Amy. No quiero seguir esperando porque sé que tú me quieres también. Te conozco bien y tú me conoces a mí. No hemos cambiado tanto. Solo estaba escondiéndome porque tenía miedo. Sé que destrocé un matrimonio, pero no voy a hacer lo mismo contigo, te lo juro.

–¿Matrimonio? –Amy lo miró, sin entender–. Te recuerdo que no estamos casados. No somos nada más que amigos.

–No, pero deberíamos serlo. No hemos perdido la amistad, Amy, sencillamente cambiado. Tal vez el mundo haya cambiado. Los dos teníamos miedo de volver a intentarlo, de confiar en lo que teníamos delante de la cara. Deberíamos haber tenido más fe en nosotros mismos –Leo tomó su mano, agarrándose a ella como a un salvavidas–. Te quiero, Amy, siempre te he querido. Cásate conmigo. Conmigo, con Elie y con nuestro hijo. Podemos ser una familia.

Ella se dejó caer sobre la cama, con las piernas temblorosas.

–¿Hablas en serio? ¡Te has portado fatal conmigo!

–Lo sé y no sé cómo decirte cuánto lo siento. Es que me quedé tan sorprendido. Era un *déjà vu*, pero debería haberte escuchado.

–Deberías, desde luego. Pero yo sabía que no lo harías… por ella.

–Y Elie, por supuesto. Ya no será hija única… la verdad es que me preocupaba.

–Dijiste que nunca más volverías a casarte –le recordó Amy–. Te parecía una idea horrible.

–Me equivoqué. Lo horrible sería que tú te fueras de mi vida. Vuelve, Amy, por favor, te necesito. No puedo vivir sin ti, sin tu amistad, sin tu apoyo, sin tu comprensión. Sin tu atroz sentido del humor, sin tu desorden. Sin tus pequeñas mentiras…

–¿Qué mentiras?

–Las fotos, por ejemplo –Leo sonrió con esos labios que ella quería besar–. Me dijiste que las habías borrado, pero no es verdad. Siguen en tu ordenador, acabo de verlas. ¿Por qué?

Amy cerró los ojos.

–Eso da igual.

–No da igual. Yo sé por qué querría tener fotos tuyas: para poder mirar las imágenes cuando te hubieras ido y tenerte conmigo de

alguna forma. Amy, tengo miedo –le confesó Leo entonces–. Tengo miedo de fallarte, de defraudarte como hice con Lisa. Mi vida es caótica y eso no lleva a un matrimonio feliz. Trabajo muchas horas, pero te necesito en mi vida y quiero que tengas fe en mí, que creas que esto puede salir bien. Que no voy a defraudarte.

–Ya me has defraudado al no creerme.

Leo cerró los ojos entonces, sacudiendo la cabeza.

–Tienes que perdonarme. Lo siento tanto… pero no volverá a pasar. Te quiero, Amy, y te necesito. Por favor, cásate conmigo.

Hablaba en serio, lo veía en su expresión, en sus ojos. Y Amy sonrió.

–Sí –dijo en voz baja–. Oh, sí, por favor.

Leo rio, pero la risa se convirtió en un gemido cuando la tomó entre sus brazos, apretándola contra su corazón.

–No vas a defraudarme –dijo Amy entonces–. No te lo permitiré. ¿Quieres besarme, por favor? Ya casi he olvidado cómo besas.

–Yo tengo una idea mejor. Elie está abajo con tu madre y tengo que meterla en la cuna. Ven a casa con nosotros, Amy. La casa está vacía sin ti. Mi vida está vacía sin ti.

–Pero antes bésame –insistió ella, con una sonrisa.

–Bueno, voy a ver si recuerdo cómo hacerlo –murmuró Leo, esbozando una sonrisa de felicidad.

Epílogo

–¿Estás preparada?

Unas palabras tan sencillas, pero que tenían el poder de cambiar el curso de su vida.

¿Estaba preparada?

¿Para el matrimonio, para una vida entera con Leo?

Mezclados con el canto de los pájaros y las voces de la gente que miraba desde la puerta de la iglesia empezaron a sonar los acordes del órgano.

La obertura para su boda.

No, su matrimonio. Había un sutil diferencia, pero enormemente importante.

La iglesia estaba llena de invitados, el banquete dispuesto, el champán en cubos de hielo. Y Leo estaba esperando una respuesta.

Su querido amigo, el amor de su vida, quien había estado a su lado cada vez que tropezaba, cuando le rompieron el corazón por primera vez, cando su padre murió… su compañero, la persona que la animaba. Su amante. Y lo amaba.

¿Lo suficiente como para casarse con él? ¿Hasta que la muerte los separase?

Desde luego que sí. Estaba preparada para la química, para los fuegos artificiales, para lo asombrosa que era la vida con Leo.

Amy irguió los hombros, levantó la babilla y esbozó una brillante sonrisa.

–Sí –dijo con firmeza–. Estoy lista. ¿Y tú? Porque no quiero que te sientas presionado. Aún puedes echarte atrás. Lo entendería.

–No, de eso nada –dijo él, con total seguridad–. He tardado demasiado tiempo en darme cuenta de cuánto te quiero y no se me ocurre mejor razón para casarme contigo o mejor momento que este.

Su sonrisa era tierna, sus ojos brillante de amor y Amy dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

–Menudo alivio –dijo, riendo.

–Boba –Leo esbozó una tierna sonrisa–. ¿Seguro que no quieres que mi padre te lleve al altar? Él estaría encantado.

–No necesito que nadie me lleve. Tú eres el único hombre que quiero a mi lado.

–Estás guapísima, Amy –dijo él entonces, mirándola a los ojos–. Más guapa que nunca.

–Gracias. Tú tampoco estás mal –Amy besó su mejilla y se volvió hacia sus damas de honor para hacerles un gesto–. Bueno, vamos allá.

–Te quiero, Amy –susurró Leo. Y luego lenta, firmemente, empezó a caminar por el pasillo de la iglesia.

Cuando llegaron al altar se detuvo y, con los preciosos ojos color caramelo llenos de orgullo y amor, la tomó por la cintura para besarla.

–Por si acaso habías olvidado cómo era –le dijo, muy serio.

Porque casarse con Amy era lo más importante que haría en toda su vida y estaba dispuesto a hacerlo bien.

Fin